

GUERRA EN MALVINAS!
ENTRE LA DERROTA DE PUERTO ARGENTINO
Y LA VICTORIA FINAL.: EL PENULTIMO ATAQUE

NOVELA

EL PENULTIMO ATAQUE

JUAN LUIS GALLARDO



BAESA

EL PENÚLTIMO ATAQUE

Juan Luis Gallardo

LIBRARY U. C. RIVERSIDE

Juan Luis Gallardo

EL PENÚLTIMO ATAQUE

Novela de aventuras para argentinos jóvenes.

BAESA

DISEÑO DE TAPA:
Guillermo Pena

© 1985 Buenos Aires Edita S.A., Córdoba 1249,
(1055) Buenos Aires.
I.S.B.N.: 950-9035-03-3

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Impreso en la Argentina.

*A los hijos de mis amigos;
a los amigos de mis hijos.*

“Siempre tengo en mente la idea de volver. Y si no puedo hacerlo, serán las otras generaciones. Sin embargo, creo que voy a estar vivo cuando las Malvinas vuelvan a ser argentinas. Nuestros muertos, los que quedaron allí, nos están llamando... y tenemos que volver por ellos.”

Subteniente Jorge Daniel Pérez Grandi.

(Testimonio tomado del libro “Malvinas -ContraHistoria”, de Héctor R. Simeoni).

NOVELA DE AVENTURAS PARA ARGENTINOS JOVENES

El título de este libro queda explicado en su último párrafo. De modo que quien alcance el final de la lectura, amen de comprometer el agradecimiento del autor, habrá despejado cualquier duda que pudiera haber abrigado al respecto. Pero no ocurre otro tanto con el subtítulo de la obra, lo cual justifica dedicarle algunas líneas.

La presente es, efectivamente, una novela de aventuras, donde se respetan las reglas del género: suceden en ella muchas cosas; el relato mantiene una dosis razonable de suspenso; la narración resulta lineal y directo el lenguaje utilizado, habiéndose evitado las transposiciones temporales, las extensas parrafadas y los floreos literarios.

En tanto novela de aventuras, apunta ésta a un público determinado: los argentinos jóvenes. Pues se me ocurre, por un lado, que quizá haya que ser argentino para consubstanciarse con su intención última, palmariamente ejemplar. Y supongo también que hay que ser joven —joven de edad o joven de espíritu— para disfrutar con la sencillez acaso ingenua del presente trabajo.

He querido, en una palabra, volver a recorrer un camino alegre y olvidado, tras las huellas admirables de la Baronesa de Orczy, de la Condesa de Segur, de nuestro Hugo Wast. Mis propósitos se habrán cumplido si los muchachos argentinos —de hoy o de ayer— leen este libro con aquel apasionado interés con que un día leí yo a Salgari o a Verne, encontrando en los capítulos del mismo motivo de entretenimiento y ciertas razones válidas para mantener encendidas viejas virtudes.

JUAN LUIS GALLARDO

"Esquina Chica", 2 de abril de 1985

I

LAS CORRERIAS DE JUAN

El galope dilataba ante los ojos del jinete las anchas perspectivas de la Patagonia. A su izquierda se eslabonaba una cadena de médanos, cuya altura escasa resultaba no obstante suficiente para ocultar el mar que se extendía tras ella. Al frente y a la derecha, las leguas se sucedían hasta fundirse con el cielo en una línea apenas quebrada por el perfil de mesetas distantes, gastadas por la acción del clima y de los siglos. Cierta aire antediluviano signaba el paisaje, de modo que a nadie hubiera extrañado advertir, impresas en el polvo ceniciento, las huellas frescas de un gran saurio extinguido. Promediaba la tarde.

Juan se llamaba el jinete y tendría unos diez y siete años. Se protegía con una boina metida hasta las cejas y llevaba campera impermeable color verdeoliva, gruesas bombachas de lana, borceguíes reiteradamente engrasados. A influjos de la marcha, flameaban las puntas del pañuelo colorado que le abrigaba el cuello. Y, colgado del cinturón, portaba Juan un puñal de combate que, en ocasión memorable, le regalara su padre con alguna solemnidad.

El aspecto agreste del muchacho, la piel de su cara y sus manos curtida por la intemperie, el modo de cabalgar a lo paisano —requitado en el recadito rabón, cortas las estriberas—, no resultaban suficientes para disimular su distinción natural. La manera de echar atrás la cabeza, la mirada franca de sus ojos claros, la firmeza del mentón, la cintura estrecha y la gracia suelta con que

su cuerpo acompañaba el vaivén del galope, delataban en él buena raza, sangre vieja.

Enseguida del almuerzo había salido Juan, con dirección al sur. En su casa se almorzaba temprano y, realmente, tenía pocas obligaciones. De modo que agarró caballo —un zaino de andar vivo, blando de boca—, ensilló con cuidado y, después de saludar genéricamente, montó de un salto, sin tocar el estribo.

—¿Dónde va, m'hijo? —preguntó el padre al verlo montar, manteniendo en alto la astilla que se disponía a partir de un hachazo.

—Por ahí nomás, a recorrer.

—¿Lleva abrigo?

—Sí, papá.

—No vuelva tarde.

El trato *de usted* entre sus miembros constituía una modalidad peculiar de la familia, sujeta a reglas nada sencillas. Salvo pocas y determinadas circunstancias, el padre trataba de tal manera a todos, incluida su mujer; ésta retribuía en igual forma (había en ello un dejo romántico, la impronta subsistente de un noviazgo lejano), pero tuteaba a sus hijos. Los hermanos se decían entre ellos *de tú* (*de vos*, para ser preciso), dirigiéndose también así a la madre y utilizando el *usted* para hablar con el padre.

La partida de Juan no llamó la atención, pues implicaba un acontecimiento casi rutinario. Sus exploraciones se repetían y, muchas veces, arrojaban resultados interesantes. Regresó una tarde trayendo parte de un sextante, que las olas arrojaron a la playa. Aunque no fue ese el único resto de naufragio recogido en sus andanzas. En otra oportunidad halló un jarro de peltre que tenía grabados tres números bajo una bandera escandinava. Y la colección comprendía dos cornamusas¹; un silbato; varias monedas extranjeras; una botella de aquavit, vacía pero intacta; algunas maderas torneadas, que la tempestad arrancara de antiguas arboladuras.

Pero los hallazgos de Juan no se reducían a restos de naufragio. Trajo bellos caracoles, discordantes con aquellas latitudes; curiosos moluscos; piedras de raras simetrías y colores fulgentes; mandíbulas de tiburón armadas por dientes temibles. Y, en los

¹ Pieza que, en los barcos de vela, sirve para amarrar cabos.

médanos o en tierra adentro, descubrió notables amonites fósiles, vértebras de gliptodonte, ramas petrificadas, puntas de flecha labradas en sílex, boleadoras de pórfido muy pulidas. Hasta una bala de cañón, fundida en hierro, encontró sobre el acantilado, disparada seguramente antes de la primera mitad del siglo XIX.

Claro que la pieza más importante obtenida por Juan, aquélla que la familia recibiera con indefinible emoción, no obstante carecer de mayor antigüedad y no brillar por su rareza, fue un trozo de metal liviano donde se leía: *H.M.S. Sheff...* Nadie vaciló al suponer que ese nombre, completo, correspondía al buque de guerra inglés "Sheffield", hundido por los argentinos en la Guerra de las Malvinas.

La reacción del padre de Juan, cuando éste llegó con aquella parte de la fragata británica, arrastrada hasta tierra por el capricho de las aguas, resultó extraña: frunció el ceño, guardó silencio y Juan podría jurar que se le humedecieron los ojos. Pero no objetó que el trozo de metal, con su leyenda trunca, fuera puesto en lugar de honor, sobre la chimenea.

Aunque a la madre le preocuparan un tanto las correrías del muchacho, el padre las miraba con indulgencia: no era malo que quemara energías consubstanciándose con la naturaleza, aprendiendo por experiencia directa sus secretos, inaccesibles de otro modo. Y tampoco era malo que se transformara en hombre de a caballo.

La excursión del jinete se prolongó ese día bastante más allá de los límites que, tácitamente, estableciera para sus andanzas. Ello pudo obedecer a que, en virtud de la estación, las tardes eran algo más largas. O, quizá, a que el área que tenían por marco ya estaba suficientemente investigada. Lo cierto es que, en un momento dado, advirtió Juan que el terreno no le resultaba familiar y, resuelto a situarse debidamente, reparó en que había dejado atrás cierto montículo de forma peculiar, que constituyera hasta entonces algo así como el mojón que marcaba la última frontera de sus recorridas.

Si bien el sol había iniciado su descenso, calculó Juan que aún disponía de tiempo suficiente para continuar el paseo y llegar de vuelta antes que cerrara la noche. De modo que resolvió seguir

adelante, alentado por el influjo que ejerce lo desconocido. El panorama que se dilataba delante suyo no ofrecía sin embargo atractivos mayores pues, hasta donde se podía ver, repetía su desolada configuración. Prefirió entonces atravesar las alturas que se extendían sobre su izquierda y echar una mirada a la costa.

Eran aquéllas, como sabemos, médanos bajos, coronados por algunas matas que despeinaba el viento. Repechó el caballo y, al ganar el nivel de la cresta, sintió su jinete algo así como un cachetazo abrasivo, como un golpe de esmeril pulverizado que le diera en plena cara. Una vez arriba, sujetó el animal e inspeccionó el paisaje.

La amplitud del horizonte sobrecogía, rodeándolo con un semicírculo inmensurable cuya uniformidad no estaba siquiera alterada por la presencia de un barco; de un barco de esos que, de tarde en tarde, cruzaban bien lejos de la costa. Aunque el espectáculo debía resultarle habitual, a Juan todavía le estremecía la distancia marina: recordaba siempre una frase de su padre cuando, plantado en la orilla y tendido el brazo al frente, le dijera:

—Desde aquí hasta Australia no hay más que agua.

Tanto el cielo como el mar aparecían igualmente plumizos, haciéndose difícil establecer donde terminaba uno para comenzar el otro. Había olas que matizaban con sus rodillos de algodón la extensión verdosa. En cuanto a la rompiente, formaba una estrecha faja revuelta, lo cual indicaba que las aguas alcanzaban pronto apreciable profundidad.

Pero Juan no reparó en esos detalles que se presentan casi idénticos a lo largo del litoral patagónico. Su atención, en cambio, fue requerida de inmediato por un accidente geográfico situado debajo suyo y un poco a su derecha.

Se trataba de un pequeño golfo cavado en el acantilado, de proporciones reducidas pero nítido dibujo. Sus bordes eran abruptos y el canal que le daba acceso estaba dispuesto de manera tal que el espejo interior resultaba protegido del viento, mostrándose terso y apacible. A consecuencia de ello, el perímetro de aquella breve ensenada presentaba una franja de algas, musgos y líquenes, que crecían en los intersticios de la piedra, tanto por encima como por debajo de la superficie. Ese golfo constituía sin duda una rareza, un elemento diferente engastado en la reiteración interminable de la costa. Pero, sea porque sus dimensiones le ve-

daban ingresar a la cartografía, sea porque para advertir su existencia había que situarse prácticamente encima suyo —allí donde Juan estaba situado—, sea en fin porque en esas soledades eran pocos quienes podían reparar en él, lo cierto es que había pasado inadvertido y ni siquiera referencias a su respecto conocía el muchacho.

Observar el golfo y lanzarse el jinete cuesta abajo para inspeccionarlo fue todo uno. Ni se le ocurrió pensar que el sol seguía descendiendo y que ya le resultaría difícil volver con luz a casa.

Primero lo circunvaló a caballo, verificando que el talud bajaba a pique hasta el agua, salvo en uno de sus sectores donde moría en una playita angosta. Y observó que, aprovechando la protección que brindaba, diversas aves marinas habían anidado en las anfractuosidades de la barranca. Aves que, casi ignorantes del riesgo que entraña la proximidad del hombre, permanecieron en sus lugares al acercarse Juan. También observó éste que la arena de la playita era blanca y fina, muy distinta a los guijarros grises que festonean el mar austral. Atraído por el detalle, ató el jinete su caballo en una mata oportuna y, a pie, bajó hasta la playita.

El lugar tenía algo de fantástico. Desde donde Juan se encontraba, la vuelta circular del acantilado sólo permitía ver el cielo, encapotado. Callaban las aves y un silencio absoluto pesaba sobre el visitante. Ni una brisa arrugaba el agua que, como plancha sólida, lamía los cimientos de las murallas envolventes. Y, cual si fuera el zócalo de éstas, aquella franja de barbas vegetales ceñía el contorno del golfo.

Impresionado, Juan se detuvo en la playita, las manos en los bolsillos, mirando en torno. El suelo, bajo sus pies, se inclinaba en pronunciado declive, esfumándose su transparencia poco más allá. El grito áspero de una gaviota sobresaltó al muchacho, acelerando los latidos de su corazón. Se descolgó el pájaro desde un hueco, rozó el agua y se perdió en la altura.

Llevado por un impulso mecánico, recogió el visitante una piedrita chata y la arrojó con fuerza, imprimiéndole una trayectoria paralela a la superficie líquida. Tres veces rebotó la piedra y los chasquidos leves que produjo resonaron, amplificados, en el ámbito del golfo. Alarmadas por fin, otras aves emprendieron vuelo, llenando el lugar con el batir de sus alas. Luego fue una pequeña rama, seca, la que Juan tiró al agua y, abstraído, se quedó mirando su derrotero.

Al principio miró la rama sin verla, pensando en otra cosa, considerando las extrañas características del sitio que había descubierto. Reparó en ella sin embargo cuando una circunstancia ligeramente discordante solicitó su atención, arrancándolo de sus cavilaciones. La rama, en efecto, había caído a seis o siete metros de donde Juan se encontraba y quedó flotando, casi inmóvil al principio, según cabía prever dada la quietud de las aguas. Pero, al rato, cobró inesperado movimiento y, primero con lentitud, luego a velocidad creciente, navegó hacia un punto situado a la derecha de donde el muchacho estaba parado, más allá de la breve playa.

El hecho no dejaba de resultar curioso y, naturalmente, intrigó a Juan, observador preciso. La influencia del viento era nula y el sentido en que discurría la ramita no coincidía con la corriente que podía generar el ingreso del mar al través del canal de acceso. Se fijó entonces con cuidado en el punto donde concluía la proyección del rumbo seguido por la ramita flotante. Ninguna particularidad ofrecía ese punto. Allí el acantilado bajaba a plomo y, al igual que en el resto del golfo, presentaba un zócalo de algas y líquenes.

La rama continuó empero su navegación anómala, bajo la atenta mirada del muchacho. Llegó hasta las proximidades del talud y, de pronto, se inclinó como un buque en trance de irse a pique, desapareciendo por completo: hubiérase dicho que el talud la había chupado.

Esperó Juan que la rama reapareciera, pero nada ocurrió. Con un estremecimiento imaginó la presencia de algún habitante del abismo que la hubiera aspirado, posibilidad que descartó al instante ya que los monstruos no se alimentan con madera seca. De modo que, picada su curiosidad, resolvió investigar. La tarde, entretanto, se consumía allá arriba.

Una angosta cornisa discontinua se insinuaba en el acantilado y corría un poco por encima de la zona tapizada por algas y líquenes. Juan llegó hasta ella con dificultad y avanzó en dirección al punto donde desapareciera la rama, pegado a la pared de piedra: ésta descendía bajo sus pies, vertical. Lentamente, centímetro a centímetro, estudiado cada paso, dejó atrás la playita y progresó en procura de su objetivo.

Alcanzó finalmente el lugar donde naufragara la rama. El ancho del resalte le permitió tenderse para observar cómo el muro

se prolongaba bajo la superficie. Y, así, le pareció advertir una extensa falla en la roca, una zona de densa oscuridad que alteraba la continuidad del talud, entre las algas, antes que la negrura de las profundidades sumiera el conjunto en una masa de sombras, impenetrables.

Deshizo Juan el camino andado. Se proveyó en la playita de una rama más larga (abundaban éstas en la arena, traídas por el mar vaya uno a saber de dónde), encaramóse nuevamente a la cornisa y, acostado sobre ella, tanteó con el palo la pared del acantilado oculta por las aguas. Pudo de ese modo confirmar la sospecha que había ido creciendo en su mente: la boca de una caverna se abría en ese punto. Y el tamaño de tal caverna debía ser considerable, ya que la entrada del mar en sus entrañas generaba una corriente suficientemente poderosa como para atraer los objetos que flotaran en sus proximidades. Juan soltó entonces la rama que empuñaba y, de inmediato, la misma fue deglutida por el antro submarino.

Conmovido por su hallazgo, Juan volvió atrás. Ya en la playita levantó los ojos y, recién entonces, advirtió que la luz huía del cielo, señalando el arribo inminente de la noche. Trepó velozmente, montó a caballo y emprendió el regreso, sabiéndose acreedor de un reto pero con el espíritu alegremente exaltado. Pasara lo que pasara retornaría al golfo y proseguiría la investigación. Había que llegar en horas de marea baja. Mientras tanto, guardaría para sí el secreto de su descubrimiento.

II

LA FAMILIA DEL SOLDADO

Cuando Juan se acercaba a su casa, de vuelta, era ya noche cerrada. Más de una vez temió perderse en la oscuridad pero, por fin, divisó aquellas luciérnagas amarillas que simulaban las ventanas iluminadas —tan familiares—, brillando al pie de la loma. Eso indicaba que, pese a ser tarde, aún no se habían sentado a comer pues, antes de hacerlo, eran colocados ritualmente en su lugar los postigones exteriores, cerrábanse los interiores y se corrían las cortinas sobre ellos.

El viento había arreado las nubes y parpadeaban las estrellas. Enormes estrellas australes en el cielo negro, sin luna. Aunque la claridad era escasa, pronto el jinete adivinó la mancha sombría de los árboles que envolvían las casas. Pocos árboles, por cierto, logrados a fuerza de cuidados extremos y cuyas copas no sobrepasaban el nivel de las lomas, pues los guadañazos del viento se encargaban de impedirlo. Por suerte para Juan, los perros lo reconocieron y no hubo ladridos que anunciaran su llegada.

Pronto estableció el muchacho la causa que motivara el retraso en la comida. El *Land Rover* de los Ferguson estaba estacionado frente a la entrada. Bendijo su fortuna y se dispuso a sacar partido de circunstancia tan favorable como imprevista. Desensilló rápida y silenciosamente, largó el animal y acomodó el recado sobre su caballete, en un tinglado. Se dirigió a la puerta de servicio, observó por una ventana que la cocina estaba vacía y entró en ella furtivamente. El rumor de las conversaciones llegaba, amortiguado, desde la sala; evitándola con cuidado alcanzó su cuarto.

Relativamente a salvo, Juan optó por borrar las huellas de su cabalgata; se cambió, se peinó, y aguardó el momento en que las visitas iniciaran su retirada para sumarse naturalmente al pequeño tumulto que ocasiona toda despedida. Cumplió su propósito acompañado por la suerte. Ciertas diferencias de volúmen en el tono de la charla, ruido de sillas que se corren, el sonido de alguna copa depositada sobre una superficie dura, le indicaron que había llegado el instante de hacer su aparición. Y, hábilmente, se acopló al breve séquito que se encaminaba a la puerta, para agregar su saludo al de la familia que despedía a los Ferguson. Sólo tres personas lo miraron con aire inquisitivo: su madre, a quien la demora del chico jamás hubiera pasado desapercibida pero que, con seguridad, no lo pondría en descubierto; el menor de sus hermanos, el cual inició una interrogación, velozmente sofocada por la mirada conminatoria de Juan; y Jenny Ferguson —rubia, espigada— que simuló no haberse enterado de nada, ya que hacerlo implicaría demostrar un interés que no estaba dispuesta a delatar por el momento.

Una vez que los faritos rojos del *Rover* se perdieron en la primera vuelta del camino, entraron todos de nuevo a la casa, demorándose Juan para colocar los postigones que cubrían las ventanas. A su respecto, apenas si el padre comentó de manera intrascendente:

—No lo había visto.

—Volví medio cansado —respondió Juan evasivamente, sin faltar a la verdad.

Su madre guardó silencio. Ignacio, el menor, pareció querer deslizar una observación inoportuna, pero otra mirada feroz de Juan lo contuvo. Sólo Patricia, que seguía a éste en edad y que era algo así como su camarada habitual, pareció caer de golpe en la cuenta de algo, levantó las cejas con expresión interrogante aunque, en seguida, recompuso el gesto y prefirió dejar las cosas como estaban.

—Lástima que no quisieran quedarse a comer —acotó el padre, respondiendo su mujer con sólido realismo:

—Mejor por un lado. No sé qué les hubiera dado.

—Donde comen doce comen quince.

—Discutible afirmación —pensó la dueña de casa, si bien no expresó sus dudas.

Finalmente, la familia entera se sentó a la mesa.

El comedor era grande y un arco apenas insinuado lo separaba de la sala. Vigas de madera cruzaban el techo, oscurecido por la acción de una salamandra que, instalada en medio de aquélla, difundía calor mediante el trayecto sinuoso de su extenso tiraje. Dado que el sistema bastaba casi siempre para mantener templados los dos cuartos, pocas veces resultaba necesario encender la chimenea, sobre cuyo estante campeaba el trozo de metal donde se leía: *H.M.S. Sheff...*

La iluminación no dejaba nada que desear, sustentada por un grupo electrógeno instalado afuera y que hacía escuchar el sonido parejo de su marcha como fondo para el trajín nocturno de la casa. Sólo cuando todos se retiraban a dormir el motor era detenido y un gusanito anaranjado reemplazaba en las lamparitas el fulgor pleno de sus filamentos.

Platos decorados con flores y frutas adornaban las paredes del comedor, donde lucía también un par de paisajes al óleo pintados por la dueña de casa, con mejor intención que técnica. Un mantel a cuadros vestía la mesa, larga.

Y es hora de presentar, completa, a la familia de Juan, reunida en torno a la mesa larga, cubierta por el mantel a cuadros, bajo la luz brillante alimentada por el motor que latía en la noche, circundada por los platos colgados en las paredes y por aquellos dos paisajes patagónicos pintados con mejor intención que técnica. Ocupaba la autora de esos cuadros el lugar principal, en la cabecera, apuntalada su primacía por el atributo de autoridad que significaba la sopera humeante, próxima a ella. Cristina era su nombre, frisaba la cuarentena y no había dejado de ser bonita, si bien su atractivo derivaba más de cierta elegancia natural que de una belleza explícita. Tenía el pelo negro —estriado ya por algunas canas—, los ojos claros de un color entre verde y celeste, habiendo el hijo mayor heredado muchas características de la fisonomía materna.

A la derecha de Cristina, su marido: algo mayor que ella, cara de rasgos acusados, pelo gris al rape, hundidos los ojos bajo las cejas muy negras y en los ojos una luz peculiar que sugería un temperamento apasionado, firmemente contenido por aquella resolución revelada en las arrugas verticales del ceño y en cierta obsti-

nada contracción de las mandíbulas. Alto, ancho de hombros, había algo en su porte que denunciaba al hombre de armas. Martín se llamaba y una gran cicatriz le cruzaba el pómulo izquierdo.

Si bien ese lugar le hubiera correspondido a Juan, el primogénito, a la izquierda de la cabecera se sentaba Patricia, la segunda entre los hijos. Quince años tendría, el pelo muy corto y los *jeans* le daban un aire de muchachito, que su delgadez y la bastedad de la camisa escocesa que llevaba contribuían a acentuar. Tenía las pupilas del padre pero, contrariamente a las de éste, aparecían animadas por una chispa traviesa.

Fernando, el siguiente, era el intelectual de la familia. Rubión, de anteojos, y extremadamente flaco, sus movimientos desmañados y sus distracciones frecuentes hacían que de su persona emanara algo así como un requerimiento de amparo, que concitaba la ternura materna. Ya a los trece años sabía las cosas más sorprendentes, exploraba libros en la biblioteca cuyas hojas jamás fueran cortadas y, radioaficionado, mantenía cordiales relaciones con sus colegas que habitaban distantes puntos del planeta.

A partir de Fernando, la edad escasa de los chicos los agrupaba en un conjunto relativamente indefinido, donde sus perfiles individuales se fundían, aún sin características acusadas. Dicho conjunto estaba formado por las mellizas (María Pía y María Cecilia, rubias ellas y de natural apacible); Martín Segundo, un tragaldabas; y Ana, "la Beba".

Ultimo peldaño de la escalera, turbulento furgón de cola del tren familiar, claramente segregado del conjunto que formaban los menores, Ignacio, de cinco años, se aposentaba en la cabecera opuesta. Un flequillo pringoso le ocultaba los ojos, en los cuales alternábanse expresiones de azoro y súbitos relámpagos anunciadores de catástrofes terribles. En torno suyo imperaba el caos, incluso en esa mesa a la cual acababa de sentarse y que, no obstante ello, ya había sido regada con una cucharada de sopa y era teatro del duelo que libraban un comanche de plomo, parapetado tras el salero, y un astronauta derrengado que nadaba en el vaso de agua. Duelo éste que, pese a tener como árbitro a Ignacio, de ningún modo había solicitado su atención al punto de impedirle pegarle un puntapié a Ana, por debajo de la mesa. Ante el justo reclamo de la víctima, intervino el padre:

—¿Qué pasa ahí? —preguntó secamente.

—Nada —se apresuró a contestar Ignacio, mientras corría una panera para disimular así la presencia del astronauta aquel, zambullido en el agua turbia de su vaso.

—Estése quieto.

Juan comía mecánicamente, fijos sus pensamientos en el pequeño golfo descubierto esa tarde y, mucho más que en el golfo, fijos en la caverna cuya boca tenebrosa allí se abría, bajo el nivel de las aguas. El orgullo posesivo del descubridor y el propósito de avanzar en la exploración antes de revelar su secreto, completo y deslumbrador, lo llevaron a guardar silencio. Pero, mientras los padres conversaban, mientras Patricia lo miraba de vez en cuando formulando una muda interrogación, mientras Martín Segundo devoraba cuanto se le ponía delante, mientras Ignacio convulsionaba el sector sometido a su temible influjo, Juan regresaba al golfo y, mediante variados procedimientos, ingresaba con la imaginación al ámbito enigmático de la gran caverna.

—Buena gente estos Ferguson —aprobó Martín, suscitando el acuerdo callado de su mujer. —Y mire que hay motivos para tener diferencias.

—Claro, ellos saben que usted estuvo en las Malvinas.

Una sombra veló la frente del ex combatiente, pero no eludió el tema según era su costumbre.

—Siempre lo supieron. Yo creo que lo sabían desde que llegamos aquí. Y, sin embargo, de entrada nos recibieron con los brazos abiertos.

Eso había ocurrido muchos años atrás, a mediados de 1984. Martín, con el grado de Teniente, estuvo en las islas desde el comienzo de las acciones, al mando de una Sección de infantería. Nítidamente recordaba su emoción cuando, en la madrugada del 2 de abril, supo que, por fin, se había decidido recobrar el territorio usurpado mediante el empleo del único procedimiento que restaba intentar: la fuerza. Emoción acentuada al saber que tropas argentinas consolidaban su presencia en el archipiélago, donde ondeaba nuevamente la bandera nacional. Y que aún creció esa mañana, al advertir que la población, unánime, acompañaba enfervorizada la acción de sus soldados, empavesando en celeste y blanco los techos, ventanas, balcones, de cada casa, desde las ca-

sillas precarias en los barrios de emergencia hasta las magníficas quintas del norte de la capital, desde los modestos tallercitos suburbanos hasta las grandes fábricas, desde los ingenios tucumanos hasta los campamentos petroleros, desde las oficinas públicas hasta los ranchos de la llanura; embanderamiento éste que se completó con un florecer de escarapelas en el pecho de los argentinos.

De inmediato se presentó Martín a sus superiores, para pedir marchar como voluntario a las Malvinas. La gestión resultó innecesaria pues alguien le informó que su regimiento sería trasladado allí en cuanto la Fuerza Aérea estuviera en condiciones de hacerlo. Agradeció entonces al cielo poder cumplir su ilusión más cara, precisamente aquella que lo impulsara a vestir el uniforme militar. Poder combatir por el suelo patrio, participar de una guerra justa y morir en ella si preciso fuera, colmaba las ambiciones de Martín. Y, desde el momento en que el *Hércules* que los condujo detuviera su carreteo en la pista de Puerto Argentino —todavía Port Stanley—, aquel joven Teniente comprendió que había comenzado para él la magna empresa que justificaba su vida.

Atendió con desvelos paternos a cada soldadito que integraba la Sección a su cargo; construyó la propia posición y ayudó a reforzar las de sus hombres; comió el rancho de la tropa, sin aceptar privilegios; y, cuando empezaron a caer los primeros obuses disparados por la flota británica, demoró en ponerse a cubierto, cosa de transmitir confianza a quienes conformaban su pequeña unidad de combate. Luego, al aparecer los *Harrier* entre las nubes cenicientas del archipiélago, con el mismo fin se mantuvo en pie, desdeñando toda protección para seguir con sus binoculares el paso veloz de los aviones enemigos.

Una vez producido el desembarco de San Carlos, ya próximas las columnas inglesas a las montañas que circundan la capital insular, fue enviado por su jefe —un Teniente Coronel legendario— detrás de las líneas enemigas, pudiendo entrar en acción y probarse a sí mismo que el miedo llega a transformarse en valor sereno cuando la voluntad y el patriotismo lo doblegan.

Muchas cosas vio en las Malvinas. Desde hechos de arrojo hasta lamentables pruebas de cobardía; desde el esforzado ejercicio del temple, bajo la neviza y en los *pozos de zorro*, hasta la comodi-

dad burguesa de ciertos superiores desdeñables; desde la generosidad suprema hasta el negociado vil; desde la Fe vivida con intensidad asombrosa hasta el mayor escepticismo. Muchas cosas vio Martín en las Malvinas pues la guerra, instancia límite, descubre las fibras recónditas del hombre y, como un crisol riguroso, separa el buen metal de la escoria que, mezclados, todos llevamos dentro.

A esas altas revelaciones, puestas por la lucha ante sus ojos, se sumó para Martín la amargura de ser vencido. No fue ésa sin embargo la mayor de sus amarguras. Perder, al fin de cuentas, es una contingencia prevista en el camino del guerrero, es una posibilidad que aguarda junto a cada encrucijada. A su respecto, habíase repetido muchas veces: *“La Historia se escribe con victorias... y con derrotas; lo imperdonable es mantenerse al margen de ella”*. No, no fue la derrota el principal motivo de amargura para el Teniente. No fue la derrota, ni esa herida que mostraría en la cara para siempre.

Las causas de su amarga tristeza, de su triste amargura, consistieron en la ausencia de un gesto final por parte de quienes estaban obligados a asumir una actitud ejemplar; consistieron en el modo cómo se encaró la post-guerra, ocultando a los combatientes cual si fueran apestados, calificando de aventura insensata la empresa que había concitado la adhesión del pueblo todo; consistieron en la retórica hostil de aquellos políticos y de aquellos periodistas y de aquellos intelectuales que, meses antes, cantaran ditirambos a la gesta emprendida.

En presencia de una situación que le hacía hervir la sangre y le revolvió el estómago, Martín pidió la baja del Ejército. Lo cual vino a evitarle nuevos disgustos pues, poco después de abandonar las filas, vería a sus camaradas puestos en la picota por motivos opuestos a los que determinarían su retiro: por haberse permitido triunfar en otra guerra; por triunfar en su lucha contra la guerrilla. Definitivamente asqueado cortó amarras con la civilización y, reuniendo a su familia, se marchó lejos, al sur, a un remoto rincón patagónico donde vivir en soledad, cerca de una naturaleza áspera y lejos de una sociedad muelle. Por otra parte, él no era hombre para irse del país.

Tal era el pasado de Martín, ese pasado sobre el cual casi no hablaba. Guardaba silencio respecto a la guerra victoriosa que

sostuviera contra el terrorismo y guardaba silencio respecto a la guerra que perdiera contra los ingleses. Silencio éste que sólo rompía algunas veces: las suficientes para que, en su casa, nadie ignorara que la Guerra de las Malvinas aún sangraba en su corazón y que no olvidaba una consigna que se impusiera en la bodega del barco que lo devolviera al continente, cierta tarde lejana de julio: *“volveremos... nosotros o nuestros hijos, pero volveremos”*. Eso lo sabían en su casa y, por algún motivo, había trascendido también fuera de ella, de modo que los Ferguson no ignoraban aquel compromiso, que confería características singulares a la relación entre ambas familias.

—Supongo que lo supieron desde el principio— siguió Martín— ya que pronto la gente se enteró que yo había estado en el Ejército, cosa que no anduve proclamando por ahí pero que nunca oculté. Y, por la edad que tenía cuando llegamos, era fácil suponer que estuve en las islas.

—¿Y por qué piensa que, pese a eso, los Ferguson nos recibieran tan bien?— preguntó Cristina.

—Vea, Ferguson es inglés y quiere a su tierra. Por eso es capaz de entender a un argentino que quiere a la suya. Aunque el patriotismo de ellos y el patriotismo nuestro puedan obligarnos a combatir de nuevo.

Hubo un silencio. Martín se quedó pensativo y, como hablando consigo mismo, con voz ronca, dijo algo que nunca había dicho antes pero que a nadie sorprendió:

—Yo maté a un oficial inglés en Malvinas. Y no lo odié en ningún momento. Era un buen oficial: un buen oficial que cumplía con su deber como yo cumplía con el mío. Un buen oficial y, seguramente, sería un buen hombre... igual que Ferguson.

Teófila entró con el postre. Era una india vieja que servía en la casa desde que la familia llegara allí, hacía tanto tiempo. Su rostro pertenecía al campo de la geología y tenía una expresión impenetrable. Arrastraba un poco los pies al caminar.

El pensamiento de Juan seguía recorriendo las oqueadas de la gruta submarina. Ignacio colocó el astronauta tras el salero y zambulló en el vaso al comanche de plomo, trocando sus puestos. Con una breve acción de gracias, Cristina dio por terminada la comida.

—A dormir todos que es muy tarde— ordenó Martín. —Apagaré el motor en diez minutos.

Otra jornada concluía en “Las Bardas”. Otra jornada que, con el transcurso del tiempo, se vería que era la primera de una aventura formidable.

III

EL GRAN HALLAZGO

El amanecer se demoraba en "Las Bardas". Y ello obedecía a la sencilla razón de que las lomas que dieran nombre a la estanzuela se interponían entre el casco de ésta y el horizonte marino por donde despuntaba el sol. De manera que, mientras las olas se encendían con los resplandores primeros, las últimas sombras se aferraban aún en torno a las edificaciones que, rodeadas por precaria arboleda, constituían aquel enclave patagónico.

Formaban el conjunto la casa principal, baja, techada con chapas del mismo color verde que puertas y ventanas, delatando su apariencia el sucesivo agregado de nuevos cuartos impuestos por el crecimiento de una familia. Tal circunstancia confería a esa casa un aire amable, le otorgaba ciertas características de organismo vivo y servicial, lo cual compensaba la ausencia de un estilo preciso que la definiera, según cuadra a una construcción nacida y desarrollada sin asistencia de arquitecto alguno. Como naves auxiliares de un gran buque, la rodeaban varias construcciones secundarias: un galpón de buen porte; una usina que albergaba el grupo electrógeno; un tinglado donde se guardaban la camioneta y algunos aperos; una habitación adosada al galpón, vivienda de don Santos, el peón. Se veía un molino cerrado, rebatida su cola sobre la rueda inmóvil. Corrales. Un perro dormía frente a la puerta de entrada.

El día no había saltado todavía las lomas y un harapo de niebla flotaba en el fondo de la hondonada donde se asentaba el caserío, acompañando el cauce de un pequeño arroyo. Corría éste de

cuando en vez y, si eso sucedía, una corriente rápida gambeteaba entre las piedras que rubricaban el trayecto del lecho, buscando la quebradita que le permitía superar los médanos para alcanzar el mar.

El día no había saltado todavía las lomas pero, desde una chimenea de la casa, comenzó a elevarse un hilo de humo blanco. Apenas un hilo al principio, se robusteció luego, alzándose recto y definido hasta la altura de las bardas donde el viento se encargó de disolverlo, como quien sopla una flor de cardo —ya seca— que se deshiciera en pelusa volátil: Martín estaba en pie y cebaba los primeros mates de la jornada. Pronto levantóse otra humareda desde la chimenea que coronaba el cuarto de don Santos, quien realizaba idéntico menester.

Se sorprendió Martín viendo entrar a Juan en la cocina pues, habitualmente, al muchacho había que sacudirlo para que despertara.

—Buen día. ¿Se ha caído de la cama?— preguntó el padre con ironía.

—Buenas... Me desperté temprano y vine a matear con usted.

—Sirvasé.

Al sorber Juan el primer mate, se insinuó una sombra recostada bajo su nariz, acentuada por la contracción de los labios en torno a la bombilla. Para asegurarse inquirió Martín:

—... ¿Se está dejando bigote?

Ruborizado sin razón aparente, contestó el muchacho:

—Ahá.

Y, allá muy dentro, sintió Martín un sacudón al verificar que el hijo mayor iba dejando de ser un chico. Se abstuvo no obstante de hacer comentarios que aumentarían la confusión de éste, reduciéndose a recordar:

—También yo usé bigote mucho tiempo.

—Sí, cuando estaba en la milicia.

Ahora fue el padre quien contestó escuetamente:

—Ahá.

Se estableció un breve silencio, que Juan aprovechó para urdir el mejor modo de llegar al tema que, luego de haberlo despabilado temprano, presa de explicable excitación, lo decidiera a acercarse al padre en pos de su venia y un dato concreto. Dio un corto rodeo, que estimó conducente:

—Parece que el día va a estar lindo.

—Parece... Ayer limpió al caer la tarde.

—Tengo ganas de aprovechar el buen tiempo y hacer una recorrida larga. Me llevaría algo de carne para asar después de doce...

—¿Leyó algo ayer?

—Bastante. Ando por la mitad de la *Historia de Roma*.

—No deje de leer, porque si no acá nos vamos a convertir en unos salvajes, pero... si ayer adelantó la lectura y hoy quiere ir más lejos, está bien: aproveche el lindo día.

Siguieron mateando, callados. Martín cebaba con atención escrupulosa, pues se preciaba de que a él la yerba no se le lavaba nunca. Juan ya había obtenido la venia paterna, faltaba el dato concreto.

—¿No sabe a qué hora está más baja la marea?

—La verdad... no sé. ¿Por qué no se lo pregunta a Fernando?

¡Claro, Fernando! ¿Cómo no se le había ocurrido? Era una pregunta perfecta para ser dirigida al intelectual de la familia, al que todo lo sabía, desde el número de soldados que interviniera en la batalla de las Termópilas, hasta la proporción en que se han de mezclar el cobre y el estaño para obtener bronce; desde el área geográfica poblada por los onagros, hasta el momento más adecuado para lograr un contacto radial satisfactorio con Estocolmo. Lo malo del caso era que, a tan temprana hora, Fernando dormía como un tronco.

—Gracias— dijo al rato Juan, para indicar a su padre que no le alcanzara otro mate. Martín, fiel al protocolo establecido, respondió:

—Buen provecho.

—Voy a agarrar caballo. Hasta luego.

—Hasta luego, m'hijo.

Algunos rumores indicaban que la casa empezaba a ponerse en movimiento. Teófila entró a la cocina, arrastrando las alpargatas.

Después de ensillar, Juan cortó un pedazo de paleta del medio cordero que colgaba en el tinglado, carneado la noche anterior. Saló bien la presa, metiéndola en una maletita de lona que asegu-

ró a los tientos del recado. Llenó con agua una caramañola, se aseguró de tener fósforos en el bolsillo y volvió a la casa para intentar la ardua empresa de despertar a Fernando.

Tal como lo previera, no fue aquella fácil tarea. Zamarreó a su hermano obteniendo apenas, como respuesta, algún sonido gutural. Le gritó al oído, le hizo cosquillas en la planta de los pies. Abrió por fin el intelectual uno de sus ojos miopes y, mientras la melaza del sueño abandonaba lentamente los recovecos de su mente, preguntó con lengua estropajosa:

—¿Qué... pasa?

—Oíme, Fernando, quiero preguntarte una cosa.

—¿Qué... cosa?

Varias veces hubo de formular Juan su pregunta. Lo miró el requerido con expresión ausente, se colocó los anteojos y, poco a poco, puso en acción sus neuronas. Impuesto de la consulta, estableció la época del año en que se hallaban, dedujo en qué fase se encontraba la luna, sumó, restó, murmuró un par de palabras ininteligibles y luego, claramente, respondió:

—La bajamar culmina ahora a las once cincuenta.

Era todo lo que Juan necesitaba saber. Se dirigió a su propio ropero, retiró una linterna y marchó hacia la cocina, para hacerse de dos galletas. En eso estaba cuando, como un tornado, entró Ignacio, tropezando con el tacho de basura para, después de rebotar en la tapa del horno, caer redondo a sus pies. Desde tan molesta situación asestó a su hermano una mirada de reproche, haciéndolo injustamente responsable de tal desgracia y, fundado en ello, pretendió ser indemnizado:

—Dame galleta— exigió, extorsivo.

—Estás loco. Buscátela vos.

—Voy a gritar.

—Gritá nomás.

En el acto se arrepintió Juan de su actitud, previendo el bati-fondo que podría suscitar aquel diminuto energúmeno a poco que se lo propusiera, con lo cual demoraría su partida y le haría perder un tiempo precioso. Cortó entonces por lo sano, capitulando.

—Esta bien, tomá— dijo y le tiró media galleta, que el chantajista abarajó satisfecho, alejándose mientras la masticaba.

Pero estaba visto que Juan no podría iniciar su expedición con

la prontitud deseada. Se encaminaba el palenque cuando fue alcanzado por Patricia. Tenía ésta la cara recién lavada y un mechón indómito se levantaba entre su pelo corto, apenas ordenado con tres golpes de peine.

—¿Dónde vas?— se interesó la chica.

—Por ahí... qué sé yo... por ahí nomás— eludió Juan la respuesta.

—No me vengás con macanas. Nunca salís tan temprano y, además, llevás carne y galleta. Vos algo te traés entre manos. ¿O te creés que no me dí cuenta que ayer volviste de noche cerrada? Me callé por no armar lío pero no me chupo el dedo. Y me parece que mamá también se avivó.

Vaciló el demorado explorador y, nuevamente, resolvió conducirse con diplomacia. Por otra parte, no le disgustaba la posibilidad de compartir su secreto con Patricia, llegado el momento oportuno. Siempre habían sido compinches, así que le informaría sobre su descubrimiento a la larga o a la corta. De modo que, tomándola de un brazo y en el tono serio con que se formaliza una alianza, dijo:

—Bueno, sí, algo me traigo entre manos. He hecho un hallazgo que podría ser fantástico. Hoy sabré exactamente de qué se trata. No me preguntés más por ahora. A la vuelta te cuento. Pero no digas ni medio. Y, si hace falta, tranquilizála a mamá. Chau.

Patricia, partícipe ya de la aventura que comenzaba, vio cómo su hermano se alejaba rumbo al sur. El sol había superado el perfil de las bardas y bañaba la figura del jinete, cada vez más lejana.

El día resultaba ideal para que Juan cumpliera sus propósitos. Era una mañana luminosa y un soplo suave reemplazaba al viento que, la tarde anterior, barriera el cielo. Al compás del galope, repasaba el muchacho su experiencia en el golfo, planteándose preguntas que no siempre estaba en condiciones de responderse.

¿Bastaría el descenso normal de las aguas para franquearle la entrada a la caverna?

¿Se podría entrar en ella desde tierra o necesitaría un bote o algo así?

¿Cómo se explicaba que el golfo pasara inadvertido a los pobla-

dores pues, por reducido que fuera, constituía un accidente costero bastante notable? Claro que una cosa era topar con él y otra muy distinta advertir la existencia de la caverna submarina, que Juan viniera a descubrir por una suma de coincidencias.

¿Habría algo dentro de la gruta? ¿Huellas del paso de los indios? ¿Fósiles? ¿Un pulpo enorme?

Imaginar sólo la presencia del calamar pavoroso estremeció al jinete que, instintivamente, acarició la empuñadura de su puñal de combate.

Antes de lo previsto dejó atrás el viajero aquel montículo de forma peculiar que, hasta la víspera, señalaba la frontera que limitaba el teatro de sus correrías. No le resultó fácil establecer dónde desviara su marcha hacia la izquierda, para atravesar las alturas que lo separaban del mar. Probó suerte dos veces y, en ambas oportunidades, comprobó haber errado el cálculo pues, desde arriba, la costa aparecía extensa y repetida, sin señales de golfo alguno. Decidió entonces bajar del acantilado y continuar viaje por el borde del agua pues, de ese modo, tropezaría necesariamente con su objetivo. Anduvo así mucho más tiempo que el imaginado, ya con alguna angustia. Frente a él, la playa se prolongaba hasta el horizonte sin mostrar discontinuidad aparente. ¿Habría dejado del golfo atrás, buscándolo más lejos de lo que en realidad estaba? Se proponía desandar camino cuando, de buenas a primeras, sin señal que anunciara su proximidad, el canal de acceso al golfo se le reveló de pronto, cruzando la playa y hendiendo las barrancas que se alzaban a la derecha del jinete.

Por una garganta abrupta subió Juan el talud, con el caballo de tiro. Ató el animal en la misma mata que utilizara para ello el día anterior. Ganó la playita. Graznó un pajarraco y, lleno de curiosidad sobresaltada, el explorador miró hacia el lugar donde, sabía, se encontraba la gruta sumergida.

Ningún indicio señalaba la boca de esa caverna que ya se había transformado en una obsesión para Juan. El nivel de las aguas había descendido con respecto al que alcanzaban el día anterior, ensanchándose el zócalo de algas y musgos lamido por ellas. Pero la bajamar no alcanzaba aún su punto máximo y nada indicaba la existencia de un hueco tras el festón vegetal. Habría

que esperar y, en vista de ello, resolvió el muchacho preparar su almuerzo.

Para sustraerse al impulso de no quitar los ojos del lugar que, como un imán, atraía su interés, prefirió trepar de nuevo y acampar fuera del recinto que conformaban las paredes del golfo. Construyó un precario refugio en la altura, encendió fuego y puso la carne a asar. Se trataba de una operación larga, imponiéndose como un deber no bajar al golfo hasta haberla concluido. Tomó un trago de la cantimplora y se concentró en la tarea. Extendió adecuadamente las brasas, apagó alguna llama que se levantó de súbito, al empezar la grasa a gotear sobre el rescoldo. La paleta se fue dorando de a poco. Y lamentó Juan no haber traído un poco de sal pues, ahora, consideró insuficiente la que había utilizado para sazónarla. El caballo, atado cerca, hacía rodar la coscoja del freno.

Tanto el rodar de la coscoja como el crepitar del fuego y el chirrido de la grasa que sobre él goteaba, constituían sonidos reconfortantes, tranquilizadores. Esos pequeños ruidos domésticos, en efecto, prestaban a Juan algo así como una envoltura —muy frágil es cierto— que lo protegía del peso sobrecogedor de la naturaleza, en una de sus versiones más imponentes. Así, por encima del rodar de la coscoja, del crepitar del fuego, del chirrido de la grasa en las brasas, resonaba el bramido constante del mar —de un mar inmenso y desierto—, al cual se mezclaba el gemir del viento en las matas aferradas al acantilado. Todo ello, unido a la sugerencia prediluvial que insinúa la Patagonia, hizo que el muchacho, por un momento, sintiera conmovido su espíritu por los antiquísimos temores que asaltarían al hombre del cuaternario, intuyendo que su figura acurrucada junto a la hoguera, bajo la bóveda del cielo sin límites, frente al fragor del océano, alcanzada por rachas que corrían libremente sobre extendidas planicies desgastadas, copiaba exactamente la apariencia de sus remotos antepasados, inclinados al amor del fuego recién domesticado.

Pronto superó Juan sus inquietudes y, advirtiendo que el asado estaba listo, comió pausadamente. Una vez que hubo terminado, limpió el cuchillo, apagó la fogata y, cumplido el propósito de dejar correr el tiempo, bajó de nuevo hasta el golfo. Esta vez, sí, el panorama había cambiado.

El panorama efectivamente había cambiado para un observador tan atento como Juan que, a la espera de ese cambio, ya tenía grabados en la retina hasta los menores detalles del lugar. Claro que otro espectador menos avisado apenas si advertiría que, en virtud del descenso de las aguas, aparecía más ancha la franja de algas que oficiaba de zócalo para el acantilado. Solamente eso. Por lo demás, dicha franja no presentaba diferencias aparentes, oscura y uniforme.

Pero, a los ojos de Juan, se ofrecía una alteración capital. Y tal alteración consistía en una zona más sombría que el resto, ligeramente semicircular, que la bajamar ponía al descubierto. Dicha zona estaba también oculta por la cortina vegetal, que la sustraía a miradas indiscretas. No obstante, analizado el sector, podía llegar a notarse que tras el telón colgante ya no había pared y que, faltas de apoyo, allí las algas ondulaban ligeramente.

Por un rato examinó Juan, fascinado, la entrada del antro en sombras. Procuró establecer sus dimensiones bajo el embozo que la recataba, concluyendo que eran vastas y que aún resultarían mayores cuando el mar llegara al punto máximo de su descenso. Al mismo tiempo pudo comprobar las dificultades que se presentaban para ingresar a la caverna.

Si bien ésta se aproximaba al extremo de la playita donde el explorador se hallaba, la distancia no resultaba fácil de salvar. Se acercó al límite de la playa y verificó que bajaba en veloz plano inclinado más allá de la superficie del agua. También notó que la masa de una roca sumergida se adivinaba por transparencia, antes de diluirse en las sombras el tono blanco de la arena. Decidido a vencer cualquier obstáculo se quitó los borceguíes y las medias, se arremangó las bombachas y, descalzo, tanteó la roca sumergida. Esta era firme y de buen tamaño. Caminó por ella hasta aproximarse al acantilado, con el agua a la rodilla. Separó por fin la cortina de algas, descubriendo detrás las profundidades de la cueva.

Por cuanto Juan se encontraba en plena luz diurna, era poco lo que alcanzaba a ver hacia adentro. Siempre tanteando la roca sumergida traspuso la colgadura de algas y se encontró en el interior de la gruta. El cambio brusco de temperatura le provocó un escalofrío y percibió un fuerte olor a resaca y a encierro. Seguía sin ver casi nada.

Pensó encender de inmediato la linterna que llevaba atravesada en la cintura, pero desechó la idea y prefirió que sus ojos se habituaran a la penumbra ambiente. Poco a poco fue poniéndosele de manifiesto una visión maravillosa.

Pese a ser mediodía, por razones de latitud los rayos del sol no incidían directamente sobre el acantilado y su sombra proyectábase un par de metros antes de la entrada. No obstante ello, la luminosidad que encendía el agua del golfo se prolongaba dentro de aquel ámbito, donde el mar brillaba como una esmeralda de apagado fulgor, misterioso y mágico.

Algo más adelante, levantábase el piso de piedra, permitiendo al muchacho avanzar y, ya a pie enjuto, detenerse para inspeccionar en torno.

No sólo el piso de la gruta se levantaba; también su techo, que ganaba altura formando alta bóveda. Y, al trasluz, advertíase que un brazo de agua, ancho y hondo, comunicaba la caverna con el golfo. Juan siguió avanzando por aquella explanada de piedra que contorneaba el espejo líquido, acostumbrado finalmente a la claridad verdosa que lo envolvía. Debía moverse con extrema precaución pues, como esa roca era cubierta por la marea alta, también estaba alfombrada con algas y resultaba sumamente resbalosa. Reinaba un silencio total, quebrado apenas por los leves chapoteos del agua que hacía gárgaras en lugares recónditos.

Una ráfaga helada sobresaltó al incursor que, instintivamente, ladeó la cabeza para esquivar el vuelo deshilachado de un murciélago que vino a perderse en el fondo de la cueva. Repuesto de la sorpresa, detúvose y miró hacia atrás.

El espectáculo era estupendo. La entrada de la gruta, velada por su cortina vegetal, aparecía dividida transversalmente por el nivel del mar, refulgiendo éste como un cristal verde cuya base se difuminaba en las sombras. El amplio lago interior difundía una claridad leve y, en lo alto de la cúpula que formaba el techo, un rayo de sol dibujaba una barra dorada. Algún movimiento en la pared próxima le señaló a Juan la presencia repugnante de un cangrejo. De varios cangrejos. Prendió entonces la linterna y apuntó su haz hacia el fondo del recinto.

La luz dibujó un disco claro allá donde la bóveda descendía hasta las aguas, lejos y frente a Juan. Movié la linterna a derecha

e izquierda y de arriba abajo, barriendo la zona en tinieblas. Movíase el disco sobre las paredes, se dispersaba en destellos cuando rozaba la superficie del lago, manifestaba los relieves de la roca. El resalte que Juan pisaba daba una vuelta casi completa al espejo líquido, que ganaba en tamaño a partir de la entrada.

Ya se disponía el muchacho a dar por concluída su investigación cuando dirigió su linterna hacia el rincón más distante al lugar que ocupaba, vale decir hacia la orilla opuesta del lago subterráneo. Y lo que allí observó le cortó la respiración.

Primero supuso Juan hallarse ante un gran cetáceo. El rayo luminoso, en efecto, revelaba la presencia de una forma oscura, alargada, emergiendo de la superficie como el lomo de una ballena inmóvil. Pero cierta estructura que se elevaba hacia el medio del extenso lomo grisáceo contribuía a desvirtuar la posibilidad de haber dado con uno de esos maníferos gigantescos, aletargado. La luz, por otra parte, avivaba reflejos metálicos al recorrer la longitud del objeto, cuyos detalles iba poniendo de manifiesto. Y, como para disipar cualquier confusión sobre su identidad, luego de detenerse en la estructura que coronaba el perfil fusiforme, destacó, pintada en ella con anchos caracteres, la siguiente inscripción: U-987; debajo, lucía una cruz negra ribeteada en blanco.

Contaba Juan con datos suficientes para establecer la naturaleza de su nuevo y asombroso descubrimiento. De modo que no demoró en concluir que estaba frente a un submarino. A un submarino alemán, según lo atestiguaban la cruz y la cifra pintadas en su torreta. Tratábase de uno de los famosos *U boats* que, repitiendo su actuación de la guerra del 14, notablemente mejorados, fueran terrible amenaza para los convoyes aliados durante la de 1939.

El muchacho, en una palabra, había dado con un sumergible germano de los años 40, y ciertas noticias oídas de labios paternos le permitieron redondear una rápida hipótesis en torno a él.

Sucedió que Juan sabía que, concluída la contienda, dos submarinos pertenecientes a la armada vencida se entregaron a la Argentina, confiando sus Comandantes que ésta los retuviera de modo que sus tripulaciones y adelantos técnicos no pasaran a poder del enemigo. Como las cosas no ocurrieron conforme a los de-

seos de aquellos marinos (los argentinos, a último momento, también habían declarado la guerra al Eje), se supuso siempre que los capitanes de otras naves similares, en condiciones análogas, abandonaron las suyas en ciertas bases secretas que los alemanes habrían construido clandestinamente en las desoladas costas patagónicas y aún más al sur, en la solitaria Bahía Thetis. Hecho lo cual y mediando acaso un guiño favorable de las autoridades, los tripulantes se dispersarían, diluyéndose entre la población. Finalmente, como último dato confirmatorio, Juan no ignoraba que la numeración próxima al millar coincidía con la de los submarinos teutones que operaban a mediados de la Segunda Guerra Mundial.

Rodeó Juan el lago subterráneo, advirtiendo que, antes de alcanzar el punto más alejado en relación a la boca de la caverna, aquel resalte de piedra por el cual caminaba ensanchábase y, por mano de hombre, adquiriría forma regular: la forma de un muelle construido en cemento, provisto de argollas para el amarre y de defensas destinadas a evitar que las naves golpearan contra él, pese a que la quietud de las aguas atenuaba ese riesgo. Aparecían en el muelle muchos tambores de petróleo y algunos bultos envueltos en lona.

El submarino estaba atracado, paralelo al muelle y sujeto por varias cadenas. Si bien saltaba a la vista el cuidado puesto para evitar su deterioro (fundas impermeables cubrían periscopios y cañones) los años no habían pasado en vano sobre su estructura. La herrumbre corroía las cuadernas metálicas y dibujaba chorreras anaranjadas en la pintura blanca del número que identificaba al navío. Colonias de crustáceos poblaban sus flancos, acentuando las analogías que presentaba con un gran cetáceo. Flecos de algas colgaban de las cadenas que lo vinculaban con el muelle. La madera de ciertas rejillas colocadas en cubierta aparecía podrida. En cambio, sobre las fundas impermeables, se destacaban con discordante nitidez algunas palabras escritas en caracteres góticos y el nombre de un puerto: Kiel. Una ligera planchada se extendía entre el sumergible y el malecón. Juan se aventuró por ella.

Pese a su aparente inmovilidad, algunos estremecimientos re-

corrían el casco y el visitante lo sentía rolar² bajo sus pies. No obstante los embates de la corrosión, muchas partes del buque se mantenían intactas, protegidas por gruesas capas de pintura gris. Trepó Juan la escalerilla de grapas que conducía a la cima de la torreta y, allí, notó que la trampa que daba acceso al interior estaba asegurada con fuertes bulones, oxidados: dedujo que sería difícil hacer girar las tuercas, aún contando con herramientas adecuadas para ello. Recorrió luego la cubierta, corroborando que las escotillas que presentaba también estaban clausuradas herméticamente. De vez en cuando, una ligera inclinación del barco hacía chirriar las cadenas de amarre.

En un momento dado, desde la proa del submarino, apoyado en el breve guardamancebo³, el muchacho miró hacia la entrada de la gruta. Y, con la alarma consiguiente, se percató de que la verde luminosidad del mar habíase apagado sensiblemente, lo cual le recordó que el sol seguía su camino y la hora avanzaba. Tenía que abandonar rápidamente la cueva, antes de que la marea obstruyera su boca, dejándolo atrapado dentro. Empezó el regreso precipitadamente. Amarrado al muelle de cemento, hamacándose de modo imperceptible, cubierta de crustáceos su pintura gris, el U-987 continuó sumido en su sueño guerrero, animado quizá por épicos recuerdos de antiguos combates.

² Movimiento lateral que el oleaje produce en un barco.

³ Barandilla de protección.

IV

LOS CONTRABANDISTAS

—Tenemos problemas, jefe—, dijo el Chino Barraza, irrumpiendo abruptamente en el despacho del Delegado Municipal de Caleta Timerman, ex localidad de Chadí Co, junto al Atlántico, en la provincia de Santa Cruz; mejor dicho, en la ex provincia de Santa Cruz, actual provincia Violeta Parra, así denominada como gesto de integración con el gobierno izquierdista chileno, con el cual se discutía la soberanía sobre los territorios ubicados al sur del Río Colorado.

Caleta Timerman era una localidad mínima —algunas casas de bloques premoldeados, una barraca que albergaba el almacén de Ramos Generales, un surtidor *Shell*—, asentada junto a una bahía de contorno impreciso, provista de un espigón batido por el oleaje. La autoridad local estaba en manos de Prometeo Carnotti, Delegado Municipal a la sazón.

Ungido por el voto popular, militaba Carnotti en un partido político sobre cuya estructura gravitaba decididamente, ya que representaba los intereses de un sector económicamente importante: el de los contrabandistas.

Desde don Juan de Vergara en adelante, siempre los contrabandistas han ejercido fuerte influencia en la vida pública del país. Y siempre la Gran Bretaña promovió el contrabando, cuando determinadas trabas aduaneras restringieron de cualquier modo el libre ingreso de las manufacturas elaboradas en el Imperio. Por los años en que este relato se sitúa, las cosas no habían cambiado demasiado. Si bien las relaciones con Inglaterra eran ópti-

mas, olvidada como un mal sueño la Guerra de las Malvinas; si bien la paz imperaba entre la Argentina y el Reino Unido (gobernado ahora por los socialistas); si bien toda hostilidad había sido depuesta prácticamente, pese a que los ingleses seguían ocupando el archipiélago; si bien nuestro lenguaje oficial había aceptado incluso llamar Falkland Islands a aquél y Port Stanley a su capital; si bien las negociaciones sobre un eventual traspaso de soberanía se prolongaban cordialmente década tras década, sin arribar a resultado alguno; si bien, en fin, estrechos vínculos unían nuevamente a ambos países, los británicos —cediendo acaso a un impulso irreprimible— continuaban alentando la introducción de sus mercaderías a despecho de la vigilancia aduanera y exentas por ende de recargos, aforos, y otras menudencias de naturaleza fiscal. Así la situación, las Falkland se habían transformado en punto de partida para numerosos cargamentos que ingresaban al continente clandestinamente, utilizando al efecto las costas patagónicas con marcada predilección. De manera que los contrabandistas proliferaban, constituyendo un estamento digno de ser tenido políticamente en cuenta y que tenía en Prometeo Carnotti a un digno exponente.

Claro que Prometeo no podía utilizar impunemente las instalaciones portuarias de Caleta Timerman para su actividad comercial ni llevar ésta a cabo sin algún recato, valiéndose a esos fines del muelle existente en "La Pochola", una estancia que poseía cierto miembro de la banda, sobre el mar. Pero la cosa se había complicado y de ello venía a darle cuenta el Chino Barraza, su lugarteniente.

Hombre feo el Chino, natural de la isla de Chiloé, asiático el rostro y cerdoso el bigote.

—Sí, jefe, tenemos líos— repitió alterado, luego de cerrar la puerta.

—Te dije que aquí, en mi despacho, no se habla del negocio— lo atajó Carnotti.

—Perdón, pero pensé que usted tenía que saber.

—Bueno ¿qué pasa?

—Nos han visto descargando las motos.

La introducción ilegal de motocicletas inglesas se había convertido en un rubro que arrojaba excelentes dividendos para la banda. Desplazadas en el mundo por las máquinas japonesas, marcas

tan famosas como *B.S.A.* o *Royal Enfield* no hallaban mercado. Pero, liberada su entrada de todo gravámen y patentadas fraudulentamente en Caleta Timerman, la situación cambiaba. Y el hecho es que, provistas con tal patente, eran muchas las de ese origen que competían aiosamente con las *Honda*, *Suzuki* o *Kawasaki*.

—¿Cómo que los han visto?— sobresaltóse Carnotti.

—Nos vieron, sí.

—¿Y quién los vio?

—Martin, el milico de “Las Bardas”.

—¡Pedazos de chambones! A ver, contá de una vez.

La mañana de aquel día en que Juan partiera para explorar la gruta submarina, Martín, su padre, resolvió viajar hasta Caleta Timerman, la localidad más próxima aunque distante, para proveerse del combustible requerido por el grupo electrógeno, que escaseaba. Con tres tambores vacíos en la caja de la camioneta, se dirigió al pueblo. A medio camino advirtió que el motor levantaba temperatura y, luego de detenerse, comprobó que el radiador estaba seco. Para peor había olvidado cargar la damajuana destinada a conjurar emergencias de ese tipo. Celebró por lo tanto hallarse cerca de “La Pochola”, una estancia costera. Allí se encaminó a marcha reducida, interrumpida cada tanto para que el motor se enfriara.

Le extrañó a Martín no encontrar a nadie en la casa. Golpeó las manos, espantó los perros que le toreaban, pero, aparentemente, aquello estaba desierto. Buscó entonces un recipiente adecuado, sacó agua del depósito abastecido por las canaletas del techo y, una vez lleno el radiador, se dispuso a seguir viaje. Antes de hacerlo, sin embargo, observó algún movimiento tras los galpones, cerca del mar. A fin de no pasar por descortés fue hacia allí, dispuesto a informar sobre aquella, su recalada forzoza. Y así, sin proponérselo, vino a transformarse en testigo de la operación que se estaba llevando a cabo en el rústico atracadero de la estancia. Optó por retirarse en seguida, sin llamar la atención. No obstante tal propósito, su presencia no había pasado inadvertida. He ahí el motivo de la alarma del Chino Barraza.

—Y no quisimos seguirlo, jefe, porque en una de esas empeorábamos el asunto. El hombre no es de arrear con la rienda y sabe andar armado.

—Hicieron bien. Dejame pensar ahora. Ya encontraré cómo quitarlo del medio de manera legal. Total, aquí la ley soy yo. Tratá de traerlo... Le pediré el título de la camioneta, o boletas de impuestos... ya veremos.

Por suerte para él, Martín había sacado buena ventaja al Chino y, además, Carnotti no encontró de inmediato la solución adecuada para ponerlo fuera de circulación. De modo que pudo llenar los tambores con *fuel oil* y, además, tuvo tiempo para acercarse a lo de don Günther Spiegel e interesarse sobre el arribo de cierto repuesto que éste debía conseguirle, habiéndolo encargado a Buenos Aires.

Era don Günther un personaje singular. Se aproximaba a los ochenta años y mantenía erguido su corpachón saludable. Encendida la cara donde brillaba un par de ojos muy celestes bajo las cejas blancas, una corona canosa le rodeaba el cráneo desnudo. Mordía siempre la boquilla de una pipa, cuya humareda tiñera en amarillo el bigote poblado. Cuando se arremangaba, descubría los múltiples tatuajes que adornaban sus brazos poderosos: esos tatuajes representaban anclas, sirenas y goletas azules.

Nadie recordaba cuándo ni cómo arribara don Günther a Caleta Timerman que, por entonces, se llamaba aún Chadí Co. Por otra parte, guardaba un hermético silencio respecto a su pasado. Sabíase que era alemán, según lo delataba su modo de hablar, lleno de ásperas inflexiones. Y, si bien estaba especializado en reparar motores diesel, también se daba maña para realizar otras tareas que tuvieran algo que ver con la mecánica, así se tratara de arreglar el cilindro de un molino o de afilar la cuchilla de una picadora de carne. Cuando se concentraba en el trabajo, olvidando la presencia de los clientes, dejaba de lado su pipa de ámbar y canturreaba por lo bajo viejas melodías marineras: canciones que aludían a tempestades, a borracheras, a muchachas y fantasmas.

El repuesto no había llegado aún de la capital. Ante tal noticia —prevista—, abandonó Martín el taller de don Günther y emprendió la vuelta. Un cuarto de hora después llegaba al lugar el Chino Barraza, preguntando al alemán:

—¿No anduvo por aquí el milico de "Las Bardas"?

—Anduvo.

- ¿Hace mucho?
—Un rato.
—¿Pa'ande agarró?
—No sé.

Cuando manejaba, Martín corría más de lo prudente, como casi todo conductor patagónico: las largas distancias a cubrir y las rutas vacías crean allí ese hábito. De manera que, apenas salido de Caleta Timerman, puso la camioneta a 140 kph. alejándose velozmente del pueblo.

A mitad de camino reparó en que, pese a su detención en “La Pochola”, había realizado las diligencias que lo llevaran a la población en menos tiempo que el habitual, resolviendo entonces dirigirse a la estancia de los Ferguson, para completar esa mañana retribuyendo la visita que éstos les hicieran. Y, si lo invitaban a almorzar —cosa probable—, aceptaría la propuesta. Total, pensó, la demora no extrañaría a su mujer pues, por una razón u otra, era frecuente que se quedara en el pueblo hasta la tarde, a fin de concluir gestiones iniciadas durante la mañana.

Al comenzar una larga recta, desembocaba en la ruta el camino secundario que conducía al establecimiento de Ferguson. En una flecha blanca, apuntada en sentido contrario al mar, se leía: “La Nueva Devon”. Por ese camino tomó Martín a buena marcha, derrapando algo en el viraje las ruedas trasera de su vehículo. Pronto se perdió éste de vista, diluyendo el viento la polvareda levantada a su paso.

El coche del Chino coronó la loma a partir de la cual el pavimento se extendía, recto, por kilómetros y kilómetros. Le extrañó ver la ruta absolutamente desierta.

—Tomó mucha ventaja— murmuró Barraza. —Y no creo que el jefe quiera que lo saque de la casa. Eso siempre que lo pueda sacar. Mejor me vuelvo.

El casco de “La Nueva Devon” tenía cierto aire de estación ferroviaria. La casa estaba construída íntegramente de madera y, pieza por pieza, había sido traída de Inglaterra para ser ensamblada en aquel breve regazo de la planicie patagónica donde

estaba enclavada. Circunscribía su perímetro una galería con baranda hasta la que conducían algunos escalones, ya que se levantaba algo sobre el nivel del suelo. El techo era de zinc, guarnecido por cenefas; las ventanas, de guillotina. Siempre aparecía como recién pintada y habitualmente así ocurría pues, para protegerla, Ferguson la hacía lijar, barnizar y enjabelgar con regularidad escrupulosa. La construcción era blanca, negro el techo y amarillos los contramarcos de puertas y ventanas. Un pararrayos de bronce remataba el conjunto.

En virtud de esa peculiaridad propia de los ingleses, consistente en recrear parcelas de Gran Bretaña en torno a los lugares donde se afincan, así se trate de Pakistán, Egipto, la India, Gualeguaychú o Barbados, Ferguson había conseguido rodearse de un contorno amable que se interponía entre la intimidación de su hogar y el paisaje bárbaro que lo cercaba, extendiéndose hasta el infinito. Múltiples plantas de rosa mosqueta envolvían los soportales de la galería. Distintos canteros florecían junto a los senderos de grava dibujados en el césped, que sobrevivía a fuerza de sudor y riego. Varias especies de árboles europeos se hacían presentes con los tonos armonizados de sus follajes y, en un alarde de heroísmo, había conseguido Ferguson esbozar el recorrido de tres hoyos de golf donde, mal que mal, despuntaba el gusto de mantener vigente la ortodoxia de su *swing*.

No había terminado Martín de estacionar la camioneta cuando ya Ferguson se acercaba, cordial. Tendría éste unos sesenta y cinco años, era de faz rubicunda, llevaba bigotito recortado y se cubría con un sombrero de *tweed*. Detalle anacrónico: usaba unas polainas de lona, abrochadas al costado, que probablemente ya estuvieran pasadas de moda cuando la Guerra de Crimea.

—*Good morning*— dijo el inglés, aunque hablaba normalmente en castellano: en un castellano de buen escocés.

—Buen día, Desmond— respondió Martín.

—Excelente *aidta*— aprobó Ferguson. —Pase, le prepararé un *drink* ¿Y Cristina?

—Bien, gracias. Claro que ayer nomás nos vimos, Desmond.

—Es cierto. *Good*. Vamos adentro.

El interior de la vivienda era tan acogedor como su propietario. Entraba el sol por un *bow window* que iluminaba el extremo de la sala, en las paredes había grabados con buques de vela, la cabe-

za embalsamada de un ciervo adornaba la chimenea bordeada de azulejos vidriados, una cápsula de cañón contenía un puñado de bastones y dos palos de golf, en una estantería del comedor se alineaban piezas de loza con motivos azules.

En seguida se aproximó a saludar Pamela, la mujer de Ferguson, una rubia algo estirada, menor que él, que jamás había terminado de consentir el trasplante y suspiraba por regresar a su Devon natal, pese a tener la íntima certeza de que ello no ocurriría nunca de manera definitiva. Un hermano suyo, militar de carrera, fue muerto en las Malvinas. También saludó la única hija del matrimonio, Jenny, de diez y seis años, alejándose de inmediato las mujeres, discretamente.

Provistos de sendos vasos, en el ámbito tibio del *bow window*, se sentaron los hombres a conversar. Antes, sin embargo, Ferguson había corroborado:

—Por supuesto se quedará a almorzar, Martín.

—¿Le parece?

—¡Pamelal! ¡Un plato más!

Luego de cambiar frases triviales, referidas al tiempo y a la esquila, Martín relató a su amigo el episodio del cual fuera involuntario protagonista, en "La Pochola".

—¿Cree usted que lo vieron?

—No estoy seguro. Pudieron verme.

—Eso le traería un disgusto, *yes*. Acá todos sabemos que se hace contrabando y que Carnotti es el jefe de los contrabandistas. Pero ellos lo ocultan y no les gustará saber que hay un testigo de sus actividades. Menos les gustará si ese testigo es un hombre que no se va a dejar sobornar ni asustar. Cuídese, *my friend*.

—Sí, ya pensé que algún problema me podría traer esto. Aunque ¿de qué se va a cuidar uno? Vaya usted a saber qué clase de embrollo podrían armar para silenciarme.

—Ellos son la ley aquí y, además, gente capaz de cualquier cosa. Yo lamento mucho que compatriotas míos estén mezclados con los contrabandistas.

—Vea, Desmond, en esta cuestión, como en tantas otras, sin excluir la política ni la economía, siempre pensé que son menos criticables los de afuera que los de adentro. Los de afuera van a lo suyo; lo malo es que nunca falta alguien de adentro dispuesto a hacerles el juego, en beneficio propio y en perjuicio del país.

—Así es, Martín. También pienso eso. Y si me disculpa por tocar un tema delicado, algo así pensaba cuando la guerra por las Falkland... o por las Malvinas, si prefiere.

Martín se puso tenso ante la sola mención del conflicto, pero la expresión de Ferguson era abierta, amigable.

—¿Por qué dice eso? —dijo, invitando al inglés a explainarse.

—Porque las cosas cambian según el lado desde donde se miran... ¿*right*? Como usted dijo que pasaba con la política y la economía. Yo estaba a favor de mi país, *it's my country*, deseaba que Inglaterra demostrara que aún es una gran nación, capaz de luchar y vencer; que los hijos del Imperio todavía podían batirse como buenos soldados y que no eran todos homosexuales ni drogadictos. Un hermano de Pamela murió en el Monte Kent... Pero, al mismo tiempo, comprendía muy bien a los argentinos que pelearon para recuperar algo que creen es de ellos. *Yes, my dear*. Y no lo hicieron tan mal como después dijeron. Esos pilotos suyos fueron unos demonios: los alabó el mismo Pierre Clostermann...

—También algunos otros combatieron bien, Desmond... Me acuerdo, en Fitz Roy, en *Top Malo House* para ser más preciso, nos defendimos horas en una cabaña. Fue un pequeño infierno. Pero un infierno con ribetes deportivos, pese a las explosiones y los muertos. Cuando terminó el enfrentamiento, un oficial inglés le dijo a uno nuestro, tendiéndole la mano: "*good fight... but remember: never in the house*"⁴. Tenía razón, era un principio clásico que habíamos olvidado.

—Se me escapó, jefe— informó el Chino Barraza a Prometeo Carnotti.

—Sos un inútil, Chino. Ya veremos qué hacemos. Por ahí lo denunciarnos a SPARTACUS. Al fin de cuentas éste fue militar y algo habrá tenido que ver con la represión. Pero, por lo pronto, hay que buscar otro sitio para bajar la mercadería. No debemos correr riesgos.

—¿Sabe, jefe? Hace tiempo, por casualidad nomás, encontré un lugar en la costa que vendría al pelo. Queda lejos, eso sí. Pero es como mandado hacer. Una entradita de agua... ¿cómo se dice?

⁴ Buena pelea... pero recuerden: nunca en la casa.

—Un golfo:

—Ahí está, un golfo. Un golfito. Con un canal de entrada angosto, metido en la barranca. Uno no lo vé hasta que ya está encima.

—Podría ser. Un día de estos habrá que ir a mirar ese golfo.

V

EL PASADO DE GÜNTHER SPIEGEL

Atardecía ya cuando Juan llegó de vuelta a "Las Bardas". Su padre había regresado poco antes, después de almorzar en lo de Ferguson.

Mientras, al galope, desandaba camino, distintas emociones, distintos sentimientos, distintas ideas, agitaban la mente y el corazón del muchacho. Su descubrimiento era extraordinario y, naturalmente, el primer impulso que lo agitaba a su respecto era comunicarlo, deslumbrando a sus oyentes con el relato de aquella aventura increíble. ¿Qué cara pondrían los de su casa cuando se enteraran del notable fruto de sus correrías? Al lado de éste, los resultados obtenidos anteriormente resultaban mínimos, intrascendentes. De manera que la perspectiva de participar a su gente un éxito tan rotundo ejercía poderoso influjo sobre el ánimo de Juan.

Pero, al mismo tiempo, movimientos contradictorios se oponían al atractivo de revelar la aventura vivida. Significaba en efecto algo así como perder la propiedad exclusiva del descubrimiento; era transferir al dominio público un secreto fascinante, que le pertenecía en su totalidad. Y, por otra parte —decíase— nunca se sabe de qué modo pueden reaccionar las personas mayores frente a determinadas situaciones.

Porque Juan no estaba dispuesto a dar por concluída la experiencia con el mero descubrimiento del submarino amarrado en la caverna. Por lo pronto había resuelto inspeccionar la nave, pues algún modo habría para penetrar en ella, aunque estuviera her-

méticamente cerrada. No dejaba de advertir las dificultades de la empresa, ya que el óxido, las incrustaciones salinas y calcáreas, los moluscos adheridos al casco, tornaban sumamente complicado mover tuercas y tornillos, soltar bulones, hacer girar manivelas, realizar, en fin, las operaciones necesarias para entrar al submarino. Y, en tren de prever obstáculos, ignoraba Juan cuales de las escotillas franqueaban el paso de un hombre y cuales correspondían a tapas destinadas a la carga de combustible, al abastecimiento de proyectiles y torpedos, o al alojamiento del *schnorkel* ⁵. Meditaba en ello cuando, por asociación de ideas, se le ocurrió pensar qué habría sido de los hombres que tripularan el submarino.

Echó rápidas cuentas y concluyó que varios de ellos debían vivir aún. Sabía que, hacia el final de la guerra, muchachos muy jóvenes habían vestido el uniforme alemán en calidad de combatientes, así que, probablemente, chicos de su edad podían haberse contado entre la dotación de U-987. Existía por lo tanto un reducido grupo que conocía la presencia del sumergible, anclado en su fondeadero secreto. Los integrantes de tal grupo se habrían dispersado y serían apacibles abuelos en Martínez, La Cumbrecita o Villa Ballester, ingenieros de grandes empresas tal vez, quizá especialistas en estudios oceanográficos, peritos en electrotecnia, mecánicos de motores diesel...

Considerar la posibilidad de que alguno de aquellos tripulantes, extremadamente joven en 1945, pudiera ser en la actualidad mecánico de motores diesel, hizo saltar una pequeña chispa en la mente de Juan... Súbitamente se le presentó la imagen de un alemán setentón, mecánico de motores diesel, que guardaba tenaz silencio sobre su pasado y que, muy probablemente, hubiera sido marino en sus años mozos, a juzgar por los tatuajes que exhibía en los brazos, tatuajes éstos que representaban anclas, sirenas y goletas azules...

—Sí, señor!— exclamó Juan —¡Don Günther!

Azulado por las perspectivas que abría su razonamiento, el jinete apuró la marcha. Debía obtener la colaboración de don

⁵ Los submarinos utilizados en la Segunda Guerra Mundial ya contaban con este aparato que, navegando en inmersión, les permitía renovar el aire y valerse de sus motores diesel, al comunicarlos con la superficie.

Günther para ingresar al submarino. Y, también, contaría su aventura a Patricia, pues ella había levantado una punta del velo que cubría aquel secreto y Juan prefería ponerla de su parte, antes que echara todo a perder con alguna indiscreción. No era capaz, por otra parte, de guardar exclusivamente para sí la emoción con que el descubrimiento le conmovía el ánimo.

En cuanto Martín volvió del pueblo, luego de almorzar en “La Nueva Devon”, relató a su mujer la escena que presenciara casualmente en “La Pochola”. Y agregó:

—Mejor no decirles nada a los chicos. Para qué decepcionarlos tan pronto respecto a nuestras autoridades. Además, se me ocurre que mi carácter de testigo puede llegar a complicarme la vida y más vale no preocuparlos. Pero era conveniente que usted estuviera al tanto. Por cualquier cosa...

Así, a partir de un mismo día, dos secretos vinieron a convivir en “Las Bardas”, alterando ligeramente el ambiente que allí se vivía... Alteración que crecería con el correr de las semanas hasta alcanzar un punto que nadie, en esos momentos, podía llegar a prever.

—Dale, contá— urgió Patricia a Juan, cuando éste no había terminado de acomodar el recado sobre su caballete.

—¿Y qué te tengo que contar?— se hizo rogar Juan, con expresión de malicia.

—Vos sabés muy bien lo que tenés que contarme. Mirá que, si te hacés el misterioso, pregunto en la mesa qué te pasó ayer que llegaste tan tarde.

—Si me vas extorsionar, no te digo nada.

—Andá, contá, dale.

—Te cuento, pero con dos condiciones.

—¿Cuáles?

—La primera: me vas a prometer no decir ni una palabra. Pero ni una. Silencio absoluto.

—Bueno, prometido. ¿Cuál es la otra condición?

—Le robás un cigarrillo a papá, así lo fumo mientras te cuento. Juan fumaba poco y a escondidas. Tan poco fumaba que no le

era preciso abastecerse regularmente de cigarrillos y sólo de vez en cuando sustraía —o hacía sustraer— alguno del paquete que, abierto, tenía siempre su padre en el *living*, próximo al sillón donde se sentaba a leer de noche. En cuanto a Martín —que fingía ignorar el mínimo despojo de que era víctima— recién adquirió el hábito en la guerra, durante las largas horas pasadas en los *pozos de zorro*, a la espera del momento en que, regularmente, la escuadra británica abría fuego sobre las posiciones de su regimiento.

—Ahora sos vos el que me extorsionás.

—Elegí.

La elección de Patricia quedó evidenciada por su retirada y pronto regreso, provista del cigarrillo exigido por su hermano. Luego, ambos treparon hasta una suerte de refugio donde solían guarecerse para charlar con tranquilidad, para contarse proyectos y para formularse interrogaciones a cubierto de la curiosidad de los menores, de Ignacio en particular, siempre entremetido y turbulento.

Tal refugio era un hueco entre las matas que guarnecían la cresta de una lomada próxima y, desde allí, podía verse el mar por un lado y, por el otro, la planicie patagónica que se perdía hacia occidente. Esa tarde se sentaron de espaldas al océano para observar las maravillas del ocaso, que teñía en rojo la distancia tendida frente a ellos.

—Bueno, ahora contá...

Con parsimonia encendió Juan su cigarrillo y comenzó la historia. Cuando hubo concluído, el sol presentaba apenas un breve gajo incandescente asentado sobre el horizonte. Debajo de los hermanos, el casco de "Las Bardas" ya estaba envuelto en sombras. Mantuvieron aquéllos un largo silencio, roto al fin por Patricia.

—¿Y por qué querés guardar el secreto? —preguntó.

—Todavía no sé bien porqué. Lo que pasa es que, si cuento el asunto, ya no podré manejarlo más. Papá es muy cuidadoso, muy cumplidor de las leyes y todo eso. Por ahí le da por avisar al gobierno, o a la marina, y se llevan el submarino para estudiarlo o qué se yo. Y, en una de esas, resulta que se lo entregan a los norteamericanos como a los primeros que vinieron a rendirse después de la guerra... Además no creo que los particulares puedan tener submarinos con torpedos y cañones... No sé... Siento por otra parte

que este asunto no se termina con el descubrimiento del submarino... ¿Vos sabés lo que sería poder hacerlo andar?

—¿Hacerlo andar? ¿Y qué vas a hacer con un submarino que ande?

—Vaya a saber... Pero sí sé que con un submarino se pueden hacer muchas cosas...

—Estás loco.

Juan no estaba loco. Pero una loca idea empezaba a formarse en su cabeza, muy borrosa todavía, muy imprecisa. Y esa idea loca requería, como primer paso, tomar contacto con don Günther, esbozarle las líneas de un sueño aventurado, de una ilusión descabellada pero que, no obstante, tenía atractivo suficiente para que el viejo se aviniera a restablecer vínculos con aquel pasado que había sepultado en el olvido.

—¿Loco? Puede ser. Porque se me está ocurriendo una linda locura. ¿A que no descubris quién, por aquí, podría ser capaz de hacernos entrar al submarino? ¿Quién podría ser capaz hasta de hacerlo funcionar?

—No sé.

—Don Günther.

—¿Don Günther?

—Sí, don Günther. Pensá un poco. ¿Qué edad creés que tiene? ¿Y qué edad tendría hoy un muchacho que hubiera llegado con el submarino, en 1945? ¿Cuál es la nacionalidad de don Günther? ¿Dónde aprendió mecánica? ¿Cómo llegó aquí? ¿Y los tatuajes que tiene en los brazos...?

—Tenés razón. Son muchas coincidencias. Pero me parece difícil que te lleve el apunte. El no quiere hablar de su vida, él no quiere líos. ¿Cómo harás para meterlo en ésto?

—Ya veremos. Lo que sí, me voy al pueblo la próxima vez que vayan.

—Y a Fernando ¿vas a decirle algo?

—No estoy seguro. Aunque es al único que convendría hablarle... Sabe tantas cosas que uno nunca puede estar seguro de no necesitarlo en un momento dado. Sí, pensaré en Fernando...

Un girón rosado, el último, se apagaba hacia el poniente cuando Juan y Patricia abandonaron su refugio para dirigirse a la casa. En ese instante ponían en marcha el motor de la luz y las ventanas se iluminaron súbitamente.

—¿Cómo le ha ido de excursión, m'hijo?

—Bien, papá. Fue un lindo día.

—¿No halló nada? ¿No trajo nada nuevo?

—No, no traje nada.

Nada, en efecto, había traído Juan.

En el otro extremo de la mesa se generó un alboroto, suscitado, naturalmente, por Ignacio. Martín Segundo se quejaba del hurto de cierta porción de tortilla, mientras Ignacio se relamía con expresión satisfecha. Ello requirió la atención del padre, quedando trunco el tema iniciado.

Además del dueño de casa, de Prometeo Carnotti y del Chino Barraza, otro miembro de la banda integraba el grupo reunido en el casco de "La Pochola". Era éste Plinio Fonseca, un hijo de portugueses, patrón del "Bagre", vetusto carguero que, bajo bandera panameña, utilizaban los contrabandistas para su próspero negocio.

—¿Cuándo es el próximo embarque?— preguntó Carnotti, dirigiéndose a Fonseca.

—No antes de un mes y medio. El proveedor en Stanley está sin mercadería.

—Bueno, eso nos da tiempo. Vos sabés que ya no hay que usar este muelle: nos deschavaron.

—Ya sé. ¿Tienen otro lugar en vista?

—El Chino ha visto uno, bastante más al sur. Pero hay que revisarlo para ver si sirve.

—Sirve, don Prome. Le digo que sirve— insistió Barraza.

—Está bien. Pero igual hay que verlo.

—¿Y qué hacemos con el milico de "Las Bardas"?

—Te lo dije, Chino. Ya que no lo pudimos encanastar de entrada, inventándole una infracción cualquiera, ahora vamos a hacer las cosas prolijas. Mañana mismo me voy a Gallegos para hablar con el secretario del diputado. Ustedes saben que el diputado va prendido en el negocio y nos defenderá: quiero que lo denuncie al milico ante SPARTACUS... ante el Secretariado, ya saben. Seguro que anduvo metido con la represión y, de todas maneras, mientras lo averiguan, estará a la sombra. Aunque al final no encuentren nada, ya el tipo quedará sucio y cualquier cosa que haya

dicho sobre nosotros perderá peso... Y, si insiste, la gente pensará que habla para vengarse y no le hará caso.

—Pero— objetó el dueño de casa, que se llamaba Orestes aunque le decían *Pucho* —¿No le parece que ha pasado mucho tiempo desde la época de la represión? ¿No habrá habido amnistías o algo así?

—No, *Pucho*, no— ilustró Prometeo —Los excesos en la represión fueron declarados *crímenes contra la humanidad*, no prescriben y toda ley de amnistía sería nula a su respecto. No es el caso de los delitos cometidos por la guerrilla...

—Explique.

—Explico. Los delitos de la guerrilla sí fueron amnistiados porque las circunstancias que los rodeaban justificaban a sus autores. El gobierno dijo de ellos que debían ser considerados como profetas de un nuevo orden social, si bien podría objetarse la metodología utilizada para imponer sus justas reivindicaciones.

—Bueno, entonces usted tiene las cosas bien pensadas, Carnotti. Métale nomás.

Como una semana transcurrió antes que el reaprovisionamiento de víveres impusiera otro viaje entre “Las Bardas” y Caleta Timerman. Esta vez Cristina se encargaría de las compras, ofreciéndose Juan para acompañarla y manejar la camioneta.

—Usted todavía no tiene Registro— recordó Martín.

—Acá nunca lo piden, papá; además, soy amigo de Morales, el vigilante. Pero, en todo caso, mamá puede entrar al pueblo manejando ella.

—Está bien, vaya. Pero no corra. Y no se olvide de preguntarle a don Günther si llegó el repuesto para el motor.

Juan podía llegar a olvidar cualquier otro encargo, pero ese no.

Hicieron el largo trayecto a una velocidad que Martín hubiera considerado excesiva, no obstante resultar bastante menor que la que él mismo imprimía habitualmente al vehículo. Condujo Juan hasta un par de kilómetros antes de Caleta Timerman y allí dejó el volante a su madre, quien se dirigió hasta el almacén de Ramos Generales regido por Abraham Salmún, provista de una larga anotación donde figuraban las vituallas necesarias para el consu-

mo de medio mes. Había de todo en ese almacén, desde jabón de lavar hasta cartuchos de dinamita, desde dedales hasta motocicletas (motocicletas *B.S.A.* y *Harley Davidson*). El único surtidor de nafta en muchas leguas a la redonda estaba instalado frente al almacén.

—Mamá, me corro hasta lo de don Günther, a ver si llegó el repuesto.

El taller y la morada de Günther Spiegel ofrecían un fuerte contraste. Aquél daba a la calle y ésta se alzaba detrás, en el fondo del mismo terreno. Era el taller una típica construcción patagónica, signada por la provisionalidad y por la más absoluta falta de inquietud estética, levantada con bloques grises mal asentados y sostenido el techo por una estructura de hierro a la vista, sin tan siquiera una mano de cal que alegrara el conjunto, mimético con el tono terroso de la calle. El aspecto de la casa, en cambio, revelaba prolijidad europea. Estaba pintada color crema y cuidadosamente barnizadas puertas y ventanas. Había flores en los maceteros, una leyenda en letras góticas sobre la entrada y, desde la robusta chimenea que coronaba el techo a dos aguas, elevábase una columna de humo azul. Los postigos mostraban un recorte en forma de corazón, surgiendo inevitable ante esa vivienda el recuerdo de Hänsel y Gretel.

Cuando entró Juan al taller, don Günther estaba inclinado sobre una piedra de esmeril que giraba velozmente, produciendo chorros de chispas. Parecían éstas salir de las manos del viejo gigante y, así, no era difícil asociar su figura a la de Wotam⁶, supremo administrador de rayos y centellas.

—Buen día, don Günther.

—Buenas, Hans⁷

—Manda a preguntar papá si llegó el repuesto de Buenos Aires.

—No llegó.

Don Günther interrumpió su tarea, cesando el flujo de chispas que brotaba de sus manos. Recobró la pipa abandonada sobre un

⁶ Dios de los dioses, en la mitología germana: equivalente a Júpiter en la romana y a Zeus en la griega.

⁷ Juan.

yunque y avivó su combustión con varias chupadas. Juan no sabía cómo iniciar el tema que quería tratar y, en la emergencia, ni siquiera podía valerse de un comentario respecto a los tatuajes del alemán, ya que llevaba éste los brazos cubiertos por una tricota. Recorrió entonces con la mirada las paredes del taller, cruzadas por estantes donde se amontonaban variados objetos. Y, entre ellos, observó finalmente uno que podría servir de puente para alcanzar el punto que se proponía tocar. Era un pequeño velero encerrado en una botella, que se encontraba junto a un tarro de aceite y a una biela partida.

—¿Qué es eso, don Günther?

—Un barco.

—¿Puedo mirarlo?

—Miralo.

Bajó Juan la botella del estante, quitándole el polvo que la cubría. Limpio el vidrio, quedaron al descubierto las airosas líneas de una goleta con sus velas desplegadas, que se destacaban contra el fondo, donde varias casitas y un faro trepaban la falda de un cerro pintado en la concavidad del cristal. El mar lucía muy azul y nubecitas ingenuas bogaban en el cielo más claro. Una placa escrita en alemán estaba atornillada al pie de madera.

—¿Qué barco es?

—El *María Celeste*.

Juan conocía el enigma que rodeaba el fin de aquel velero, pero prefirió olvidarlo e interrogar al marino.

—Ese es un barco famoso ¿no?

—Sí, un barco con una historia rara.

—Cuenta, don Günther.

Resopló el viejo, poco dispuesto a abandonar el cascarón de su silencio reservado. Estimaba sin embargo al muchacho, con el cual ya había charlado algo en otras oportunidades, y la vista de aquella goleta misteriosa, recortada contra el telón pueril de un puerto exótico, despertó en su espíritu vibraciones dormidas por largos años. Lo alentaba, por otra parte, la expresión ansiosa de Juan, esa mezcla de curiosidad y discreción que revelaba. De manera que, abandonando su trabajo, se sentó en un banquito y volvió a encender la pipa. Juan se acomodó frente al viejo, utilizando como asiento el block herrumbrado de un motor fuera de uso.

—Nunca se supo qué pasó con el *María Celeste*... —comenzó Spiegel.

Y de allí en más, entre largas chupadas a la pipa de ámbar, don Günther relató al chico la repetida historia de una antigua goleta enigmática. Así, en un taller precario de la Patagonia, ante la atención despierta de un muchacho, otro marinero reiteraba ritualmente la narración clásica de un misterio del mar, igual que si el oyente fuera un grumete recién embarcado y estuvieran ambos en un turbio cafetín de Marsella, en un malecón de Singapur o en el puente de algún carguero anclado en Hamburgo, en Estambul, en Jamaica. Creado el clima adecuado, establecido el ineludible hechizo, siguieron hablando el viejo y el muchacho. Siguieron hablando del mar.

Los ojos de Spiegel se habían puesto grises y Juan adivinaba en ellos el color de las olas que azotan Helgoland. A partir de aquel final trágico que diera remate a la singladura del *María Celeste*, Juan siguió preguntando y respondiendo el marino, transitoriamente postergada toda reserva. Tanto fue así que, al rato, bajó el alemán la cortina del taller e invitó a su interlocutor para seguir hablando dentro de la casa, gesto sin precedentes en los anales de Caleta Timerman.

Bastaba entrar al único cuarto que constituía el hogar de don Günther para que quedaran en claro muchos detalles relativos a su pasado, tan celosamente defendido por Spiegel de intromisiones no deseadas. Allí, entre carpetitas bordadas y cuadros con paisajes nevados, entre ciervos uncidos a trineos de porcelana y escudos de ciudades bávaras, estaba la fotografía de una muchacha rubia tomada del brazo de un joven marinero de ancha sonrisa, en el cual no era fácil reconocer los rasgos de Günther Spiegel. Y, además, había otra fotografía, donde aparecía, formada en cubierta, la tripulación de un submarino; en la torreta de éste, una cifra: U-987. Un marco, por último, contenía una Cruz de Hierro con su cinta roja y negra.

A partir de la distinción que significó penetrar a la casa de don Günther —coto vedado—, se allanó para Juan el camino que lo conduciría a la meta propuesta. Impulsado por un rebullir juvenil de su sangre, el viejo se hizo partícipe del proyecto que, cada vez más nítidamente, se perfilaba en la mente del chico, agregando al mismo, entre ambos, retoques y mejoras. Cuando, por fin, se despidieron con un formal apretón de manos, ya habían acordado los pasos que darían a la brevedad. Y, como recuerdo de aquella jor-

nada singular, Günther Spiegel regaló a Juan la botella que contenía al *María Celeste*, en diminuta réplica, con sus velas desplegadas.

VI

LOS SECRETOS DEL U-987

La primera tuerca cedió por fin, luego de largos esfuerzos. Había sido preciso golpearla lateralmente con un martillo, para que se desprendiera aquella costra que la recubría, formada en el transcurso de tanto tiempo. No bastó con eso, sin embargo. Aunque sucesivas estratificaciones cayeran a influjo de los golpes y unas como cáscaras anaranjadas se vieran, dispersas, en torno a la tuerca, ésta se mantenía tenazmente firme —como una muela exagonal—, negándose a girar sobre su perno roscado. Fue rociada con nafta y la nafta, encendida, consumió restos de brea mediante la cual, un día, se previera evitar filtraciones. Llegó después el momento de acudir al aceite lubricante y al grafito que, por último, permitieron concluir la operación con éxito. Había saltado uno de los doce sellos que clausuraban los secretos contenidos en el U-987. Era necesario, no obstante, aflojar otras once tuercas para soltar la escotilla que permitiría llegar hasta las entrañas del submarino.

La cita entre Juan y don Günther se concretó sin tropiezos. El muchacho salió temprano de su casa, como si aquella fuera otra más de sus excursiones, ya rutinarias, y esperó al viejo en un punto convenido, perpendicular al golfo donde dormía el sumergible. Pero, ahora, montaba otro caballo. Era éste un animal grande y sumamente manso, tanto que a Juan le disgustaba usarlo por su

falta de brío. Abandonado el recado, llevaba en vez un cojinillo, sujeto por una cincha.

Don Günther, por su lado, partió de Caleta Timerman mucho antes que clareara, al volante de su "Unimog". Tal vehículo era decididamente veterano y Spiegel lo había comprado en un remate de rezagos desechados por la Fuerza Aérea. Sus características, empero, resultaban ideales para moverse por lugares de otro modo intransitables: ruedas altas, un poderoso motor *Mercedes Benz*, suspensión durísima. Y las habilidades mecánicas de su dueño fueron suficientes para que el antiguo artefacto funcionara a las mil maravillas. Cuando, hacia el mediodía, llegó don Günther al sitio establecido, Juan lo esperaba allí, cruzada una pierna sobre la cruz del caballo.

La maniobra necesaria para que el alemán subiera en ancas no fue sencilla: impedida su libertad de movimientos por la gran caja de herramientas que portaba, la cual sumaba su peso al de los casi ochenta años que el marino llevaba a cuestas, resultó aquélla una ardua empresa. Y, de yapa, la misma se veía además dificultada por una total ausencia de familiaridad que padecía el teutón respecto a los caballos: puesto a recordar, don Günther conservaba sólo memoria de cierta vez en que, teniendo apenas diez años, diera dos vueltas a un picadero, conducida de la brida su cabalgadura.

Arrimó Juan el animal a una barranca de tosca, donde Spiegel había trepado. Aunque el montado era manso en extremo, algún movimiento hizo fracasar por dos veces el transbordo. Recién al tercer intento quedó don Günther enhorquetado en ancas, atravesada por delante la caja de herramientas y firmemente asido al otro jinete. Así, con parsimonia, se pusieron en marcha el viejo y el muchacho, rumbo al golfo.

El sol, que aquel día también brillaba allá arriba, producía en la gruta el mismo efecto que maravillara a Juan cuando su primera visita, difundiendo por transparencia del mar una luminosidad verdosa que alumbraba levemente el amplio recinto subterráneo. Pese a ello, el sector donde se mecía el U-987 permanecía envuelto en sombras. De manera que hacia allí dirigieron sus haces convergentes las linternas que llevaban ambos visitantes.

Cuando la luz reveló el perfil de la nave, Spiegel se detuvo, presa de comprensible emoción. Su mente desandó camino, viéndose a sí mismo muchos años antes, joven y angustiado, volcado sobre sus hombros todo el peso de la derrota sufrida por su patria. Se vio participando de la última formación en cubierta cuando, luego de una escueta arenga del Comandante, entonarían todos el *Deutschland, Deutschland, über alles*, que despertó broncas resonancias bajo las amplias bóvedas. Se vio abandonando el barco por esa pasarela estrecha que aún lo vinculaba con el muelle, vestido de paisano, una bolsa de lona al hombro. Se vio, en fin, echando una última mirada al submarino, que quedaba flotando en la penumbra.

Junto con aquellos recuerdos suscitados por la visión del sumergible, imágenes anteriores se agolparon en la mente del viejo maquinista. Y, en rápida sucesión, desfilaron por ella escenas de su niñez lejana, envueltas en canciones navideñas; de sus años de liceo, alegres por las cartas de alguna novia veraniega; de su casa destruída por una incursión aérea de los B-29 norteamericanos; de su primera salida a bordo de un submarino, vistiendo ya el uniforme de cabo; de ataques a convoyes y de largas horas posados en el fondo del mar, mientras se espaciaban los estallidos de las cargas de profundidad; de apacibles navegaciones en superficie, cerca de las costas de Polinesia y sin buques enemigos en las inmediaciones; de la aproximación final al litoral patagónico, consumada la capitulación, para dispersarse los tripulantes luego de amarrar el U-987 en esa base secreta que, según clave del Almirantazgo, respondía a la denominación de *Marlene*. Ante el embate de los recuerdos, hubo el viejo de secarse los ojos con un gran pañuelo a cuadros.

Recobrado Spiegel, se dirigió resueltamente hacia el submarino, seguido por Juan y dispuesto a poner manos a la obra.

Una vez en Río Gallegos, Prometeo Carnotti encaminóse a la oficina que, en un edificio ordinario de dos plantas, había alquilado el diputado Starkin para atender negocios paralelos a su actividad parlamentaria. Por razones de prudencia, nunca despachaba personalmente estas gestiones, delegándolas en un conmitón suyo, personaje avisado y ladino que era conocido en el ambiente como *Romerito*.

En la antesala del escritorio donde Romerito despachaba los asuntos de Starkin — asuntos en los cuales participaba porcentualmente— aguardaban varias personas que no cambiaban palabra entre sí. Presentaban éstas las características que, como rasgo común, ofrecen los merodeadores del poder y que podrían resumirse en cierta actitud entre ansiosa y huidiza, en cierta tendencia a hablar con valores entendidos y en cierta facilidad para prodigar el halago; ello amen de una capacidad asombrosa para soportar esperas prolongadas.

Aguardó Carnotti un largo rato hasta que Romerito, acompañando a un visitante cuya entrevista concluía, abrió la puerta del despacho. En esa puerta se leía: *Gestoría Gallegos - Trámites - Comisiones - Asuntos Varios*.

— Buenas, Romerito— saludó Prometeo.

— Buen día, hermano— respondió el aludido— ¿Qué te trae por aquí?

— Tenemos que hablar, querido.

— Esperá un momento. Lo despido al señor y estoy con vos— dijo Romero, para agregar, dirigiéndose a los demás que aguardaban — Sabrán disculpar: el amigo viene de lejos y seguro que lo traen asuntos importantes.

Quieras que nó admitieron los otros la alteración del turno, acostumbrados como estaban a acatar cuando dispusiera la autoridad en ejercicio, fuera cual fuere.

La impaciencia consumía a Patricia. Sabía cuanto debía estar ocurriendo en la gruta y hasta allí volaba su imaginación. Juan no se había avenido a llevarla, asegurándole no obstante que lo acompañaría la próxima vez que visitara la caverna.

Se aproximaba el mediodía y el tiempo transcurría con lentitud intolerable. Había concluido rápidamente las tareas que en la casa le estaban asignadas (allí cada cual cumplía un rol establecido por los padres) y se movía de un lado a otro, buscando otras ocupaciones para distraerse: adelantó en el lavado de ropa, repasó botones, intentó leer sin conseguir fijar la atención en el libro. Fue en esas circunstancias cuando la asaltó, como una tentación,

el impulso de comunicar a Fernando los detalles del descubrimiento realizado por Juan.

—Total, Juan dijo que lo pondría al corriente— pensó—. Claro que todavía no estaba muy seguro— debió admitir. —Pero para cualquier cosa que piense hacer con el submarino tendrá que contar con Fernando. Le pediré, eso sí, que cierre el pico...

Acallados sus escrúpulos, partió en busca de su hermano menor, al que encontró enfrascado en un abstruso texto de Química.

—Vení— le dijo —Tengo que contarte algo.

Aterrizó Fernando en el mundo cotidiano y cerró el libro.

—¿Qué querés?

—Es un secreto. Vamos a hablar donde no nos oigan.

Nada mejor que el refugio de la loma para mantener una conversación reservada. Y hacia allí marcharon los hermanos, mirando atrás varias veces, precavidos.

Se instalaron al abrigo de las matas, ahora frente al mar que se extendía sin límites hasta el nacimiento. El viento silbaba con suavidad y llegaba hasta ellos el rumor continuo de las olas.

—¿Qué tenés que contar?

—Es algo increíble, Fernando... Un hallazgo que ha hecho Juan. No te podés imaginar...

El interés se encendió en la mirada del adolescente, tras los cristales.

—Bueno, dale, que ya me estás poniendo nervioso.

—Antes me vas a jurar que no contarás nada.

—No se jura por pavadas.

—Prometé, entonces.

—Está bien, metele.

—Prometé.

—Prometo... ¿qué pasa?

Patricia inició la narración, precisa y circunstanciada. Fernando escuchaba con atención suma. Y también escuchaba Ignacio que, subrepticamente, siguiera a los mayores hasta el refugio, ocultándose entre las matas, a corta distancia de ellos.

En la caja de herramientas, don Günther había colocado un acumulador y éste se hallaba sobre la cubierta del submarino. Dos broches metálicos mordían sus bornes, fijos a los extremos de

un cable y, en la otra punta de éste, una lámpara iluminaba el cuadro, colgada de la escalerilla que conducía al vértice de la torreta: era preciso economizar las pilas de ambas linternas.

Al fulgor de la lámpara proseguían los trabajos que Spiegel realizaba con precisión germana, ayudado por Juan. Se conducía aquel como un cirujano en plena faena y exigía a su asistente la colaboración precisa de un instrumentista.

—Llave francesa— requirió, escuetamente.

Grasa grafitada.

Llave fija.

Martillo.

Aceite.

Martillo.

Llave fija.

Una tras otra las tuercas fueron cediendo y, por su orden, Juan las alineaba cerca suyo. Una sola se mantenía en su sitio y don Günther trabajaba sobre ella. Desprendió a martillazos la costra que la cubría, la roció con nafta, encendió la nafta y aguardó se apagara por sí, enfrió el metal con un chorro de agua, instiló unas gotas de aceite lubricante, engrasó el sector sobresaliente del perno respectivo y aplicó una llave. La tuerca se resistió a girar. Prolongó el cabo de la llave con un trozo de caño, aumentando el poder de la misma con ese efecto de palanca. Y, cuidadosamente para no degollar el tornillo, probó de nuevo. Aún soportó la tuerca el renovado esfuerzo. Aumentó Spiegel la presión y, por fin, con un chirrido, giró la tuerca sobre su rosca. Después todo fue fácil: alcanzado en su ascenso levógiro el sector del perno engrasado de antemano, dio vueltas rápidamente y pudo ser retirada por don Günther.

Sólo restaba ahora mover el volante que se hallaba en medio de la escotilla y que permitía cerrarla para las inmersiones habituales de la nave, tanto desde afuera como desde dentro. Las doce tuercas exteriores, en efecto, se utilizaban sólo en casos excepcionales, cuando la escotilla debía permanecer cerrada largo tiempo.

Asió el alemán aquel volante y, a influjos del esfuerzo, en sus brazos cobraron movimiento las anclas, sirenas y goletas azules que los cubrían. No soportó el volante tal embate y rotó sobre su eje. La entrada al submarino estaba franca.

—Esa es la historia— concluyó Patricia.

—¡Qué historia!— se maravilló Fernando y, luego de guardar corto silencio, prosiguió: —¿Y decís que Juan piensa hacer andar el submarino?

—No sólo piensa... Ya lo tiene comprometido a don Günther y, en estos momentos, deben estar trabajando en eso.

Ignacio también estaba asombrado. Aunque sus pocos años no le hubieran permitido comprender todos los detalles del relato, sí había entendido lo substancial del mismo y las grandes líneas de la aventura iniciada conformaban en su imaginación de chico un panorama deslumbrador. Acurrucado tras las matas procuró que ningún sonido delatara su presencia clandestina.

También Prometeo Carnotti terminó la narración, que Romerito escuchó atentamente.

—¿Y qué se te ocurre para eliminar ese testigo molesto?— inquirió Romero. —En una de esas nos arruina el negocio. Un negocio que al diputado le interesa mucho.

—Pensé que el diputado nos puede dar una mano.

—¿Una mano en qué sentido?

—Denunciándolo al Secretariado.

—¿Al Secretariado? ¿Al propio SPARTACUS?

Carnotti desarrolló su plan, que Romerito aceptó con reparos.

—Bueno— transigió —Aunque mirá que no garantizo nada. Por ahí el diputado no agarra viaje. Tampoco se trata de comprometerlo... Pero la idea no es mala. Veré que puedo hacer...

Al momento de resolver sobre la mejor vía para ingresar al submarino, don Günther había elegido una de las escotillas de cubierta. Ahora, retirada la última tuerca que aseguraba su tapa, habiendo hecho girar el volante colocado en su centro, removido el disco metálico que la clausuraba, tal escotilla franqueaba el paso a los visitantes al través de su boca sombría.

Al quitar la tapa, una vaharada de aire, pesado y rancio, se es-

capó del interior de la nave: olía a humedad, a descomposición, a petróleo.

—No prendas fósforos— ordenó Spiegel —Puede haber gases.

La lamparita eléctrica, alimentada por el acumulador, apenas si iluminaba un par de peldaños de la escalerilla que descendía desde esa trampa circular. Juan y don Günther prendieron sus linternas y éste inició la bajada, seguido por el muchacho.

Comunicaba la escalera con una cámara de techo bajo, recorrida por intrincadas tuberías. El piso era de metal estampado y los pasos resonaban sordamente sobre él, difundiéndose sus ecos a lo largo del casco en tinieblas. Estaban abiertas las puertas que vinculaban los distintos sectores de la nave y que, clausuradas mediante un volante que aparecía en su centro —análogo al que presentaba la escotilla— transformaban cada uno de ellos en un compartimento estanco. El trajinar de la tripulación había despintado y pulido los peldaños de la escalerilla, como así también ciertas zonas del piso, contiguas a las puertas: una ligera capa de herrumbre cubría esos lugares. Focos eléctricos, presos en pequeñas jaulas, se veían aquí y allá.

El olor a encierro resultaba sofocante. Era como entrar a un sótano que hubiera permanecido clausurado años y años: recordaba los vestuarios de las piletas que, cerrados durante el invierno, recién son ventilados al mediar la primavera. Y a eso se agregaban las emanaciones del combustible y del ácido de las baterías, amén de otros efluvios de incierto origen.

Juan y Spiegel pasaron a la cabina de comando, tan estrecha como las demás con que contaba el submarino. Tenía una mesita atornillada a un tabique lateral y una escalera conducía a la trampa que se abría en el techo. En la mesita quedaban papeles escritos en alemán y una revista —*Signal*—, fechada en 1944, además de un mapa muy detallado donde se veía el extremo austral de América del Sur y sus adyacencias. Contra el tabique, un anaquel reducido contenía pocos tomos encuadernados en hule: un código de señales, un reglamento, una biblia. Desde su cartulina amarillenta, sonreía la fotografía de un chico. La trampa del techo comunicaba con el puente, de planta oblonga, cuyo principal elemento lo constituía el periscopio que, como una columna colgante, ocupaba su parte central. Un par de manubrios rebatibles, gastados por el uso, se destacaba a los costados de

dicha columna y, con ayuda de un mecanismo eléctrico, permitía utilizar debidamente el periscopio. Juan, olvidando que éste se hallaba cubierto exteriormente y que, además, la oscuridad reinaba en la gruta, observó por el visor sin llegar a distinguir nada. De punta a punta recorrieron la nave el chico y el viejo. Desde los alojamientos para la tripulación hasta las salas de acumuladores, desde el compartimento destinado a los motores diesel hasta aquel donde se hallaban los eléctricos, desde el puesto del radiotelegrafista hasta la cámara de torpedos. De punta a punta recorrieron la nave el chico y el viejo, inspeccionando todos sus rincones, salvo una camareta cuya puerta no pudieron abrir por estar cerrada con llave.

Al pasar por uno de los alojamientos para la tripulación, Spiegel indicó una cucheta y dijo:

—Hans, aquí dormía yo.

Abulonada a un parante, observaron una placa de bronce que detallaba las características del barco: su tonelaje (1.600 toneladas); su número de matrícula (K-693); el astillero donde había sido construido (Hamburgo); el año de su botadura (1940); la marca de sus motores diesel (M.A.N.); su tipo (clase "C")...

Pero fue en el pañol de municiones donde nuestros exploradores recogieron el dato que reviste mayor interés para esta historia. Fue allí donde pudieron comprobar un aspecto de particular importancia para el desarrollo de la aventura comenzada: junto a los proyectiles del cañón de cubierta, un sólo torpedo quedaba en depósito, y don Günther lo revisó cuidadosamente. Semejaba un tiburón de acero, bruñido, silencioso, temible. Todos sus compañeros habían sido utilizados en el último *raid* del submarino, enviando incontables cantidades de chatarra al fondo del océano.

—A éste lo guardaba el Comandante por si nos atacaban antes de llegar.

—¿No habrá otro en los tubos de lanzamiento?

—No, los tubos estaban vacíos cuando abandonamos el barco.

Spiegel investigó el funcionamiento de diversos mecanismos del sumergible. Sorprendentemente, muchos de ellos respondieron favorablemente a las pruebas. Pese al tiempo transcurrido, la protección de que habían gozado era óptima: herméticamente cerrado el submarino y éste, a su vez, amarrado en aquella caverna que lo ponía al resguardo de la intemperie. No todo funcionó, sin

embargo. Tantos años no habían transcurrido en vano. Consumidas las baterías, el buque debía carecer de electricidad y los temas eléctricos no eran, precisamente, materia que Spiegel dominara.

—¿Habría combustible?— preguntó Juan.

—Queda bastante en los tanques— informó el alemán, agregando. —Además, hay muchos tambores de petróleo en el muelle.

—Bueno, don Günther. Es hora de irse. El mar ya empezó a subir y hay que salir de la gruta. Tenemos que cerrar otra vez la escotilla.

Lentamente, el aire se había ido renovando dentro del casco. Y, aunque el ambiente seguía siendo opresor, era menos penoso respirar allí. Casi por rutina, a fin de concluir una verificación con resultado previsto, Spiegel bajó otra llave en el tablero de instrumentos que tenía frente a sí. Y, para sorpresa suya y de Juan, algunas lámparas se encendieron dentro de sus jaulas metálicas. Lo cual indicaba que al menos una de las baterías conservaba restos de energía almacenada. Parcialmente iluminado por esa débil luz, el submarino desierto ofrecía un aspecto fantasmal.

VII

UN ENTIERRO EN EL ACANTILADO

Patricia confesó la indiscreción cometida al participar a Fernando los detalles del descubrimiento. No protestó Juan mayormente, pues ya tenía resuelto requerir la colaboración de su hermano. En cuanto a Ignacio, rondaba a los mayores con expresión enigmática y musitaba frases incomprensibles.

—¿Qué le pasa a ese?— preguntó Juan.

—No sé. Está raro.

Ignacio se alejó, echando sobre Juan una mirada llena de ocultos significados.

Antes de separarse, el día anterior, Juan y don Günther trataron algunos puntos de importancia.

—Hay que conseguir un electricista— había dicho Spiegel.

—¿Quién?

—Vaya a saber.

—¿Fortunato?

Sí, decididamente Fortunato era el hombre. Egresado de una escuela técnica salesiana, contaba con los conocimientos necesarios, aunque su actividad principal consistiera en reparar y mantener las máquinas esquiladoras que operaban en la zona. De origen modesto, sus padres se habían sacrificado para darle una educación todo lo buena que las circunstancias permitían por esos pagos. Contaba con algo más de veinte años, era colorado de cara, nieto de italianos del norte, y alguna vez había abordado a Mar-

tín para que le contara anécdotas de la guerra con los ingleses, sobre la cual leyera cuanta publicación pudo conseguir: Martín, poco comunicativo a este respecto, soslayó el tema con evasivas.

—Está bien: Fortunato— aprobó don Günther.

—¿Quién le habla? Por un tiempo, no voy a poder ir al pueblo.

—Yo le hablo.

Prometeo Carnotti estaba de regreso en Caleta Timerman. Romerito debía comunicarle telefónicamente la decisión del diputado sobre el destino de Martín, transmitiéndole las instrucciones del caso.

En "La Nueva Devon", Jenny Ferguson leía una novela de Luisa M. Alcott. Pero se distraía frecuentemente, soñando con cierto vecino de fina estampa, apenas mayor que ella, hijo de un militar argentino que combatiera en las Malvinas. Este último detalle perturbaba a la joven, ya que la muerte de un hermano de su madre, caído en el archipiélago, imprimía cierto tono trágico a la relación entre ambas familias. Tal signo no era tomado en cuenta por Desmond Ferguson que, cuando se mencionaba la guerra, decía sencillamente:

—Nosotros peleamos por lo que creemos nuestro. Ellos pelearon por lo que creen suyo. *Finish*.

Con la madre no sucedía otro tanto. Conservaba el recuerdo del hermano muerto clavado como una espina dolorosa. Y, según sabemos, jamás se había resignado a que su propio trasplante a estas ásperas tierras fuera definitivo. Consecuentemente, logró que la única hija del matrimonio pasara alguna vacación en Inglaterra, fracasando no obstante en su intento de que allí se educara. Jenny, en cambio, no se sentía ajena a la Patagonia donde había nacido ni, aunque contara con pasaporte británico, renegaba de la nacionalidad argentina que surgía del documento que aquí se le extendiera.

Casi un año hacía que Jenny se enamorara de Juan. Había ocurrido eso en ocasión de una fiesta celebrada en "La Nueva Devon" para festejar el primero de año, a la cual concurrieran Martín y los suyos. Por cuanto se trataba de una celebración formal,

el muchacho lucía esa noche saco azul y corbata, reparando la chica, recién entonces, en su aspecto distinguido, en la sobria reserva con que actuaba, en sus modales contenidos, en sus magníficos ojos claros.

Contadas veces se encontraron en Caleta Timerman, haciendo compras en lo del turco Salmún. En otras oportunidades lo vio durante las visitas que ambas familias intercambiaban. Pero Juan no parecía haber reparado siquiera en su existencia, tal como ocurriera en ocasión de la última, que tuviera a "Las Bardas" por escenario.

El cónclave de los tres hermanos conjurados tuvo lugar, naturalmente, en el refugio de la loma. El día estaba nublado y oscuras nubes bajas corrían hacia el sur. El mar se veía gris, como una plancha de estaño.

—Bueno, ya es hora de que conozcan mi plan— dijo el mayor de ellos, sin poder evitar cierta solemnidad en el tono.

Patricia y Fernando prestaron atención.

—Es un plan que he ido completando de a poco— prosiguió— y que todavía habrá que ajustar sobre la marcha. Como saben, quiero hacer funcionar el submarino. No será fácil pero resulta posible. Don Günther es un hombre hábil y cuenta con buenas herramientas. Conoce el barco porque navegó en él. Pero no entiende de electricidad. Y los submarinos, cuando navegan bajo el agua, por lo general utilizan sus motores eléctricos. Para solucionar este problema, quedamos en que le hablaría a Fortunato.

—Bien pensado— acotó Patricia —Pero, decime, ¿para qué querés hacer funcionar el submarino? ¿Para divertirte nomás?

—No. Quiero usarlo en una gran empresa.

—¿Una gran empresa?

—Una gran empresa. La empresa de nuestras vidas. Si hacemos lo que me propongo hacer, ya nos podremos morir tranquilos. Y, se los digo de antemano, nos puede costar caro...

—¿Qué pensás hacer?

—Ustedes conocen esa frase que papá repite cada tanto tiempo. Se pone serio cuando la dice, como si fuera una profecía o la fórmula de un juramento. Una frase que pronunció en la bodega del buque que lo traía de vuelta, herido, desde las Malvinas...

—Sí, sí, ya sabemos...

—Bien, esa es la frase: "*volveremos... nosotros o nuestros hijos, pero volveremos.*" Somos sus hijos y podemos cumplir el compromiso de papá: volveremos a las Malvinas.

—¿Con el submarino?

—Con el submarino.

—¿Y qué haremos en las Malvinas?

—Utilizar el único torpedo que le queda al submarino. No debemos fallar.

—Ese es el golfo, allí está la gruta y, en la gruta, el submarino— explicó Juan a Patricia y Fernando, extendiendo el brazo desde los alto del acantilado.

Desmontaron, ataron los caballos y bajaron la barranca.

Tanto Patricia como Fernando apreciaron el curioso aspecto que ofrecía aquel lugar excepcional, reparando en la quietud de las aguas encerradas por el abrupto anillo de piedra, orlada su base por las algas que oficiaban de zócalo para el mismo. Verificaron el escaso temor que la presencia del hombre suscitaba en los pájaros refugiados en los huecos del talud.

Llegaron a la angosta playita y, haciendo pie en la roca sumergida, transpusieron el telón de algas para entrar a la cueva. El panorama que ofrecía ésta les cortó el aliento y, repuestos de su asombro, se acercaron al submarino, cuyo casco inmóvil alumbraban sus linternas.

Provisto de una llave adecuada, Juan aflojó rápidamente las tuercas que clausuraban la escotilla, que ya no ofrecían mayor resistencia. Luego se dirigieron al tablero donde don Günther realizara sus pruebas días antes, bajando Juan uno de los interruptores. Algunas luces, debiles, se encendieron en la nave. El silencio era completo y, bajo sus pies, el piso se balanceaba apenas.

—Me da un poco de miedo — dijo Patricia.

—No hay motivos para tener miedo— la tranquilizó Fernando.

—Vengan— indicó Juan — Revisaremos ahora un lugar que nos quedó por ver con don Günther. La puerta de un camarote estaba cerrada con llave y no nos pusimos a abrirla. Pero hoy traje herramientas para poder entrar.

Se encaminaron así a la cabina que, cerca del puente de man-

do, dejaran sin inspeccionar en la primera visita. Fracasó Juan un par de veces en su propósito de forzar la cerradura y Fernando tomó su lugar. Analizó el caso, extrajo un señalador de bakelita de entre las páginas de la biblia que estaba en la cámara de comando, introdujo el señalador por el resquicio que separaba la puerta del marco, a la altura del pestillo, y éste cedió con un chasquido. La luz, dentro, estaba encendida. Y la visión que se ofreció a sus ojos hizo retroceder a los visitantes, horrorizados. Patricia ahogó un grito y apretó el brazo de su hermano mayor.

Una lámpara, presa en su jaula de hierro, iluminaba el lugar con fulgor tenue y azulado. La cabina era estrecha y aparecía ordenada. En tales detalles repararon luego los muchachos pues, de entrada, su atención fue requerida por algo que ocupaba la única cucheta. Era el cuerpo de un hombre, casi momificado, vestido con uniforme de gala y envuelto con la bandera alemana. Una mancha oscura aparecía más allá de su cabeza, extendiéndose por la almohada; junto a la mano que colgaba inerte, una pistola *Walther 7.65* yacía en el suelo. Conservaba aquel cadáver una barba rojiza y su postura era digna.

—¡El Comandante!— balbuceó Juan. —Se pegó un tiro.

Reunidos en el puente del submarino, deliberaron los hermanos qué hacer con el cuerpo que, tendido en su lecho, dormía su viejo sueño en la cabina cuya puerta habían vuelto a cerrar.

—Hay que enterrar a ese hombre como corresponde.

—Yo ahí no vuelvo a entrar— dijo Patricia.

—Nos encargaremos nosotros.

Se preguntaba Juan cómo habrían sucedido las cosas, tanto tiempo atrás. Era evidente, por lo pronto, que don Günther ignoraba el trágico fin de su capitán. Pero, dejando de lado interrogantes que por el momento no podían tener respuesta, resolvió el muchacho cumplir con el deber que se había impuesto.

Con ayuda de Fernando quitó la funda que cubría uno de los cañones situados en cubierta y sobre ella colocaron los restos del Comandante. Cada cual tomó un extremo de la lona y, lentamente, seguidos por Patricia, salieron del submarino llevando su carga.

No fue sencillo cavar una tumba en lo alto del acantilado. Los hermanos, en efecto, habían llegado a la conclusión de que no podían sepultar al Comandante en la playa, cuyas arenas removían las olas. Tampoco les pareció indicado arrojar los despojos al mar pues, si bien se acude a ello durante una larga travesía, entendieron que, de ser posible, los muertos han de descansar bajo tierra.

De modo que, con esfuerzo y con respeto, valiéndose del puñal de Juan y de una barreta tomada en el submarino, retirando una por una las piedras que iban quedando al descubierto, utilizando las manos para quitar el polvo suelto, concluyeron una excavación profunda. En el fondo depositaron el cuerpo de capitán, envuelto en la bandera. Después lo cubrieron con aquella arenisca que conformaba el acantilado y, encima, alzaron un montículo de rocas.

El Comandante Rudolf von Lichtenauer dormía bajo tierra argentina, frente al mar. Frente al mar que, sin solución de continuidad, baña los cinco continentes y, por ende, baña también las playas de la lejana patria de aquel marino.

Juan conservó la *Walther* del Comandante.

VIII

EN CALETA TIMERMAN

El repuesto que jamás llegaba de Buenos Aires dio nuevamente oportunidad a Juan para viajar hasta Caleta Timerman. Se discutió otra vez la posibilidad de que, sin Registro de Conductor, guiara la camioneta en el pueblo, abdicando por último el padre ante las razones del muchacho, quien aducía que allí nadie sancionaba esa infracción.

—Claro, así andan las cosas— rezongó Martín— Se habla de reformar la sociedad, de cambiar las estructuras; se argumenta, se debate y, por fin, se dicta una ley; una ley que nadie cumple si resulta exigente. Lo malo es que uno va entrando por el aro, aceptando y transigiendo, haciendo igual que los demás: hoy manejamos sin Registro, mañana dejamos de pagar un impuesto, pasado le damos unos pesos al vigilante para que no nos haga una boleta... Bueno, está bien, vaya m'hijo. Total, una mancha no hace más overo al tigre. Qué importancia tiene manejar sin Registro, cuando se sabe manejar, si el primero que no cumple las leyes es el gobierno...

Tampoco ahora el repuesto había llegado. Pero Juan pudo hablar tranquilamente con don Günther, ajustando entre ambos el plan de su aventura. Pese a la reserva que, respecto al alemán, Juan se había impuesto sobre el hallazgo de los despojos del capitán, no resistió la tentación de enterarse oblicuamente quién había sido éste y qué noticias tenía Spiegel sobre su trágico fin.

—¿Quién mandaba el submarino, don Günther?

—El Comandante Rudolf von Lichtenauer. Noble. Un hombre valiente y un buen marino. Nunca más supe de él...

—¿Abandonó el barco con ustedes?

—No. Dijo que él y el Primer Oficial serían los últimos en salir. Nosotros nos fuimos en grupos. Yo era muy joven y estaba entre los primeros.

—Ah.

Llegado a este punto, Juan dio el tema por concluído, para pasar a otro.

—¿Le habló a Fortunato?

—Sí.

—¿Y?

—Nos ayudará.

—Voy a verlo, si le parece.

—Andá. Vos mandás.

—Acá no manda nadie. Entre todos haremos las cosas.

—Siempre tiene que haber uno que mande. Sinó, nada sale bien. La idea es tuya.

—Usted es mayor. Y es usted el que sabe.

—Yo siempre obedecí. Seguiré obedeciendo. Vos naciste para mandar. Lo harás bien. Te lo dice este viejo, Hans. Andá y hablá con Fortunato.

Vivía Fortunato en las afueras del pueblo, en una chacra que, como máximo blasón, exhibía una parra cultivada con mil cuidados, no siendo aquel lugar para cultivar parras. Esa parra daba unos pocos racimos y esos pocos racimos eran transformados en un vinito dulce y trepador, mediante la aplicación precisa de viejas fórmulas peninsulares. Como expresión de suma amistad ciertos visitantes eran distinguidos con el convite de un vaso de tal vino. Y una copa llena había sido depositada por Fortunato frente a Juan.

Tomó el visitante un trago y, con el índice extendido, se secó el bigote que apenas si apuntaba, para decir luego:

—Don Günther ya habló con vos.

—Sí. Cuenten conmigo. Como fierro.

—¿Te explicó el plan con detalle?

—No, en líneas generales.

—Mirá, la cosa es así. Pensamos poner el submarino en condiciones de navegar, aunque sea precariamente, y estar frente a Puerto Argentino —en casa le seguimos diciendo así— el próximo 2 de abril. Creo que llegaremos allí sin problemas, según se presenta la situación: Inglaterra y nuestro país están de luna de miel, aunque nada haya cambiado desde 1982. Mejor dicho, desde 1833. El comercio se ha reanudado, hay intercambios culturales, se juegan partidos de fútbol, los sucesivos gobiernos argentinos se han cansado de condenar esa loca aventura que para ellos fue la Guerra de las Malvinas, asegurando que hechos parecidos no se van a repetir. En virtud de eso, los ingleses han podido rebajar el costo que les ocasionaba mantener las islas, reduciendo las defensas al mínimo, retirando soldados, desmontando radares, devolviendo aviones a sus bases en Europa. Claro, mientras tanto se sigue negociando respecto al archipiélago, y se seguirá negociando hasta que Inglaterra resuelva que las Malvinas no constituyen ya una buena inversión. De manera que contamos con muchas probabilidades de alcanzar Puerto Argentino sin que nadie haya reparado en nuestra presencia. Los servicios de inteligencia británicos conocen al dedillo los movimientos de la Armada nacional, pero ni se sueñan que los argentinos contemos ahora con otro submarino. Submarino viejo pero submarino al fin... provisto con un torpedo.

—¿Y qué haremos una vez que estemos allí, el 2 de abril?

—Usar el torpedo, por supuesto. Buscaremos un buque de guerra enemigo —casi siempre hay alguno en la zona— y lo echaremos a pique. Para demostrar que algunos argentinos no nos hemos rendido. Cuando a papá lo trajeron de las Malvinas, terminada la guerra, hizo esta promesa: "*volveremos*" —dijo— "*nosotros o nuestros hijos, pero volveremos.*" Y, bueno, vamos a volver.

—Pero habrá problemas.

—Muchos problemas. Antes y después del ataque. Antes porque no es fácil reacondicionar un submarino abandonado durante años, porque tendremos que usar una tripulación inexperta y muy inferior a la necesaria, porque por ahí nos descubren y ni siquiera podemos sacar el submarino al mar. Los problemas que se produzcan después de atacar no importan: la misión estará cumplida.

—¿Quiénes iríamos?

—¿Iríamos?

—Yo no me quedo.

—Si es así... iríamos don Günther, mi hermana Patricia, vos y yo... algún otro si hace falta. No sé qué hacer con Fernando, mi hermano. Está al corriente y querrá venir. Nos sería útil pero él es radioaficionado y tiene el aparato en casa. Pienso que vamos a necesitar un apoyo desde tierra, para que difunda la noticia una vez que hayamos cumplido nuestra tarea. Si nó, podrían silenciarla y el ataque perdería efecto. Lo tiene que conocer el mundo y, sobre todo, lo tienen que conocer los argentinos: a ver si se despiertan... El submarino cuenta con radio...

—¿Y por qué no usar la radio del submarino?

—Nos descubrirían. Si interceptan desde las islas algún mensaje delataríamos nuestra posición, tanto al aproximarnos como al retirarnos. Ya veré cómo soluciono la cuestión del apoyo en tierra.

—Arreglarás el asunto, estoy seguro... Bueno, en cuanto a mí, ya arreglé con don Günther: mañana iré con él a revisar el submarino, a ver qué hace falta para poner en condiciones la parte eléctrica.

—Las baterías, por lo pronto, han de estar descargadas.

—Me dijo don Günther que al menos una conserva algo de energía.

—Sí, un resto le queda.

—Yo me animo a reavivar las otras. Los motores diesel del barco servirán para la recarga, conectados con los dínamos. Y el alemán me dijo que esos motores se podrán poner en marcha sin mayores dificultades: los vió y están como nuevos. Cables tengo y las llaves y contactos no han de ser difíciles de reparar. ¿Habrà agua destilada y combustible?

—Creo que sí. No te olvidés que la gruta fue una base secreta cuando la segunda guerra y allí se reaprovisionaban los submarinos alemanes. Se ven muchos tambores en el muelle...

—No será fácil sacar el submarino de la cueva.

—No, no será fácil. Don Günther tendrá que esmerarse, con el agravante de que él no era navegante sino maquinista: y nosotros, de marineros no tenemos nada. Pero en fin, lo sacaremos.

Esa certeza respecto a alcanzar el éxito constituye característica fundamental en quien inviste una jefatura: no se equivocaba

Spiegel al decir que Juan había nacido para mandar.

Antes de marcharse, el muchacho relató a Fortunato cómo habían hallado el cadáver del Comandante von Lichtenauer y la ceremonia de su entierro, recomendado no le hiciera conocer la historia a don Günther, para ahorrarle emociones dolorosas. Quizás, más adelante, llegara el momento de ponerlo al corriente, brindándole la oportunidad de rendir un último homenaje a su capitán.

Cuando se hubo despedido de Fortunato, dirigióse Juan al almacén de Salmún, para cumplir algunos encargos. Aquel día, Caleta Timerman presentaba el peor de sus aspectos, lo cual no es poco decir.

El cielo estaba encapotado y un viento fuerte barría las calles del poblado, levantando nubes de polvo. En el panorama gris, bajo el cielo gris, las casas se veían más grises que de costumbre. Una antena de hierro, altísima, se levantaba ocupando el lugar del campanario ausente. No había allí iglesia, en efecto, y el auxilio espiritual de los pobladores estaba a cargo de un sacerdote salesiano que, cada tanto, viajaba desde Río Gallegos. Eran aquellas las escasas oportunidades con que contaba la familia de Martín para oír misa, confesar y comulgar. Ese, sin embargo, no constituía un problema que desvelara a muchos de los habitantes del pueblo, embotados por la soledad y el alcohol, amen de resultar también afectados por las campañas laicistas que sucesivos gobiernos llevaran a cabo pertinazmente, al través de las escuelas y los medios masivos de comunicación.

Dejó Juan la lista de encargos en el almacén y, mientras un dependiente reunía las mercancías pedidas, se corrió hasta el único bar de los contornos para tomar un café. Estacionado frente al local vio el *Land Rover* de los Ferguson. Dentro, sola en una mesa, Jenny tomaba una gaseosa. Con toda naturalidad, Juan se sentó ante ella.

—No es lugar para una señorita— dijo, en tono de reconvención fingidamente escandalizada.

—De día se puede venir.

—Según.

—¿Te estás dejando bigote?

—Para variar.

—Te queda bien.

Se turbó Juan ligeramente por el cumplido y, recién entonces, advirtió que tenía delante una muchacha decididamente bonita. Habían crecido casi juntos y, para él, Jenny Ferguson apenas si era una vecina, compañera de juegos infantiles, flacucha y tal vez demasiado bien educada. Ahora se daba cuenta que las cosas eran de otro modo. Jenny poseía una figura perfecta, usaba largo el pelo rubio y contaba con una desenvoltura que a Juan le cayó decididamente bien.

—Y vos estás muy linda— devolvió la amabilidad, luego de comprobar que eso era rigurosamente cierto.

—Andá— dijo la chica, por decir algo.

Los dos se quedaron charlando un buen rato, acordándose de pequeños episodios vividos en común y que adquirían inesperada relevancia al transformarse en tema oportuno para prolongar un encuentro que —Juan acababa de tomar conciencia de ello— no deseaban interrumpir. Pidió Jenny una segunda gaseosa y, concluido el café, quizá para hacerse el hombre, Juan ordenó le trajeran una ginebra, que tomó de un trago.

Cuando se separaron, la vida de ambos había cambiado.

Prometeo Carnotti tenía montada en Caleta Timerman una gestoría que actuaba como filial de aquella que, en Río Gallegos, regenteaba Romerito. Si la de Romero se llamaba *Gestoría Gallegos*, con análogo esfuerzo de imaginación la de Carnotti había sido bautizada *Gestoría Timerman*. Los rubros en que las dos operaban eran idénticos: *trámites-comisiones - asuntos varios*.

Era pues en la *Gestoría Timerman* donde, ese mediodía, se encontraban reunidos Prometeo, el Chino Barraza y Plinio Fonseca. Informaba Carnotti.

—Me llamó Romero. Starkin estuvo de acuerdo y ha hecho la denuncia contra el milico en la sucursal Bahía Blanca del Secretariado. Consiguió tres testigos de grupo, así que el asunto pintará bastante creíble. La sucursal ya elevó el caso a la central en Oslo. Desde allí vendrá una orden de detención directamente a la policía local: ustedes saben que las Fuerzas Armadas y de Seguridad

están subordinadas a SPARTACUS... En cualquier momento, entonces, al milico lo metemos entre rejas.

—¿Lo mandarán a Oslo?

—No de entrada. Un funcionario del Secretariado viajará hasta aquí —tienen pasajes pagos—, para los primeros interrogatorios. Y si considera que el resultado de esos interrogatorios lo justifica, se lo llevan. De todas maneras se los llevan siempre: el interrogatorio es pura rutina.

—Usted es grande, don Prome— aduló el Chino al superior —Mire lo que se le va a ocurrir.

—No es pa'tanto. A unos cuantos los han hecho callar del mismo modo... Casi nunca vuelven de Oslo. Y, si por casualidad vuelve alguno, es un muerto civil, un tipo al que nadie le lleva más el apunte, sospechoso de haber cometidos crímenes contra la humanidad.

—Así que podemos dar el problema por arreglado... Pero hay que seguir con el negocio, jefe. ¿Cuándo vamos a revisar el golfo ese que les dije? Si están de acuerdo con el lugar, podríamos preparar en seguida el viaje de otro cargamento: el proveedor en Stanley ya ha de estar por recibir mercadería.

—Cualquier día de estos iremos a ver ese golfo. ¿Conviene ir por agua o por tierra?

—Por tierra es más fácil. Pero si llegamos por agua podremos revisar el acceso, asegurarnos que no haya arrecifes y comprobar la profundidad, como para saber hasta dónde se podrá arrimar el barco.

—Conforme. Vos, Fonseca, andá alistando el "*Bagre*".

—A la orden, jefe.

IX

EL TIROTEO DEL GOLFO

Juan, Patricia, Fernando, Fortunato y don Günther, trajinaban en el interior del submarino. Cada cual se encargaba de una misión o de un sector específico, salvo Juan que circulaba de un lado a otro haciendo indicaciones, cumpliendo encargos, verificando el avance general de los trabajos y procurando familiarizarse con la nave: de vez en cuando preguntaba a Spiegel el nombre de los distintos elementos que la componían, manipulaba palancas y botones, trataba de entender las inscripciones que figuraban en tableros, consolas y manómetros.

Por lo pronto, el sencillo sistema de tubos acústicos que vinculaba los distintos compartimentos no había sufrido deterioro alguno y, desde el puente de mando, era posible comunicarse sin dificultad con el resto del barco.

Patricia, provista de agujas e hilo, repasaba fundas, componía colchones, cosía el desgarrón de alguna manta.

Fernando estaba dedicado al aparato de radiotelegrafía. Comparado con el suyo resultaba sin duda anticuado, pero era robusto y de largo alcance. Luego de inspeccionarlo detenidamente, llegó a la conclusión de que podía funcionar, a poco que se lo alimentara con la corriente necesaria. Y ello competía al área puesta bajo la responsabilidad de Fortunato.

Este, por su parte, se encontró con un panorama bastante más complicado. El tiempo había actuado sobre las placas de las baterías, absolutamente privadas del agua acidulada en que deberían estar inmersas y que procedió a reponer. La red de cables muestra-

ba importantes averías, afectada su envoltura por la corrosión que atacara a sus piezas portantes y también por la que, en algunos tramos, generara el cobre de sus alambres conductores. Muchos contactos aparecían sulfatados y cubiertos por costras blanquecinas.

En cuanto a don Günther, aplicado a la recuperación de los motores diesel, estaba satisfecho por las comprobaciones que iba realizando: la ligera película oleosa que se extendía encima de ellos vino a sumar otra protección a las muchas con que contaban. Su tarea, por lo tanto, consistía fundamentalmente en limpiar, lubricar y movilizar distintas piezas, despejando pequeñas obstrucciones formadas a lo largo del tiempo.

—¿El combustible no se habrá estropeado, don Günther?— preguntó Juan.

—No tiene por qué estropearse. Si no hubo filtraciones debe estar bien.

Una hora antes de alcanzar el límite que la prudencia les había impuesto para suspender las labores, abandonando la cueva mientras el reflujo permitiera hacerlo sin riesgos, Spiegel anunció, triunfal:

—Podemos probar los motores.

—Desacople el dínamo y cierre el paso de la corriente— advirtió Fortunato.— Yo tengo para rato y hay cables cortados por todas partes.

—Ya sé— respondió el alemán— Los haré arrancar a manija.

Reuniéronse todos en la sala de máquinas. Don Günther, hombre prolijo, secó los pequeños charcos de fuel-oil que se habían formado en el suelo, al purgar los inyectores. Insertó luego en su vástago —eje de un volante— la manija que supliría por tracción a sangre el impulso del arranque eléctrico. Cebó los inyectores y comenzó a hacer girar la manija, cada vez más rápidamente.

Resoplaba el viejo marinero por el esfuerzo. Las venas del cuello se le hinchaban y, sobre sus brazos, bailaban las anclas, las sirenas y las goletas azules, al compás de los músculos en acción. Cuando el rostro de Spiegel se puso cárdeno, intervino Juan, temeroso de que un colapso abatiera al alemán.

—Deje, don Günther. Yo le doy.

—No— jadeó Spiegel. —Esto es cosa mía.

Aquí fue Fernando el que terció, siempre observador atento. —Me parece que no cerró la llave del aire comprimido— dijo. Detúvose el alemán, azorado. Tenía razón el chico. Gruñó: —Cierto— despachándose a continuación un bronco juramento teutónico.

Otra vez giró la manija, se congestionó don Günther, bailaron las anclas, sirenas y goletas azules. Hasta que una explosión sucedió a otra, con ritmo desacompañado. De manera paulatina, el motor fue entrando en régimen, las explosiones cobraron regularidad y, por último, marchó la máquina con sostenida cadencia. Recién entonces abrió Spiegel la llave que aprisionaba el aire comprimido, escapándose éste con secos estornudos. Un motor del U-987 volvía a funcionar luego de largo silencio. Pronto anduvo el otro. Y el canto de los pistones fue recibido con grito de júbilo.

Durante largo rato dejó con Günther que aquellos mecanismos siguieran en movimiento: Los metales cobraban temperatura y, a influjos del calor, evaporábanse restos de combustible y lubricante depositados sobre ellos. Un aroma grato, a usina en pleno uso, invadió la nave.

Como el tiempo se terminaba, detuvo Spiegel los motores y llegó el momento de evacuar el barco. Tanto él como Fortunato convinieron en regresar al día siguiente. Recogieron los abrigos y Juan se metió bajo el cinturón la pistola que perteneciera al Comandante y que ya no abandonaba. Salieron todos, cerrando cuidadosamente el submarino.

Uno detrás de otro atravesaron los integrantes del equipo la cortina de algas que disimulaba el ingreso a la caverna. Reunidos en la playita interior del golfo, ajustaban los detalles del viaje de vuelta cuando un pequeño surtidor de arena se levantó a los pies de Fortunato y una detonación resonó en ese ámbito circunscripto, que multiplicó su volumen hasta transformarla en un estallido inmenso, cuyos ecos se repetían, sin extinguirse, al chocar contra el talud que envolvía aquel espejo de agua.

Sorprendidos por la explosión, multitud de pájaros levantaron vuelo. Primero fue un rumor sordo, que crecía a la par que se apagaban los ecos del disparo; cobró luego más y más intensidad hasta resultar casi intolerable: miles de alas se batían a la vez y, al

estrépito que originaban, sumábanse los chillidos y graznidos de las aves espantadas. Conformaban éstas una nube espesa, que ocultó la luz del sol y adquirió la forma de un hongo estremecido, cuyo tallo arraigaba en medio del golfo y cuyo gran paraguas se elevaba hacia el cielo, ampliándose paulatinamente.

El inesperado vuelo de los pájaros constituyó una contingencia que seguramente no previeron los agresores y que los atacados procuraron aprovechar.

—¡Nos tiran!— gritó Juan. —¡Rápido, escóndanse detrás de las piedras!

Prometeo Carnotti, Plinio Fonseca y el Chino Barraza habían resuelto por fin conocer el lugar que éste proponía para realizar allí futuras operaciones de contrabando. Y, a fin de llegar a él, optaron por la vía marítima partiendo en el destartalado carguero que Fonseca comandaba bajo bandera panameña.

El viaje, además, tenía otro motivo. A Caleta Timerman había llegado finalmente el enviado del Secretariado Punitivo de Acciones Represivas Tendientes a Combatir una Subversión (SPARTACUS), con la misión de interrogar a Martín, formalmente acusado por el diputado Starkin de *crímenes contra la humanidad*, eventualmente cometidos muchos años antes, durante la represión que las Fuerzas Armadas argentinas llevaron a cabo contra el terrorismo guerrillero. Y, para que no se lo asociara con la actuación del hombre de SPARTACUS, Carnotti prefirió alejarse del pueblo mientras tuvieran lugar los primeros procedimientos que aquel realizaría, incluida la detención de Martín, la cual se venía postergando por no bajar el ex militar a la población en los últimos tiempos. De modo que Prometeo creyó oportuno sacar partido de la coyuntura e ir a reconocer el golfo descrito por Barraza.

Aún era de noche cuando el “Bagre” levó anclas, completa su dotación de facinerosos y llevando a Carnotti y al Chino en calidad de pasajeros.

El viaje no fue bueno, pues un viento fuerte del sudeste levantaba bastante oleaje y el viejo cascarón se movía de manera nada grata para el estómago del Chino, que se mareó a poco de soltar amarras. Más no sólo el movimiento del casco contribuía para que el crucero resultara ingrato. Se sumaba a ello la suciedad imperante en el navío, cuyo interior apestaba. Era evidente que hacía

mucho que en él se desconocía la acción de cepillos, escobas y lampazos, acumulándose toda clase de sobras y desperdicios en los puentes, cámaras, bodegas. La cubierta se ocultaba bajo una capa de mugre y, desde la cocina, expandíase un olor penetrante a grasa fría y aceite rancio.

Congregada en el puente de mando, la plana mayor del grupo dejaba transcurrir el tiempo jugando a las barajas y bebiendo copiosamente. El Chino, de puro bárbaro, pretendía conjurar el mareo a fuerza de grappa, y así le iba.

—¡Envidio!— cantó Carnotti, agregando, mientras esperaba respuesta —A estas horas ya han de haber ido a buscarlo al milico a su casa...

—¿A "Las Bardas" mismas irán a buscarlo?

—¿Y dónde sinó...? Hace rato que no baja al pueblo.

Martín, sin embargo, no sería detenido en su casa. Ese día, casualmente, había resuelto viajar a Caleta Timerman, en procura de aquel repuesto que jamás llegaba.

Velozmente se zambulleron Juan y los suyos tras las rocas que, desprendidas del acantilado, se encontraban al pie de éste, sobre la playita.

El vuelo de los pájaros les había prestado inesperada protección, pues la enorme bandada que giraba en círculos ascendentes se interponía entre atacados y atacantes, impidiendo a los primeros repetir la agresión. Claro que, al mismo tiempo, no permitió a Juan y su gente distinguir quien o quienes les habían disparado, no obstante resultar claro que el enemigo se encontraba del otro lado del golfo, sobre la barranca.

A medida que las aves subían hacia el cielo, tornábase menos denso el remolino que formaban, lo cual permitía temer que, en cualquier momento, se repitiera el ataque. Ataque absurdo, por cierto, pero que, sin razón para desencadenarse, tampoco podría tener motivo para cesar. De modo que Juan desenfundó la *Walther* y, moviendo su corredera, alojó una bala en la recámara, listo para defenderse.

Ya avanzada la mañana y concluído el partido de truco, Barra-

za intentaba leer una revista de historietas que hallara junto al lecho infecto donde se tumbara. El mareo producido por las olas había cedido, a expensas del producido por la grappa. Danzaban ante sus ojos las figuritas del revistín y apenas si delectaba, penosamente, las breves leyendas inscriptas en los globos que, partiendo de la boca de cada protagonista, daban cuenta de sus aventuras, venturas y desventuras. En eso estaba cuando lo vinieron a buscar para que intentara situar el lugar al cual se dirigían.

Dejó el Chino las historietas y, bamboleante, subió a cubierta. No le resultó fácil cumplir su misión de baqueano, pues el litoral se extendía uniformemente idéntico a estribor del "Bagre". Para peor, Barraza había llegado al golfo por tierra e ignoraba el aspecto que podía ofrecer el mismo, visto desde el mar. Pero no creyó equivocarse cuando, luego de un rato de observación atenta, indicó con el brazo extendido un sector de la costa, donde cierta sombra imprecisa partía verticalmente el acantilado, salpicado allí por algunas manchas de vegetación.

—Me parece que es ahí— dijo.

—¿Y vos todavía ves claro, con todo lo que tomaste?— le preguntó Carnotti, escéptico.

—Les digo que es ahí.

Arriaron el barco todo lo cerca de la orilla que fue posible, sin arriesgar una varadura o dar contra un escollo. Cuando hubieron anclado, descolgaron un bote de goma, con motor fuera de borda, en el cual se dirigieron a tierra Prometeo, Barraza y Fonseca. Culpa de las abundantes copas, el Chino venía tan picado como el mar en la rompiente próxima.

Sin embargo, pese a su estado, Barraza no se había equivocado al situar el golfo. Bajo la luz de media tarde ya era posible observar con claridad la falla del acantilado que conformaba el canal de acceso. Resultaba no obstante complicado acertar con el cauce que la prolongación de ese canal conformaba en la faja de la rompiente, donde el agua hervía con un ensordecedor alboroto de espumas.

—No sé si embocaré el canal— previno Fonseca, que se hallaba al timón.

—No importa. Atravesá la rompiente por donde puedas y, si encallamos, llevamos el bote a pulso, lo dejamos en la playa y seguimos a pie.

Dicho y hecho. Eligió Plinio un lugar donde la agitación del agua parecía menos intensa y enfiló directamente hacia la orilla. Pero no acertó el cauce del canal. Bailó el bote sobre las olas desconcertadas, quedando varias veces en el aire la hélice que, entonces, giraba locamente. Un golpe de mar los tomó de través poniéndolos al borde del naufragio. Corcoveó el ligero casco y, finalmente, una ola de mayor altura se levantó a popa, impulsándolo hacia tierra como si se tratara de una tabla para barrenar. Así, empujado violentamente, el bote fue precipitado en un remanso contiguo a la playa, donde la hélice mordió el fondo.

—¡Pará el motor, que ya estamos!— gritó Carnotti.

Saltaron de la embarcación los tres tripulantes y, con el agua a la rodilla, levantaron aquélla hasta depositarla al pie del acantilado. Caminaron luego hasta el canal, advirtiendo que por tal camino no era posible alcanzar el interior del golfo: el mar, en efecto, llegaba hasta la base misma de los altos taludes que flanqueaban el acceso, sin permitirles avanzar.

—Podemos traer la lancha y entrar con ella al golfo— propuso Fonseca.

—No, dejala nomás. Vamos a trepar la barranca y, desde arriba, veremos mejor el lugar.

—¿Subir la barranca?— gimió el Chino que, pese al remojón, aún no estaba fresco. —¿Subir la barranca?

—Subir, sí. A ver si se te pasa la tranca.

Emprendieron la ascensión. Resollaba Barraza, revueltas las ideas por los efluvios del alcohol unidos a la fatiga. Recortadas contra el plano inclinado del talud desfilaban, como proyectadas sobre una pantalla, las figuritas vistas en la revista de historietas. Sandokan y Taras Bulba, Mandrake con Flash Gordon, pasaban ante sus ojos en animada comitiva plagada de onomatopeyas: BANG, STUNG, CRASH, PUM, UGG, SPLASH. Imaginó así escalar la muralla de una fortaleza, corsario indómito, aunque las piernas casi no lo sostenían.

Cuando hubieron alcanzado la cresta del acantilado, avanzaron por ella unos metros, cosa de contemplar despaciosamente el espectáculo que, a sus pies, brindaba el golfo. Fue entonces cuando, en la playita interior, vieron el grupo formado por Juan y sus compañeros.

Reaccionó el Chino de inmediato. Frente a él, estaba el enemi-

go. Junto con sus piratas había sorprendido a los defensores de la fortaleza desprevénidos. Y, sin decir agua vá, sacó el revólver y disparó contra ellos.

Sólo pudo tirar un tiro. Una inmensa bandada de pájaros se levantó desde sus refugios en las rocas, oscureciendo la luz del día.

—¡¿Estás loco?!— le reprochó Carnotti. —¡¿Qué hacés?!—

—¡Los soldados del Gobernador de la isla han sido tomados por sorpresa!— declamó el Chino, ante la estupefacción de Prometo y Fonseca.

—¿Los qué? ¿De qué Gobernador hablás?

—¡Son ellos! ¡Son ellos!— repetía Barraza, enardecido —¡A mí, tigrecitos! ¡Al abordaje! ¡Dale Boca!— y, como para reforzar su ánimo, sacó una petaca del bolsillo posterior del pantalón y bebió un largo trago, sin soltar el arma —un *Colt 44.40* que perteneciera en otros tiempos a la policía montada canadiense—, que así en la otra mano.

El batir de las alas apagaba los gritos del Chino, a quien sus sobresaltados cómplices no lograban calmar. Y, en cuanto la bandada ganó altura, disminuyendo su densidad, aquel energúmeno pueril y alcoholizado volvió a apuntar en dirección a la playita e hizo fuego. La bala se hundió en la arena. Pero hubo réplica esta vez.

Tras las rocas vecinas a la playa dibujóse fugazmente la parte superior de una silueta y sendos disparos partieron de abajo arriba, hacia la cresta del acantilado donde estaban Barraza, Carnotti y Fonseca. Uno de los proyectiles de la *Walther* silbó junto a la cabeza del Chino y el otro se aplastó contra una piedra próxima. Ante la certeza del contraataque, al conjuro del peligro, se disipó la borrachera del agresor y los integrantes del terceto pusieron a cubierto.

—¡Mirá en el lío que nos metés!— recriminó Prometeo a su subordinado. —Quien te manda chupar de esa forma, desgraciado.

—Perdone, jefe. Me vine loco...

—¡Qué perdone ni perdone! Ahora hay que ver cómo salimos de ésta... ¿Alguno alcanzó a ver quienes son los de abajo?

Nadie había reconocido a los integrantes del grupo atacado.

—Había una mujer— indicó Plinio.

—Sí. Y un par de muchachos. Me pareció, al menos...

Otro tiro disparado desde abajo interrumpió el agitado diálo-

go. La bala dio en un guijarro y rebotó, alejándose gimiendo.
—Rajemos. Ellos tampoco nos pueden haber reconocido. Rajemos en seguida. Y a vos, Chino, un día de estos te voy a matar... por animal.

Si arduo había resultado trepar al acantilado, veloz fue el descenso de los contrabandistas. En un santiamén alcanzaron el bote de goma, pusieron el motor en marcha y, luego de bailar sobre la rompiente, pusieron proa rumbo al "Bagre", anclado mar adentro.

El Destacamento de policía local se encontraba sobre la entrada de Caleta Timerman. Aunque ello no pasara de un mero formulismo, Martín bajó la velocidad de su rodado al aproximarse allí, reduciéndola a los límites establecidos. Y no pudo menos que sorprenderle ver al agente Morales parado en medio de la ruta, haciéndole señal de detenerse.

—¿Qué le pasará hoy a Morales?— se preguntó intrigado
—Nunca sale de la casilla... y menos con un tiempo así.

El día, en efecto, era desapacible y rachas de viento cruzaban la ruta, formando remolinos cenicientos. Si, habitualmente, el Agente Morales permanecía tomando mate en el Destacamento, sin perturbar el escasísimo tránsito que circulaba por la ruta, no era aquella jornada la ideal para alterar sus costumbres, impulsándolo a montar guardia en descampado. Pese a su extrañeza, Martín detuvo la camioneta y, bajando el vidrio, preguntó:

—Buen día, Morales. ¿Qué se le ofrece?

El paisano parecía incómodo dentro de su uniforme desteñido. Saludó haciendo una venia muy poco académica y replicó:

—Buenos días, señor. Buenos días. Usted sabrá comprender, señor. Me han dado órdenes, señor...

—Está bien, Morales. Diga nomás.

—Me va a tener que acompañar, señor. No lo tome a mal, señor.

—No, amigo. ¿Por qué he de tomarlo a mal? Estaciono la camioneta y lo sigo.

—Muy bien, señor. Buenos días, señor.

Sacó Martín su vehículo a la banquina y, junto con el agente,

marchó hacia el Destacamento formulándose variadas preguntas. Tratábase, sin duda, de un incidente curioso.

Juan, Patricia, Fernando, don Günther y Fortunato dejaron transcurrir mucho tiempo antes de abandonar el abrigo de las rocas, detrás de las cuales se habían refugiado. Un silencio total había sucedido a los dos últimos disparos efectuados por Juan, que los agresores no respondieran. Las aves, tranquilizadas, tornaron a sus nidos en las oquedades del acantilado. Fue Juan el primero que se irguió en su sitio para, después, dar algunos pasos por la playita, mirando a lo alto y amartillada en su diestra la *Walther* 7,65. Hizo por fin un gesto tranquilizador y los demás se unieron a él, emprendiendo la retirada.

Al llegar a las alturas que rodeaban el golfo les sorprendió tan sólo la presencia de un barco que se alejaba. Como estaba nublado, no pudieron identificarlo con precisión, si bien notaron se trataba de un viejo carguero. La bandera del mismo había sido arriada. Todo el episodio les resultaba incomprensible. Tan incomprensible como les resultaba a Carnotti, Barraza y Fonseca.

X

LAS REDES DE "SPARTACUS"

El Destacamento policial de Caleta Timerman contaba con mínimas comodidades. Construido en material sin revocar, estaba blanqueado a la cal y el piso era de concreto. Techado con chapas de fibrocemento, carecía de cielorraso y una salamandra mal abastecida no resultaba suficiente para templar su interior. Muy limpio, eso sí, olía a *acaróna*. Conforme con la tradición, una lámina polícroma del General San Martín presidía el despacho del Sargento pero, acatando disposiciones oficiales vigentes, otros dos retratos la flanqueaban: el del Premio Nobel Pérez Esquivel, desaparecido, y el del Poeta Piero, autor de la versión del Himno Nacional en uso a la fecha, también difunto. En ese despacho aguardaba Martín, según pedido que le formulara el Sargento, ante quien lo condujera Morales. Aquel, también visiblemente incómodo por el papel que le tocaba cumplir, le había dicho:

—Sabrá usted disculpar, don Martín. Son órdenes superiores. Aguarde aquí que lo quieren ver.

Por cuanto era claro que nada obtendría haciendo preguntas, el ex militar esperó en silencio. Sentía, sin embargo, que su paciencia se agotaba.

—¿Gusta un café?

—No, gracias.

El ambiente era tenso. Tanto que, para diluir la opresión reinante, el policía reiteró una derivación de responsabilidades:

—Usted sabe cómo andan las cosas...

—Mal. —respondió Martín, lacónico.

Un automóvil se detuvo por fin ante el Destacamento, oyéronse pasos y el sonido seco de los talones de Morales, al juntarse en posición de *firmes*. Se abrió la puerta del despacho y entró un hombre que, sin saludar, indicó al Sargento que se retirara y ocupó su lugar detrás del escritorio.

El personaje era pequeño, pálido. Tenía las manos regordetas y, cuando se quitó el gorro de piel que lo abrigaba, de estilo eslavo, dejó a la vista un cráneo ovoide, mal cubierto por unos pocos pelos amarillentos. Bajo las cejas ralas, los ojos aparecían fríos y hostiles, casi blancos.

Martín, educado, se puso en pie. El hombrecito, sin mirarlo, abrió un portafolios que llevaba y comenzó a revisar papeles. Vista la descortesía que ello implicaba, Martín se volvió a sentar, cruzó las piernas y, uniendo las yemas de los dedos de la mano derecha con las de la izquierda, clavó la mirada en el techo. Descubrió allí una mosca atrapada por una telaraña.

Transcurrieron varios minutos. Eligió finalmente el homúnculo una foja, que extendió delante suyo y, luego de consultarla, se dirigió a Martín:

—¿Cuál es su nombre?

—Antes quiero saber quien es usted y porqué estoy aquí— replicó el interrogado.

—Pregunté cual es su nombre— (Hablaba el hombre con fuerte acento centroeuropeo).

—Y yo no se lo voy a decir hasta saber a quién he de contestar y por qué razón se me interroga.

—¿Se niega a contestar?

—Me niego mientras no reciba explicaciones que tengo derecho a pedir.

Se desconcertó el hombrecito. Un dejo de perplejidad asomó a sus ojos glaucos al tropezar con una situación no prevista en sus prolijas instrucciones. Pretendió sin embargo continuar con la intimidación.

—Lo puedo hacer detener ahora mismo.

—Como no sé quien es usted, no sé tampoco si me puede hacer detener. Además, si no estoy detenido, me voy. —dijo Martín, levantándose.

—¡Sargento!— aulló el interrogador —¡No deje salir a este hombre!

—¿Ve que ya estoy detenido?— observó Martín y se volvió a sentar.

La entrevista discurría por cauces diferentes a los que el interrogador había previsto. Resolvió cambiar de táctica y, dulcificando el tono, dijo:

—No dificulte mi tarea. Soy Igor Bolchev, funcionario del “Secretariado Punitivo de Acciones Represivas Tendientes a Combatir una Subversión”...

—¿SPARTACUS?

—SPARTACUS, sí. Y estoy en misión oficial.— El modo de Igor era melífluo. —Sabemos quién es usted.

—Entonces ¿por qué me lo pregunta?

—Rutina.

—Muy bien. ¿Qué quiere de mí?

—Hay una denuncia en contra suyo.

—¿Denuncia? ¿Y de qué se me acusa?

—Aquí está la denuncia— indicó Bolchev, señalando la hoja que tenía ante sí. —Se lo acusa de excesos en la represión, entre los años 1973 y 1979.

—¡Esto es una infamia!— gritó Martín, indignado, poniéndose en pie mientras pegaba un puñetazo sobre el escritorio que lo separaba de Igor. El rostro del hombrecito perdió todo rastro de color y balbuceó:

—No se ponga así, *tovarich*⁸. Si hay algún error ya se aclarará... Tranquilícese...

—¡*Tovarich* tu abuela, ruso de miércoles! ¡Ya van a ver ustedes cuantos pares son tres botas!

Al oír el bramido de Martín entraron precipitadamente el Sargento y Morales, justo a tiempo para sacar a Bolchev de las manos del ex oficial que, asido de las solapas, lo había levantado del piso.

Demudado, murmuraba el hombre de SPARTACUS:

—¡Al calabozol ¡Métnlo en el calabozol!

Con un sacudón, Martín se sacó de encima a ambos policías, que lo sujetaran por los brazos. Morales, cohibido, se plantó no obstante ante la puerta, cortando la salida.

⁸ Camarada, compañero, en ruso.

—Son órdenes, don Martín— masculló el Sargento. —No se resista.

Pronto a embestir, Martín recapacitó. Hizo un violento esfuerzo para recuperar la calma, conteniendo su impulso de abrirse paso a todo trance.

—¡Llévenlo, llévenlo!— seguía vociferando Igor, aterrado.

—No se pierda, don Martín. Acompáñeme— solicitó el Sargento.

Martín ingresó al calabozo del Destacamento. Por poco rato pues, una vez se hubo retirado el funcionario de SPARTACUS, le rogó el Sargento que se alojara en su propio despacho. Eso sí, bajo palabra de no intentar la huída.

—Son órdenes...— repetía el policía, en son de disculpa.

—Está bien, son órdenes... pero yo estoy preso. Preso por orden de un ruso que me acusa por haber combatido al terrorismo, en mi país, hace muchos años, junto con ustedes...

—Qué le va a hacer, don Martín... así con las cosas. Sírvase— dijo el Sargento y le tendió un mate. Martín lo aceptó.

—¿Y quiénes pueden ser los que andaban por ese lugar tan a trasmano? ¿Qué diablos harían allí?— se seguía preguntando Prometeo Carnotti, mientras el “Bagre” se alejaba de la costa.

—Vaya a saber— arriesgó el Chino Barraza.

—Mirá, vos más vale que te callés, después del estropicio que te mandaste.

—Culpa de la grappa, don Prome...

—Calláte, te digo... Bueno, volviendo al caso, podríamos preguntarle a Morales, una vez que lleguemos, si vio a alguien salir del pueblo entre ayer y esta madrugada... o llegar después de caer la tarde, viniendo de afuera...

—¿Usted piensa que nos conocieron?

—No, pienso que no. Pero nunca se sabe...

Más o menos los mismos interrogantes que acuciaban a Carnotti inquietaban a Juan y sus compañeros de aventura: ¿quienes serían los merodeadores del golfo? ¿qué motivo los habría llevado hasta ese apartado lugar? ¿por qué los habían atacado? ¿habrían

descubierto la caverna que albergaba al U-987? Ninguna de tales preguntas tenía respuesta.

Exasperado, Martín observaba la ruta que corría frente al Destacamento, tras los cristales. Ya se había puesto el sol cuando, en la penumbra del crepúsculo, vio pasar el *Unimog* de don Günther: venía del sur y regresaba al pueblo.

—¿Dónde anduvieron, chicos?— preguntó Cristina, una vez que los expedicionarios largaron los caballos, encaminándose a la casa luego de acomodar los aperos utilizados.

—Dimos una vuelta larga, mamá. Juan nos mostró un sitio de lo más lindo que encontró recorriendo. Algún día podríamos ir todos— contestó Patricia con desenvoltura. —¿Y papá?

—Tu padre fue al pueblo y no volvió. Se ha retrasado.

Esto ocurría al caer la tarde. Cerrada la noche, el ambiente había cambiado en "Las Bardas". Superada con exceso la hora de comer, Cristina ya se mostraba francamente preocupada, transmitiendo su preocupación a los hijos.

—Es muy raro que Martín se demore tanto. Algo le tiene que haber pasado. En una de esas rompió la camioneta. Y quedarse a pie en estos caminos y a estas horas es mal asunto. Yo siempre le digo que necesitamos otro coche...

—Vea, Sargento— dijo Martín. —Insisto en avisar a mi familia. A estas horas ya no deben saber qué pensar.

—Tengo prohibido autorizarlo, don Martín.

—¿Así que estoy incomunicado? Eso no se puede hacer sin orden judicial.

—Son disposiciones del hombre de SPARTACUS. Usted sabe que cuenta con facultades amplísimas. Pero no se preocupe. Si alguien sale para el lado de su casa le voy a pedir que avise, recomendándole reserva.

—Por mí, no se comprometa.

No había amanecido cuando don Günther, acompañado por Fortunato, cruzaba en su vehículo ante el Destacamento, rumbo al golfo. Lo sorprendió ver, tan temprano, al agente Morales parado en la ruta, dándole el alto.

Paró Spiegel y recibió el mensaje que, confidencialmente, le transmitió el policía. En seguida siguió viaje.

Cristina no pegó los ojos. La soledad del dormitorio le recordaba tiempos lejanos; cuando su marido, en actividad, solía verse forzado a pasar semanas y hasta meses sin volver a casa, fuera por encontrarse en maniobras, fuera por imperio de la guerra contra el terrorismo, fuera por hallarse el país al borde del conflicto armado con Chile, fuera por aquella patriada de las Malvinas, fuera, en fin, por guardias rutinarias.

Luego del retiro de Martín las cosas habían cambiado y hacía años que no dormía sola. Se sentía ahora desamparada y la quietud del cuarto la mantenía en vela, acostumbrada como estaba a que la respiración acompasada del marido le hiciera compañía. ¿Qué le habría pasado? Sólo una gran tormenta de nieve, que sorprendiera a Martín en el pueblo, lo demoró hasta el alba, mucho tiempo atrás.

Antes del amanecer Cristina estaba en pie. Desayunó frugalmente y resolvió que aquello no podía continuar. Enviaría a Juan hasta lo de Ferguson, a caballo, para que pidiera al dueño de casa que le facilitara el *Rover* y en él marchar al pueblo, a fin de establecer las causas del retraso de Martín. Pero decidió esperar un poco, antes de molestar a los vecinos.

Juan se encontraba ensillando, bien entrada la mañana, alistándose para cumplir la gestión que su madre le encomendara. No había terminado de hacerlo cuando, en la curva del camino, apareció el *Unimog* de Spiegel. Cristina fue a recibirlo.

—¿Qué sucede, don Günther?

—*Herr* Martín está preso.

—¿Cómo dice?

—Eso digo— confirmó el alemán, comunicando a Cristina el resto del mensaje enviado subrepticamente por Morales, que cumplía instrucciones del Sargento.

—¿Y qué quiere Martín que haga?

—Por ahora, nada. Que espere.

—¿No necesita algo?

—Dice que se arregla. Si dentro de tres días no hay novedades, yo la vengo a buscar, señora.

Ese día y el siguiente trabajaron Spiegel y Fortunato en el interior del submarino, pernoctando en la nave. Reactivadas sus baterías, acondicionado con paciencia suma el cableado que constituía su sistema nervioso, restablecidos ciertos contactos y anulados otros, los instrumentos del barco cobraban vida y sus motores eléctricos estaban prestos para entrar de nuevo en funcionamiento.

Martín se sentía invadido por una ira creciente. Había pasado una noche de perros, mal acomodado en un sillón. Aunque el Sargento le facilitara una máquina para afeitarse, le molestaba la ropa sucia y arrugada, se veía ojeroso, desaliñado, y lo consumía la impaciencia. Para peor, muy amablemente, el policía le pidió que volviera al calabozo, en previsión del arribo de Igor, quien, seguramente, regresaría durante la mañana. Hacía frío en el calabozo, húmedo el piso recién baldeado, borrosas las inscripciones que se superponían en las paredes. Recordó Martín algún arresto de sus años como cadete y la bodega del transporte inglés que lo trajera de las Malvinas. Serían las once cuando Morales le avisó que Bolchev estaba nuevamente en el Destacamento y quería verlo.

—Que venga aquí— respondió Martín, sin moverse del camastro en que estaba recostado.

Morales salió.

Igor entró al rato en la celda. Era evidente que no las tenía todas consigo y ordenó al vigilante permanecer junto a él. No se quitó el gorro de piel que lo cubría. Martín permaneció recostado.

—Vengo a notificarle que está formalmente arrestado e incommunicado, bajo acusación de violaciones reiteradas a los Derechos Humanos.

—Usted sabe que la acusación es falsa. Aquella fue una guerra

y Dios sabe que nunca transgredí las leyes de la guerra. Solicito un abogado.

—Oportunamente se le suministrará uno, cuando se abra su causa, en Oslo.

—¿En Oslo? Usted me imputa delitos que dice fueron cometidos en la Argentina, de modo que deben juzgarse aquí.

—Olvida que su país ha declinado toda competencia para el enjuiciamiento de acciones violatorias de los Derechos Humanos. El caso se juzgará en Oslo, sede de SPARTACUS. Dos agentes especiales viajarán para llevarlo allí. Mientras tanto, permanecerá en este Destacamento.

Al tercer día Cristina viajó con don Günther hasta Caleta Timmerman. En la estación policial supo que su marido estaba incomunicado. No obstante ello, el Sargento le entregó disimuladamente una nota. En ella se la citaba para volver al caer la noche, procurando pasar inadvertida.

La reunión, muy breve, tuvo lugar en el despacho del Sargento. Marido y mujer se despidieron con un beso.

Concluída su excursión marítima, ningún dato obtuvo Carnotti del agente Morales, respecto al movimiento registrado en la ruta durante las últimas jornadas. Era como si la memoria del vigilante hubiera claudicado repentinamente. Prometeo gruñó para sí:

—Policías y militares terminan siempre por entenderse: entre bueyes no hay cornadas.

Cristina creyó oportuno reunir a sus hijos y ponerlos al corriente de la situación. Concluído el relato, agregó:

—Estén seguros que es una canallada. No me hago ninguna ilusión sobre la imparcialidad del juicio que se iniciará contra Martín. Por eso, sea cual sea la sentencia que pueda dictarse, sean cuales sean las cosas que se digan de él, sepan que es un hombre intachable, el mejor padre que pudieron tener y un patriota cabal.

Juan, Patricia y Fernando, se hallaban en el refugio de la loma. El tema a tratarse era de importancia capital. Fue Juan el que resumió las alternativas que se abrían ante ellos.

—Hoy es veinticinco de marzo. Dentro de pocos días el submarino podrá navegar y, si queremos estar frente a Puerto Argentino el 2 de abril, debemos zarpar con la bajamar del 31. Pero la detención de papá es un hecho grave. Tan grave que puede alterar todo lo planeado. No la podemos dejar sola a mamá en estas circunstancias.

—Tenés toda la razón— aprobó Patricia.

Fernando guardó silencio, abstraído.

—Se me ocurre sin embargo que no es mucho lo que podemos hacer desde aquí por papá. Lo llevarán a Oslo en medio de la indiferencia general y, seguramente, lo calumniarán, lo ensuciarán, para condenarlo al fin de cuentas.

—Mayor razón para acompañarla a mamá, para sostenerle el ánimo, para consolarla.

—Para acompañarla y consolarla, sí. Pero sin poder alterar en nada el curso de las cosas.

—¿Qué estás pensando?

—Vamos a ver. Nos metimos en esto fundamentalmente por dos razones. La primera es por amor a la Patria, para demostrar que los argentinos no nos hemos rendido, para despertar a la población con un gesto capaz de sacudirla, para suscitar de nuevo ese arrebató patriótico que la conmovió en 1806, en 1807, en 1845 y en 1982. La segunda razón, que no puede separarse de la primera, consiste en cumplir aquella promesa de papá, al volver de las Malvinas... Esos dos motivos siguen en pie. Pero se ha agregado otro. Si todo resulta como pienso, la resonancia de nuestra aventura será enorme... Imagínense: un submarino de la Segunda Guerra Mundial, tripulado por argentinos, ataca las Malvinas. Parecerá un cuento de ciencia-ficción. Al regresar, cuando contemos la historia —que ya habrá corrido antes—, aprovecharemos para hacer un alegato a favor de papá. Nuestras palabras se publicarán en todo el mundo. La Argentina, sacudida, pondrá otra vez en primer plano la guerra del 82. Destacaremos el papel que papá cumplió en ella y la gente se inclinará hacia este veterano de los combates por las islas. Nadie admitirá que un tribunal extranjero condene a un oficial nuestro, herido en acción...

—Todo eso está muy bien— interrumpió Fernando —Pero no veo cómo le daremos al ataque la difusión necesaria. Por ahí los ingleses lo silencian. Por ahí, a la vuelta, no nos creen ni una palabra.

—Bueno, una vez que nos hayamos alejado de Puerto Argentino, habrá que hacer una transmisión por la radio del submarino.

—Esa transmisión la haré yo, pero...

—¿Vos venís?

—Claro que voy... Digo que esa transmisión la haré yo, pero ¿y si nos pescan antes? ¿Y si no logro contacto con un retransmisor confiable?

—No sé. Siempre creí que necesitaríamos un operador en tierra.

—Sería mucho mejor contar con alguien para manejar mi radio. Así dejaría establecido un contacto seguro.

—¿Te animás a instruir un operador en los pocos días que nos quedan?

—Me animo.

—Yo te lo consigo.

El chasquido de una rama al quebrarse sobresaltó a los tres hermanos. Dirigieron la vista hacia un matorral situado a sus espaldas, de donde había partido el ruido. Las hojas del mismo se movían, discordantes con la dirección del viento.

Juan saltó sobre el matorral. Y, asido de los pelos, extrajo de él a Ignacio, que se debatía furiosamente.

—¿Qué hacía metido ahí? ¿Espionando? ¡Yo le voy a dar!

—No me pegués porque cuento. Sé todo.

Se había planteado un problema inesperado. Toda la aventura dependía de la discreción de un chico que no alcanzaba los seis años de edad. Juan midió la gravedad del caso. Pero, pese a haber sido víctima reiterada de sus extorsiones, conocía la nobleza de Ignacio, oculta por su comportamiento incalificable. Capaz de cometer mil indiadas, las intenciones del menor de los hermanos eran siempre mejores que los resultados a que conducía su proceder tumultuoso. Muchas veces, empujado por excelentes propósitos, había desencadenado auténticos desastres. Juan, soltándolo, le dijo:

—Párese ahí.

Ignacio, desconcertado, se mantuvo en pie, caídos los brazos a lo largo del cuerpo breve.

—¿Usted es un hombre? —preguntó Juan, formal.

—Sí.

—¿Usted quiere ayudar a su país y a su padre?

—Sí— reiteró el chico, trémulo.

—Muy bien. Los hombres saben guardar secretos. Y para ayudar a su país y a su padre usted guardará este secreto— (el trato *de usted* reforzaba la trascendencia del acto). —¿Está dispuesto a hacerlo?

—Sí.

—¿Me lo promete?

—Te lo prometo.

—Deme la mano.

Muy serios, el mayor y el menor de los hermanos se dieron la mano. Juan tuvo que agacharse para ello. Bajo el flequillo pringoso, brilló en los ojos de Ignacio una decisión ineludible.

XI

APRESTOS FINALES

—Juan, andate hasta “La Nueva Devon” y ponelos a los Ferguson al tanto de lo que sucede.

Esa era la misión que Juan estaba esperando le confiaran. Por varios motivos. Si su madre no se la hubiera encomendado, estaba dispuesto a sugerir la conveniencia de llevarla a cabo. De modo que, gustoso, se aprestó a cumplirla.

Jenny Ferguson regaba unas begonias cuando el redoble de un galope la distrajo de su tarea. Pensaba en Juan cuando lo vio aparecer, montado en su zaino.

Desmontó ágilmente el muchacho y se dirigió hacia ella, sin soltar el cabestro que retuvo en la mano izquierda.

Jenny lo hubiera besado, como siempre. Pero esta vez no lo hizo, feliz pero un tanto turbada. Tampoco a Juan le resultó sencillo acertar la fórmula del saludo y, quitándose la boina con una sonrisa, se limitó a decir:

—Hola, Jenny.

—Hola. Linda sorpresa. ¿Que te trae por aquí?

—Quiero hablar con tu padre. Y, después, con vos.

—¿Pasa algo malo? Papá está adentro. Vení.

Abandonó Ferguson la lectura de un diario atrasado que tenía entre manos y, sacándose los anteojos, se levantó, dirigiéndose cordialmente al visitante.

—¡Hello, boy! —dijo, palmeándole la espalda. —Me gusta

verte por aquí. ¿Cómo están por tu casa?

—Hay problemas, señor. Me gustaría hablar con usted.

Advirtió Desmond que algo grave ocurría y, frunciendo el ceño en muda interrogación, tomó al muchacho de un brazo, llevándolo hasta los sillones que ocupaban el *bow window*. Antes de sentarse, indicó a Jenny.

—Avisale a tu mamá que hay visitas y preparará una taza de té para Juan.— Luego se dirigió a éste: —tú dirás.

Juan relató a Ferguson cuanto sabía respecto a la detención de Martín. El inglés lo escuchaba atentamente. Concluida la narración, el dueño de casa se quedó pensando. Por fin, casi para sí mismo, murmuró:

—Algo de esto me esperaba.

—¿Qué esperaba, señor?

—Mirá, días atrás, en este mismo lugar, tu padre me comentó un incidente que le ocurrió. Casualmente fue testigo de una operación de contrabando: descargaban motocicletas de un barco en el muelle de "La Pochola", donde él había entrado para echarle agua al radiador de la camioneta... Yo le avisé que se cuidara. Todos sabemos que aquí se hace contrabando, pero miramos para otro lado, hacemos como si no nos enteráramos... ¿*right?*... A los contrabandistas les tuvo que molestar saber con certeza que hay un testigo de sus maniobras. Un testigo difícil de asustar... Desde el principio pensé que tratarían de hacerlo callar.

—¿Usted cree que una cosa tiene que ver con la otra?

—Algo me dice que sí.

Llegó Jenny con la taza de té y unos bizcochos. Ferguson, expeditivo, comenzó a tomar disposiciones:

—*You*, Jenny, vas a prepararte. Pasarás unos días en "Las Bardas" para ayudar a Cristina. Iremos juntos. Después yo seguiré hasta el pueblo, para ponerme a disposición de Martín.

—¿Qué es lo que pasa, papá?

—Te explicaré durante el viaje. *And you*, Juan, podés quedarte a dormir aquí y volver mañana a tu casa... has tenido un galope largo.

—Gracias, señor. Prefiero volver enseguida.

—Llegarás de noche.

—Conozco el camino.

—Como quieras.

Cerca de las dos de la mañana serían cuando Desmond Ferguson frenaba el *Land Rover* frente al Destacamento de Caleta Timmerman. Casi a la misma hora llegaba Juan, de vuelta a "Las Bardas".

Sigilosamente introdujo Morales al inglés, luego de despertar a Martín. Ambos amigos conversaron, sin encender la luz del despacho donde aquel dormía. Ferguson se puso a disposición del prisionero, le hizo conocer su hipótesis sobre el origen real de su detención y, hombre práctico, sacó de entre sus ropas una botella de whisky, que entregó a Martín diciendo:

—Escóndala. Le vendrá bien. Para levantar el ánimo y para combatir el frío. Volveré dentro de unos días. Pensemos mientras tanto una manera de terminar con esto... ¿Cuándo podrían venir a buscarlo desde Oslo?

—Creo que pasará por lo menos una semana antes que vengan.

—*Well*. Analice el caso desde el ángulo que le digo. Aquí está la mano de los contrabandistas.

—Puede ser. No se me había ocurrido.

—*Good night*, Martín.

—Adiós, Desmond. Y muchas gracias.

Aunque sabía que Juan había previsto la incorporación de Jenny a la gran aventura en marcha, Patricia sonrió al verlos caminar, a los lejos, uno junto al otro.

—Me parece que Juan y Jenny no han de estar hablando solamente de la situación de papá y del submarino— se dijo.

Por el momento, Patricia se equivocaba.

Igor Bolchev se alojaba en dependencias de la Delegación Municipal, de modo que a Prometeo Carnotti no le resultaba difícil encontrarse con él sin llamar demasiado la atención sobre tales entrevistas. Y Prometeo estaba ansioso por que se llevaran a Martín de una buena vez, pues la prolongada detención de éste podría acarrear complicaciones. Resolvió urgir al hombre de SPARTACUS.

—¿Cree usted que tendrá todavía para mucho tiempo aquí? —preguntó el Delegado al ruso.

—Más o menos. Estoy terminando un informe que enviaré a Oslo, indicando que ya contamos con indicios suficientes para disponer el traslado del detenido e iniciar allí una causa formal.

—¿Recién está preparado un informe? ¿No le parece que el procedimiento es un poco lento?

—Hay que actuar con cuidado.

Carnotti ignoraba bastantes cosas respecto a Igor. Ignoraba por lo pronto que Bolchev percibía suculentos viáticos mientras permanecía lejos de Oslo, en comisión de servicios; particularmente si, como en este caso, debía actuar en territorios distantes e inhóspitos, lo cual determinaba la percepción de doble paga, por encuadrar sus tareas en la categoría de *trabajo insalubre*. El hombrecito, por tanto, no estaba dispuesto a acelerar el trámite.

Juan explicó puntualmente a Jenny los detalles de su proyecto, luego de solicitarle la más estricta reserva. Jenny lo escuchó deslumbrada, para preguntar finalmente:

—¿Y por qué me contás a mí todo esto?

—Ya sé que te parecerá raro... Al fin de cuentas vos sos inglesa...

—Yo no soy inglesa —interrumpió la chica— Nací en la Argentina y me he criado aquí, igual que vos. Respeto al país de mis padres porque respeto a mis padres. Pero, al mismo tiempo, siento que también son mías esta tierra y esta gente, medio salvajes si querés pero llenas de amplitud y sencilla sobriedad.

—Mejor que sea así, Jenny, porque te he puesto al tanto de nuestro plan para pedir tu ayuda. Por un lado me cuesta hacerlo, lo he pensado mucho. No quiero lastimar a los tuyos, sobre todo a tu padre, pues solo le debemos favores. Por otro lado, considero que esta aventura puede tener suficiente importancia como para subordinar a ella muchas otras consideraciones. Estoy seguro que mamá tendrá un disgusto cuando sepa que hemos zarpado y me parte el alma afligirla en estos momentos que está pasando. Pero sé que si todo sale como espero, terminará por estar orgullosa de nuestra empresa. Con papá sucederá lo mismo. Y la satisfacción para él será todavía más grande: habremos cumplido con la promesa que hizo al volver de las Malvinas. En cuanto a tu padre, estoy seguro que nos comprenderá. Que nos comprenderá a no-

sotros; sin embargo dudo al pensar en su reacción si vos intervenís en la aventura. Puede considerarlo como una traición...

Jenny se quedó pensativa. Pragmática al fin, preguntó:

—Concretamente ¿qué papel querés que juegue yo en el asunto?

—En primer lugar, que la acompañés a mamá. Además, al llegar la noche del día en que hayamos emprendido viaje, le explicarás íntegramente nuestro proyecto y las razones que nos llevaron a meternos en esto: si se lo contamos antes, es muy posible que intente disuadirnos. Y, en tercer lugar, quisiera que vos manejes la radio de Fernando. Nos pondremos en comunicación desde el submarino en cuanto sea posible hacerlo sin correr riesgos. Además, desde aquí darás la noticia del ataque y sus resultados a los amigos radioaficionado de Fernando, para que se conozca en el mundo y produzca los efectos que buscamos.

—Pero yo no sé manejar una radio.

—Fernando te enseñará.

—Bueno, si esa es mi parte, no veo ningún inconveniente para cumplirla. Acompañar e informar a tu madre es una buena acción que no podría negarme a cumplir; manejar la radio se reduce a transmitir una noticia que será exacta y ayudar para que esto que, de todos modos, van a realizar, contribuya para que lo suelten a Martín... Nada de eso es una traición. Por otra parte, me han enseñado que nunca se debe revelar un secreto y delatarlos sí sería una traición... una traición a tu confianza. Finalmente sos vos el que me pide una ayuda, y yo... tengo mucho gusto en ayudarte. Contá conmigo.

La última frase de Jenny estaba cargada de un significado que no pasó desapercibido para Juan. Este, que había vacilado el día anterior al momento de saludarla, ahora la besó agradecido.

El 27 fue una jornada de aprestos febriles. Jenny, que simuló un súbito interés por la radiotelegrafía, pasaba largos ratos con Fernando, manipulando el transmisor de éste. Patricia, de modo subrepticio, preparaba las provisiones para un viaje que, si bien no se preveía prolongado, podría insumir algunos días entre ida y vuelta, siempre que no mediaran complicaciones. Juan se dirigió muy temprano hacia el golfo. Ignacio guardaba silencio a duras penas.

Don Günther y Fortunato se encontraban ya trabajando cuando Juan ingresó al submarino. La reparación de éste había avanzado notablemente. El funcionamiento de los motores diesel permitió cargar las baterías, y la maquinaria eléctrica, debidamente reacondicionada por Fortunato, marchaba satisfactoriamente. Gracias a ello, la iluminación en el interior de la nave era brillante; el instrumental permitía la lectura de los datos que manómetros, tableros, termómetros, voltímetros, etc. transmitían al operador; los compresores resultaban ya capaces de insuflar aire comprimido a los tanques que lastraban el navío; funcionaban los timones y un motorcito auxiliar facilitaba la tarea de izar y bajar el periscopio.

Por tratarse de instrumentos complejos y muy específicos, Fortunato no había podido poner en condiciones el radar ni el ecosonda, de manera que se resolvió prescindir de ellos: al fin de cuentas los submarinos se habían desempeñado satisfactoriamente en la primera Guerra Mundial sin contar con tales aparatos.

Una vez más recorrió Juan el barco, de punta a punta. Las cortinas que aislaban cada cucheta habían sido retiradas pues la tela presentaba mal aspecto, atacada por la humedad. También fueron guardadas en un anaquel del puente cartas y fotografías que en algún momento estuvieran pegadas a las cuadernas, junto a los lechos, y que con el tiempo se desprendieran de sus sitios. Manteníase en cambio, frente al compás, la carta de navegación que allí encontraran, pues coincidía con la zona por donde deberían avanzar durante esta nueva e insólita misión del sumergible. En el pañol de municiones se conservaban numerosos proyectiles correspondientes a los cañones de cubierta y, temible, dormía el único torpedo con que contaba el U-987.

—¿Funcionará el torpedo? —preguntó el muchacho a don Günther, preocupado.

—Eso no lo sé. El mecanismo del torpedo es muy complicado. A veces falla. Casi siempre anda.

—¿Y cree usted que sólo cinco personas seremos suficientes para tripular el submarino?

—Mirá, Hans: cinco personas no son suficientes para tripular el submarino. Harían falta, por lo menos, otras cinco. Habrá que trabajar muy duro. Uno solo podrá dormir, por turno, durante el viaje. Yo no dormiré. Los viejos dormimos poco. Todos haremos

de todo. La dotación normal de este barco era de treinta hombres, experimentados.

—Y cinco personas —cuatro de ellas sin experiencia— ¿podremos hacer lo que hacían treinta que conocían su oficio?

—¿Hay otro remedio? Pero pensá que esos treinta hombres no trabajaban al mismo tiempo. Hacíamos guardias por tercios. Y, además, contábamos con un ingeniero, con fogoneros para cada par de motores...

—¿Fogoneros?

—Sí, fogoneros que no hacían el trabajo de fogoneros pero que así se llamaban para cumplir con una tradición de la Armada: las máquinas deben contar con fogoneros. Bueno, además había también un Comandante y un Primer Oficial y un Contramaestre... Y alguien se encargaba del radar y otro manejaba el ecosonda... Ahora no habrá nada de eso. Navegaremos apenas unos días. Mañana debemos hacer un ensayo general. Todos aquí. Cada cual en su puesto. Prueba de inmersión.

El 28 de marzo Desmond Ferguson recogió a Cristina en "Las Bardas" y se dirigió al pueblo. Allí procurarían tomar contacto con Martín, hacerle llegar ropa y víveres, visitarlo eventualmente al amparo de la noche y de la buena voluntad del Sargento.

Juan, Patricia y Fernando, partieron hacia el golfo para aprender cuidadosamente sus roles abordo del submarino y participar en la prueba de inmersión que se llevaría a cabo.

Spiegel resultó un instructor duro y pertinaz, según cabía esperar de un suboficial alemán. Durante horas la pequeña dotación repitió hasta el hartazgo las maniobras que aquel le indicaba mediante secas voces de mando. Una rutina olvidada reflató en don Günther y, cada tanto, impartía sus órdenes empleando el idioma natal. Como ello causaba perplejidad en los tripulantes, Spiegel se rectificaba, si bien, cada tanto, recaía en tal práctica. Tanto fue así que el sonoro *jachtung!* germano terminó por reemplazar al grito de *¡atención!* durante el adiestramiento.

Llegó por fin el momento de practicar la prueba de inmersión. Y se resolvió llevarla a cabo dentro de la gruta pues, por un lado,

sus generosas dimensiones y su gran profundidad permitían hacerlo, mientras, por otro, llevar el sumergible fuera de ella entrañaba el riesgo de ser descubiertos. Riesgo éste que no resultaba utópico luego de la experiencia vivida días antes, cuando el grupo debió defenderse a balazos.

Una a una fueron soltadas las cuatro amarras que sujetaban el buque al muelle. Ronroneaban los motores diesel, cuyos escapes llenaron la caverna de humo, el cual huía por una abertura situada allá arriba: un rayo de sol que por ella entraba se dibujó como una barra azulada en la penumbra. Los indicadores señalaban que las baterías contaban con carga plena. Todas las escotillas habían sido clausuradas, salvo la que se hallaba en la cima de la torreta, desde la cual don Günther dirigía las maniobras.

—¡Timón a estribor! —ordenó Spiegel —¡Reducir velocidad de máquina uno! ¡Acelerar máquina dos!

El submarino se estremeció. Lentamente separóse del muelle, virando a estribor. Las hélices batían el mar, formando un borbollón a popa. Cuando el casco hubo avanzado un tanto, mandó el viejo:

—¡Detener las máquinas! ¡Cerrar escotilla de la torre!
Y él mismo, con ayuda de Juan, clausuró esa trampa.

—¡Inmersión!

El agua inundó los tanques paulatinamente, dejándose oír el silbido del aire comprimido que aceleraba la operación.

—¡Motores eléctricos en marcha!

La puesta en marcha de ambas máquinas, abastecidas por los acumuladores, apenas pudo advertirse: andaban silenciosamente, sin producir casi vibración alguna.

—¡Adelante a velocidad mínima! ¡Equilibrar el barco!

Nuevamente silbó el aire comprimido, ahora en el depósito compensador, a fin de *trimar*⁹ la nave mientras se sumergía.

—¡Mantener en posición timones de profundidad *jachtung!*

La cubierta desapareció bajo las aguas, que enseguida cubrieron media torreta. Por último se hundió ésta y sólo algunos remolinos indicaron la presencia del submarino. Alcanzados 20 pies, Spiegel dispuso desacoplar los motores y terminar de estabi-

⁹ Acción de balancear los pesos de un submarino para que, sumergido, se mantenga horizontal.

lizar el U-987, que se había inclinado ligeramente de proa. Logrado ello, toda la extensión del barco fue revisada cuidadosamente. No había filtraciones abordo.

—¡Máquinas en marcha! ¡Timones a treinta grados! ¡Profundidad de periscopio!

Obtenida tal profundidad, don Günther izó el periscopio y observó en torno. No obstante la oscuridad reinante, el sector próximo a la entrada de la cueva se veía claramente. Pudo así verificar el marino que se habían aproximado peligrosamente a ella. Gritó:

—¡Detener las máquinas!

El ensayo era un éxito. La nave respondía dócilmente y el exiguo grupo que la tripulaba cumplía con presteza las maniobras dispuestas.

Luego de una segunda inspección general, el submarino volvió a la superficie y, movido por sus motores diesel, tornó al apostadero. Cuando la última amarra quedó en su sitio, la pequeña tripulación rompió en un cerrado aplauso. Alguno incluso hubiera dicho que el viejo submarino, resucitado, cabeceaba satisfecho.

Una vez fuera de la caverna, Juan creyó oportuno cumplir una ceremonia postergada. Varias veces había contemplado la posibilidad de llevarla a cabo, resolviéndose ahora en forma afirmativa. Se dirigió a Spiegel y le dijo:

—Don Günther, tenemos que decirle algo. Pero, antes, acompañenos arriba.

La respuesta del alemán fue una muda interrogación. Y, todos, se encaminaron hacia un punto situado sobre el acantilado, algo a la derecha con relación al golfo. Allí encontraron un montículo de piedras, coronado por una cruz que miraba al mar. Juan se quitó la boina y, dirigiéndose a Spiegel, informó:

—Esta es la tumba del Comandante Rudolf von Lichtenauer.

Lo miró don Günther, sorprendido.

—¿Se acuerda que, la primera vez que recorrimos el submarino, nos quedó una cámara por visitar pues estaba cerrada con llave? Nosotros entramos después a esa cámara: era la del capitán. Y allí encontramos sus restos. Estaba envuelto en la bandera de su patria y tenía esta pistola cerca de la mano— explicó Juan, golpeando suavemente la *Walther* que llevaba en el cinto.

Günther Spiegel se descubrió, sacándose el gorro de lana negra que lo abrigaba. Adoptó la posición de *firmes* y clavó los ojos en el

sepulcro rudimentario que amparaba el sueño de su antiguo jefe. Guardó silencio por un rato y dos gruesas lágrimas le resbalaron por la cara curtida. Murmuró algo en alemán, seguramente una oración aprendida en la niñez y, luego, ya en forma inteligible, se le oyó decir:

—Duerma en paz, Comandante. El cabo Spiegel lo saluda. En homenaje a su memoria el U-987 volverá a navegar y volverá a combatir. Adiós, mi Comandante.

El viejo marino se secó las lágrimas con uno de sus brazos poderosos, humedeciendo las anclas, las sirenas y las goletas azules que lo adornaban. Se encasquetó el gorro, dio media vuelta y, en silencio, comenzó a bajar el acantilado.

XII

RUMBO AL OBJETIVO

—Me gustaría volver a inspeccionar ese golfito. Es cierto que vos armaste un lío con los tiros que tiraste, pero también es posible que la gente que estaba allí no vuelva más después de eso... Tienen que haber sido visitantes ocasionales y se les han de haber pasado las ganas de meter la nariz donde nadie los llama... Al fin de cuentas el lugar parecía muy adecuado para nuestros fines— dijo Prometeo Carnotti al Chino Barraza.

—Cuando guste, jefe —aprobó el Chino— Y esta vez podríamos viajar por tierra.

—Mañana iremos para allá.

Este diálogo tenía lugar un 30 de marzo, a eso de las 11 a.m.

La detención de Martín conmovió finalmente a los habitantes de Caleta Timerman. Si bien se trataba, como sabemos, de una localidad enclavada en las últimas fronteras de la civilización y poblada en buena medida por aventureros, embotados muchos de ellos por la soledad y el alcohol, no por eso faltaba allí buena gente. Ejemplo de ello era la presencia de los padres de Fortunato, del turco Salmún (un negociante hábil que, sin embargo, no era partícipe de las maniobras de los contrabandistas, aunque en su almacén se vendieran motocicletas que éstos introducían), del sacerdote salesiano que cada tanto llegaba hasta el pueblo, de varios estancieros vecinos, de la parentela de Teófila y de la de don Santos.

Y hasta esa gente había llegado, con demora, la noticia del arresto de aquel ex militar a quien todos respetaban y a cuya familia apreciaban, no resultando convincentes las razones que se filtraban para justificar la detención. Desmond Ferguson, por otra parte, se encargó de difundir versiones bien diferentes, según las cuales la mano de los contrabandistas no resultaba ajena al suceso. De modo que un sordo malestar comenzó a cundir en Caleta Timerman y, cuando alguna vez el hombre de SPARTACUS se dejó ver por las calles, sólo encontró rostros hostiles en torno suyo.

Toda relación se había interrumpido entre Igor Bolchev y Martín, ya que aquél llegó a temer seriamente por su integridad física en caso de ponerse nuevamente al alcance del prisionero, cuyo talante habíase tornado decididamente amenazador. Para llenar sus jornadas interminables, el preso rezaba el rosario y leía. Entre sus lecturas se contaban *La Guerra de las Galias* y *Don Quijote*, Homero y Marechal, Lugones y Lartéguy.

El 30 resultó una fecha llena de agitación para Juan y sus compañeros de aventura. En la madrugada del día siguiente llegarían a pie hasta la ruta, debiendo recorrer una distancia considerable. Allí los recogería don Günther con su *Unimog*, en el cual ya vendría Fortunato. La elección del horario de partida obedeció a que el alemán consideró prudente abandonar la gruta durante la bajamar, navegando semisumergidos y perforando para ello el telón de algas que disimulaba el ingreso a la caverna.

Existían en "Las Bardas" varios paños de carpa, utilizados por la familia para acampar en oportunidad de hacer excursiones prolongadas, que constituían un programa bien recibido por todos. En esos paños fueron acondicionadas las provisiones para el viaje, a razón de un bulto por cabeza.

Juan, Patricia y Fernando recogieron sus prendas más abrigadas. Las conservas guardadas en la despensa fueron literalmente saqueadas. Cada uno empacó sus botas de goma, muy indicadas para el caso, según les explicara don Günther. Linternas, barras de chocolate, yerba, fósforos, rosarios, camperas impermeables, pasaron a formar parte de su equipo. Mantas había en el submari-

no: mantas grises marcadas con un águila y el número 987.

Jenny ya era diestra en el manejo de la radio y, en varias oportunidades, había tomado contacto con los lejanos colegas de Fernando, debidamente presentada por éste. Así, en días sucesivos, fue familiarizándose con Angel, un andaluz de Málaga; Rodney, sudafricano de Pretoria; Tomás, venezolano de La Guayra; Habib, marroquí de Casablanca; Anonio, filipino de Manila; Ingrid, una danesa; Toshiro, japonés; Bob, norteamericano de Nueva York residente en Chicago; Gustavo, un porteño radicado transitoriamente en Roma. También se contaban argentinos residentes en el país entre los amigos de Fernando: Jorge, en Buenos Aires, amigo a su vez de los periodistas Héctor y José Luis; Merceditas, en Corrientes; Carlos Ignacio, en Mendoza; Buby, en Salta; Pablo, poblador del suburbio capitalino de Villa Madero.

Poco después del almuerzo —que se había desarrollado en medio de largos silencios y comentarios forzosamente triviales—, los preparativos para la travesía estaban concluidos. Juan pasó revista cuidadosa al contenido de cada bulto y dio una vuelta por la casa, fijándose en múltiples objetos y calculando su eventual utilidad para la aventura. Desechó tomar el Winchester de su padre y una canasta con elementos de costura que utilizaba su madre, si bien consideró la posibilidad de llevarlos. Recogió en cambio un botiquín y, cayendo en la cuenta de algo, se dirigió al altillo y, allí, hurgó en un baúl hasta dar con una bandera argentina de guerra, signada por el sol. Hizo un bollo con ella —sabía que las banderas no se pliegan— y la guardó en su bolso. Acababa de hacerlo cuando se presentó Ignacio.

—Quiero ir —dijo.

—Gracias, Ignacio. Usted es un valiente. Pero su lugar está acá.

—Acá no hay nada que hacer. Acá están las mujeres. Quiero pelear.

—Alguna vez podrá hacerlo. Cuando sea más grande. Usted sabe que en las guerras hay tropas de vanguardia y tropas en retaguardia —utilizaba Juan un lenguaje complicado y reiteraba el trato *de usted* para imponerse al chico. —Hoy su misión está en la retaguardia; mañana podrá estar en la vanguardia.

—¿Y cuál es mi misión? —preguntó Ignacio, nada convencido aunque tampoco dispuesto a reconocer que era poco lo que había entendido de la arenga de su hermano.

—Ayudar a su madre, ahora que papá no está. Ya se lo dije antes. Y ayudar a Jenny.

—A-vos-te-gusta-Jenny —silabeó el mocoso, clavando en Juan una mirada acusadora. Este, tocado por la observación, explotó:

—¡Cállese, soldado! Y cumpla las órdenes sin hacer comentarios. Puede retirarse.

Ignacio obedeció de mala gana, considerando la posibilidad de amotinarse.

—¿A qué hora quiere que salgamos para el golfo? —inquirió Barraza a Carnotti, al anochecer de ese mismo día.

—Y... a media mañana.

—¿Lo busco con el auto?

—Más vale llevemos la pick up... habrá que desviarse de la ruta y hacer un trecho largo caminando.

—Está bien.

Juan y Patricia durmieron mal aquella noche. La excitación de la partida los mantenía desvelados. Imaginaba el muchacho las alternativas que podrían presentarse, los inconvenientes capaces de llevar el proyecto al fracaso. Le resultaba evidente que las líneas generales del plan habían sido repasadas con esmero, pero no ignoraba que muchos cabos quedaban sueltos y les obligarían a improvisar sobre la marcha. Una vez más puso la empresa en manos de Dios y dormitó a ratos: cuando lograba amodorrarse, mil sueños subían desde su inconsciente y en ellos se mezclaban el submarino, escenas de batallas navales, la imagen de su padre bañándose en las Malvinas y los ojos luminosos de Jenny Ferguson. En cuanto a Patricia, sentíase embargada por esa ansiedad agri-dulce que precede a los viajes, si bien no pesaba sobre ella la responsabilidad del mando; suponía confiadamente que todo estaba bien dispuesto y, más que en las peripecias del *raid*, pensaba en el regreso, que descontaba triunfal. Fernando dormía como un tronco.

A las cinco de la mañana Juan estaba en pie. Quince minutos después, despertaba a sus hermanos. A las cinco y media se deslizaban silenciosamente por la puerta de servicio, luego de recoger

en la cocina un termo lleno con café caliente, preparado de antemano, y algunas galletas. Salieron a la noche sin estrellas. Terminaban de hacerlo cuando, tras ellos, se abrió nuevamente la puerta y una figura recortóse en el vano. Los tres expedicionarios contuvieron el aliento, mientras sus corazones palpitaban aceleradamente.

La figura avanzó hacia ellos. Y Jenny Ferguson, envuelta en un poncho, los abrazó uno por uno, despidiéndolos. Luego volvió a entrar, sin decir palabra.

Cargados con sus avíos marcharon los hermanos rumbo a la ruta. El camino era largo y la oscuridad completa. Hacía frío.

Caminaron más de una hora y media. Los bultos pesaban y faltaba mucho para que amaneciera. Cuando, por fin, alcanzaron el afirmado, se protegieron tras unos matorrales y resolvieron desayunar, a la espera de Spiegel. El café los reconfortó y, poco después, vieron en la distancia los faros de un vehículo. Juan recomendó:

—Manténgase ocultos hasta asegurarnos que es don Ghünter. Aunque no parece probable, algún otro podría pasar.

Así lo hicieron. Dadas las ondulaciones del terreno, la luz de los faros aparecía y desaparecía a intervalos. Una vez que ésta se aproximó, advirtieron que el rodado bajaba la velocidad al mínimo, pudiendo por último verificar que se trataba, efectivamente, del *Unimog* de Spiegel. Salieron entonces de tras las matas, dejándose iluminar por los focos. El *Unimog* se detuvo.

—Buen día, don Günther; buen día, Fortunato.

—Buenos días, muchachos.

Una luminosidad leve comenzaba a extenderse hacia el naciente, sirviendo de fondo al perfil de los médanos que bordeaban el mar. Descendió Fortunato para ayudar a cargar los bultos y dijo:

—Que Patricia suba adelante. Los varones vamos en la caja.

Disponíanse a partir cuando dos personajes hicieron su inopinada irrupción, sembrando la alarma primero, el desconcierto después y suscitando el enojo de Juan finalmente. De entre otro grupo de matorrales apareció Ignacio, acompañado por "Catriel", uno de los perros de "Las Bardas", de revuelta pelambre y raza indefinida.

—¡¿Qué hace usted aquí, Ignacio?! ¡Le voy a romper el alma!
—bramó Juan.

—Los seguí. Voy con ustedes —respondió el chiquilín, inmutable. Había optado por el amotinamiento.

—¡De ninguna manera! ¡Se vuelve a casa ya!

Advirtió Juan sin embargo que su orden, aún en el caso poco probable que fuera acatada, traería problemas múltiples: no podían dejar que un chico de cinco años caminara horas, solo, por un paraje desierto, haciendo un largo trayecto antes del amanecer. Por otra parte, su llegada a casa —supuesto que llegara— pondría prematuramente en descubierto toda la aventura. De cualquier modo, Ignacio ni se movió de su lugar, permitiéndose incluso deslizar una amenaza, chantagista consuetudinario:

—Si vuelvo, cuento.

La perplejidad ganó a los demás integrantes del grupo. Fue Fernando el que, aceptando la realidad de los hechos, aconsejó por fin:

—Juan, qué le vas a hacer. Dejalo venir.

Rezongó Juan:

—Enano de miércoles. Sólo servirá para estorbo... ¿Y si algo sale mal? ¿Que les digo a papá y mamá?

Ahora fue don Günther el que terció:

—No tenés salida, Hans. Que suba el chico.

Subieron todos. Cuando el vehículo se ponía en marcha, "Catriel" pegó un salto y también se instaló en la caja. Juan, resignado, no protestó siquiera. Con fastidio, en son de queja, apenas murmuró, dirigiéndose a Ignacio:

—Buena la hiciste.

Pero, muy en el fondo de su espíritu, reconoció el valor que entrañaba la decisión del hermano menor: el chico tenía temple.

A media mañana salieron de Caleta Timerman, rumbo al golfo, Prometeo Carnotti y el Chino Barraza. Casi al mismo tiempo Juan y los suyos se desviaban de la ruta, rumbo al mismo lugar. Avanzaron con el *Unimog* hasta donde lo permitieron los accidentes del terreno. Cuando ya no fue posible hacerlo, ocultaron aquel en un estrecho cañadón y prosiguieron caminando. Todavía faltaba para que se iniciara la bajamar.

Graves dificultades encontró Jenny Ferguson para justificar la ausencia de Juan, Patricia y Fernando. Dificultades que previó aumentarían, al percatarse de que tampoco aparecía Ignacio y que "Catriel" brillaba por su ausencia. Adujo Jenny, vagamente, una excursión planeada a último momento, de la cual no había formado parte por sentirse indispuesta. Cristina aceptó a medias la explicación pero, sin detenerse a considerar el caso, dejóse atrapar por sus intensas actividades matutinas, eficazmente secundada por la muchacha.

Una vez que el descenso de las aguas les franqueó la entrada, los tripulantes del U-987 ingresaron a la caverna, dirigiéndose hacia el submarino. Ignacio observaba las novedades que se ofrecían a sus ojos con aquella naturalidad con que los chicos asimilan los permanentes descubrimientos que la vida les va brindando. Encabezada por Juan y cerrada por "Catriel", la reducida comitiva recorrió el resalte de piedra que circundaba la cueva, por sobre el nivel del mar.

Acomodaron sus cosas abordo y Fortunato inició una larga verificación del instrumental, interpretando con Spiegel la información que el mismo les suministraba: baterías a plena carga, tanques de combustibles llenos, timones sensibles. Se procedió luego a bajar el periscopio y rebatir las antenas que sobresalían de la superestructura. Fueron clausuradas las escotillas, quedando solamente franca la que coronaba el cono trunco de la torreta. Rato después, el casco vibraba a influjos del andar de los motores diesel. Todo estaba listo para zarpar.

Una emoción inevitable embargó al grupo cuando se soltó la última amarra y, obedeciendo órdenes de Spiegel, las máquinas del sumergible lo fueron alejando lentamente del muelle.

Eran casi las 3 p.m. y comenzaba la travesía hacia Puerto Argentino, unánimemente llamado Port Stanley por entonces.

Carnotti y el Chino Barraza viajaron a buena velocidad. Cuando estimó hallarse aproximadamente a la altura del golfo, aquél preguntó a su subordinado:

—¿Vos sabés donde tenemos que desviarnos hacia el mar?

—La verdad es que nó, don Prome. Pero lo puedo calcular más o menos.

—Bien digo yo: no servís ni para ver quién viene. Bueno, según tu cálculo ¿no estamos llegando?

—Siga otro poco. Se me hace que es más adelante.

Un par de leguas habrían recorrido cuando el Chino dijo:

—Por aquí me va gustando. Doble a la izquierda.

Poco pudieron avanzar fuera del afirmado. Los neumáticos de la camioneta giraban sin poder afirmarse en la arena suelta, cien-cienta.

—Vamos a tener que seguir a pata, jefe.

—De acuerdo. Pero ¿estás seguro que saldremos al golfo?

—Y, seguro, lo que se dice seguro, no estoy. ¿Qué tal si nos separamos un poco? Caminemos sesgueado, yo tirando a la derecha y usted volcado a la izquierda: cuando llegemos arriba de los médanos vamos a ver, entre los dos, una lonja más larga de costa.

—Bien pensado. A ver, dame un trago. Porque estoy convencido de que trajiste la petaca.

La presunción de Carnotti era exacta. Extrajo Barraza su frasco de grappa de bolsillo y se lo alcanzó al superior. Bebió éste despaciosamente y, al devolverlo, recomendó:

—No chupés mucho, Chino, que después hacés macanas.

—Descuide, jefe.

Ambos hombres se separaron, encaminándose en forma oblícua y divergente hacia el mar.

El primero que ganó la cresta de los médanos fue Barraza, comprobando que su estimación había resultado aceptablemente acertada. Muy cerca del punto donde se encontraba y un poco más hacia el sur, la escarpadura del golfo mordía el acantilado. Pero algo que observó en él lo llevó a quedarse con la boca abierta, pasmado.

El submarino se aproximaba lentamente a la entrada de la gruta. Spiegel gritó:

—¡*Achtung!* ¡Detener máquinas diesel! ¡Poner en marcha motores eléctricos! ¡Timones de profundidad a quince grados!

Se había considerado conveniente, en efecto, salir de la caverna utilizando los motores eléctricos, dada la suavidad de su andar, y

con la nave sumergida a medias, cosa de permitir la observación visual directa durante tan difícil maniobra.

El estruendo de las diesel fue reemplazado por el zumbido suave que producían las máquinas eléctricas.

—¡Timón a estribor, diez grados!

Enfiló el sumergible hacia la salida, mientras se hundía paulatinamente. A contraluz colgaban las algas, tamizando la luz del día.

—¡Timón a babor! ¡Velocidad mínima!

Dirigido con exactitud, el buque siguió su avance. Cubrían las aguas buena parte de la torreta, desde cuya parte superior don Günther guiaba las operaciones. La proa, sumergida, traspuso el dintel de la cueva. Cuando la torre alcanzaba el telón de algas, Spiegel se agachó, hurtando el cuerpo, y aquella atravesó la cortina vegetal, saliendo a cielo abierto: un revoltijo de hojas y tallos quedó enredado en la torreta. No obstante ello, una vez que el submarino lo hubo perforado, el velo que recataba la caverna se recompuso, sin mostrar señales del paso de la nave.

—¡Emerger por completo! —dijo el alemán. —Continuar navegación en superficial! ¡Detener motores eléctricos! ¡Diesel en marcha!

El U-987 se deslizó por la aguas del golfo. Varios pájaros abandonaron chillando sus refugios en las rocas. Recorrer el canal que vinculaba el espejo interior con el mar abierto no ofrecía dificultades mayores ya que el ancho del mismo era suficiente, grande su profundidad y su extensión reducida, prolongándose su cauce más allá de la rompiente: además, el tramo sería cubierto navegando en superficie.

El asombro de Barraza se explicaba. Allí, ante sus ojos desmesuradamente abiertos, un submarino cruzaba lentamente las aguas del golfo. Para darse ánimo empujó la petaca un largo rato. Miró de nuevo: el submarino seguía allí, dirigiéndose hacia el canal de acceso. Hizo señales con los brazos, indicando a Carnotti que se acercara. Prometeo estaba lejos pero lo vio, entendiendo que su subordinado había dado con el golfo, y marchó a reunirse con él.

Una vez superado el canal de acceso, traspuesta la rompiente y seguro de contar con las brazas necesarias bajo la quilla, don Günther ordenó una nueva prueba de inmersión. Antes de cerrar la escotilla, echó una mirada en torno. Y, cosa curiosa, le pareció divisar la silueta de un hombre allá lejos, en lo alto del acantilado. Momentos después, la nave se hundía sin dejar rastros de su presencia.

Cuando Carnotti llegó hasta donde estaba el Chino, encontró a éste demudado.

—¡Allá, allá! —repetía, indicando la salida del golfo que se extendía a sus pies.

—Sí, ya sé. Encontraste el golfo. Pero esa no es razón para agitarte así.

—¡Allá, allá! —insistía el Chino— ¡Un submarino! ¡Allá! —Y, sin más, trasegó otro trago de la petaca.

—¿Un qué...? ¡Ya te mamaste otra vez!

—No, jefe. Allá abajo: un submarino.

—¿Un submarino? Estás loco. Allá abajo no hay nada.

Nada, en efecto, había allá abajo.

—Lo ví, don Prome, lo ví. Un submarino. Estaba ahí...

—No hay caso: a vos te cae mal acercarte a este lugar. Chupás. Ves visiones.

Las alteraciones que su proximidad producía en Barraza determinaron que Carnotti cobrara una decidida mala voluntad al golfo y sus contornos. Resolvió en su fuero íntimo que no era aquél el sitio conveniente para las operaciones de la banda. Sin embaño, a fin de justificar el largo viaje, decidió bajar hasta la playita que se veía abajo y completar la inspección del paraje.

Cuando, en la playa, Prometeo Carnotti vio numerosas huellas de pasos, sintió confirmadas sus aprensiones y, sin más, dispuso el regreso inmediato.

—Vamos —dijo secamente. —Este lugar no me gusta.

—Vamos, jefe. Como usted diga. Pero al submarino yo lo vi.

—Sí. Y también viste a los soldados del Gobernador de la Isla. Apestás a grappa. Si tomaras menos no verías tantas cosas.

Concluída la nueva prueba de inmersión, el sumergible volvió a la superficie. El acantilado se difuminaba en la distancia. Impulsado por sus máquinas, el U-987 puso proa a las Malvinas.

XIII

EN EL ATLANTICO SUR

Atardecía. Luego de una jornada desapacible, el sol se había dejado ver por fin, brillando desde una estrecha faja de cielo despejado que lindaba con el horizonte del poniente. Integrado a ese horizonte, el continente era una línea apenas más oscura que el mar.

—Mañana tendremos buen tiempo —se dijo Juan, de vigía en la torreta del submarino.— Aunque uno nunca sabe— agregó para sí—, aquí el clima cambia rápidamente.

Con un par de prismáticos pertenecientes a don Günther oteaba el muchacho la redondez del océano. Si bien esa tarea la realizan normalmente dos personas mientras un sumergible navega en superficie, reservándose una de ellas el sector de babor y la otra el de estribor, la reducida dotación del U-987 no permitía tal despliegue. En un momento dado, Juan puso en duda la conveniencia de cumplir tal tarea, señalando Spiegel al respecto:

—El submarino es un pez ciego. El mar será muy grande pero, a veces, en él hay choques... Además, no podemos dejar que nadie nos descubra.

La necesidad perentoria de arribar sin ser advertidos impuso el plan de navegación: lo harían en superficie toda la noche a fin de aprovechar la mayor velocidad y escaso consumo de las máquinas diesel que, si bien pueden utilizarse bajo el agua empleando para ello el *schnorkel*, sufren las alteraciones que el romper del oleaje contra dicho aparato produce en sus escapes. Durante el día siguiente estaba previsto avanzar poco, manteniéndose sumergidos

el mayor tiempo posible y empleando preferentemente los motores eléctricos. En esa fecha, 1º de abril, emergerían pocas veces para renovar el aire y corroborar la exactitud del rumbo, luego de comprobar al través del periscopio que ninguna otra embarcación estuviera próxima. En la noche del 1º al 2 de abril tendría lugar la aproximación final, dejando a estribor el archipiélago para, luego de un rodeo, acercarse sumergidos hasta Puerto Argentino desde el Nordeste, impulsado el U-987 por sus máquinas eléctricas, cuya escasa vibración le posibilitaría no ser detectado por los mecanismo de escucha que pudieran existir en la isla. Los incursores contaban, además, con que la exigua obra muerta del submarino difícilmente sería registrada por los radares, aún navegando en superficie. Respecto al ataque propiamente dicho, tendría lugar al amanecer del 2 de abril.

El plan descrito tenía la ventaja de estar calculado con la holgura suficiente para absorber demoras inesperadas, mientras las mismas no resultaran demasiado prolongadas. En cuanto a la hora fijada para entrar en acción, obedecía a que el sol estaría en esos momentos levantándose a sus espaldas, de modo que el periscopio y la pequeña estela que deja a su paso se confundirían con los reflejos del agua... siempre que hubiera sol esa mañana.

—¿Y si no encontramos ningún barco sobre el cual disparar? —se había preguntado Juan varias veces. —Bien, en tal caso— habíase respondido— Nos reduciremos a dañar el muelle. Pero siempre hay algún buque en Puerto Argentino, generalmente de guerra.

Volvió a recorrer Juan el horizonte con los prismáticos. El océano estaba desierto y un borrón rosado indicaba el lugar por donde se había puesto el sol.

Llegada la noche resultaba ya imposible para Jenny Ferguson ocultar a Cristina el paradero de sus hijos. El retraso en regresar de aquella excursión tan poco convincente tenía a la madre sobre ascuas y, para explicarlo, tejía mil hipótesis más o menos trágicas. De modo que la muchacha estimó llegado el instante de tomar el toro por las astas y ponerla al corriente de todo. Cumplir este cometido llenaba de desasosiego a Jenny.

—Cristina, tengo que hablarle —dijo por fin— Vamos afuera.

La manera de entrar en materia no pudo menos que sorprender a Cristina quien, sobresaltada, siguió a la chica.

—Lo que tengo que decirle es realmente importante y, para usted, completamente inesperado.

—¡Por Dios! ¿Qué pasa?

El relato fue conciso. Cristina, de tanto en tanto, cerraba los ojos, meneaba la cabeza y se oprimía las sienes con los dedos, pidiendo algunas aclaraciones pero, en general, seguía la narración sin hacer preguntas, con dolorosa atención. Cuando Jenny hubo concluído, quiso saber:

—¿Y qué tiene que ver Ignacio con esta locura?

—No sé. Aunque presumo que ha seguido a sus hermanos y ellos no se lo pudieron sacar de encima.

—¿Y vos, m'hija? ¿Cómo consentiste un disparate así?

—No podía defraudar la confianza que me demostraron al contarme lo que se preparaba.

—¿Por qué no me lo dijeron antes?

—¿Los hubiera dejado ir?

—No.

—Además —siguió Jenny —¿Está segura que es un disparate?

Eludió una respuesta la madre de los expedicionarios, comentando sin embargo en son de reproche:

—Justo ahora, cuando no está Martín. Me dejan sola y al disgusto de tener el marido preso suman el de enterarme que tengo cuatro hijos metidos en una aventura que nadie sabe cómo puede terminar. Pensá que han iniciado una guerra por cuenta propia. Una guerra donde su bando está formado por cinco chicos y un viejo.

—Agréguele un perro. A "Catriel" no lo veo desde esta mañana —apuntó Jenny, con una punta de humor.

—Bien, me rectifico. Cinco chicos, un viejo... y un perro, han iniciado una guerra contra Gran Bretaña... Heredaron el carácter de su padre. Martín jamás les hubiera permitido hacerlo pero, cuando lo sepa, y una vez que se haya desahogado, sé que en el fondo tendrá una satisfacción inmensa. Son locos... Tengo una familia de locos... Una familia de locos que no cambiaría por ninguna otra... Muy bien, hagamos lo único que podemos hacer ahora: rezar.

—Yo lo estoy haciendo desde hace días. Y lo seguiré haciendo.

Pero esta noche, a las diez en punto, también voy a ayudar de otro modo. Trataré de captar el primer mensaje del submarino.

En la torreta del U-987 se había producido un cambio de guardia, siendo Patricia la que allí se encontraba, asestados los prismáticos a las sombras de la noche. Casi nada veíase en torno. Sólo alguna estrella aislada asomaba por los desgarrones de las nubes. Una mancha clara aparecía allá adelante, donde la proa rompía las olas levantando borbollones de espuma. Cuando un golpe de mar tomaba la nave de través, las salpicaduras alcanzaban a Patricia, dejando en sus labios un gusto salado.

—Lindo baile —pensó la chica.— Pero, si salimos de esto, ya tendremos algo para contar el resto de nuestras vidas.

Fortunato estaba encargado de los motores eléctricos, que en esos momentos se mantenían inactivos, aprovechando tal circunstancia para ajustar el buje de una bobina.

Günther Spiegel controlaba la marcha de las máquinas diesel. En el lugar donde éstas se hallaban, colocadas paralelas y dejando entre ellas un pasillo estrecho, el calor era casi insoportable y el ruido ensordecedor. Sendos controles indicaban el número de revoluciones por minuto, encargándose el alemán de mantener los motores en un ritmo constante, para lo cual aceleraba o demoraba su andar de tanto en tanto.

Fernando se ocupaba de fijar y sostener el rumbo. En la Sala de Cartas —un recinto tan reducido como los demás con que contaba el buque— hacía complicados cálculos con un compás sobre el mapa que, un día, utilizara el Comandante von Lichtenauer. Previamente, aprovechando un rato en que el cielo estuviera relativamente despejado, había fijado la posición mediante el empleo de un sextante y usando como referencia una de las *Tres Marías*. Atento a la aguja de la brújula, transmitía breves indicaciones, en virtud de las cuales Juan corregía la dirección del sumergible.

Juan, en efecto, se hallaba entonces a cargo de los timones, tanto de los que establecían la dirección como de los que se empleaban para variar la profundidad.

Tampoco Ignacio estaba ocioso. Chasqui veloz, circulaba de un sector a otro, eludiendo tuberías y aparatos, trepando escale-

rillas para llevar mensajes o para alcanzar los mates que cebaba con mejor intención que pericia.

“Catriel” que, con absoluta tranquilidad, entrara al submarino de un salto, descendiendo a las entrañas del navío sin dificultades aparentes, dormía en una de las cuchetas, gruñendo en sueños de cuando en vez.

No obstante la distribución básica de responsabilidades que se desprende de lo dicho, a ratos se alternaban las funciones que cada cual desempeñaba, efectuando don Günther giras de inspección.

El aspecto de quienes componían la reducida dotación resultaba pintoresco. Mientras trabajaba en la Sala de Máquinas, Spiegel lo hacía en camiseta, metido hasta las cejas su gorro de lana negra y calzando un par de pantalones impermeables cuyo color habíase esfumado bajo superpuestas manchas de grasa y combustible; para dirigirse a cubierta se enfundaba en un *sweater* azul oscuro, sobre el cual colocara la parte superior de un traje de aguas amarillo; prendida al pecho, lucía la Cruz de Hierro.

Juan llevaba bombachas y botas de goma, un pulóver de cuello alto que formara parte del equipo militar de su padre, y campera de lona verdeoliva: el puñal colgaba de su cinturón y no había abandonado la *Walther* del Comandante. Patricia tenía puestos sus consabidos *blue jeans*, *sweater* colorado y un *anorak* negro con franja celeste, diseñado en realidad para esquiar. Fortunato, metido en su *mono* de mecánico, se abrigaba con una tricota gris y un saco de cuero, veterano de muchos inviernos. Fernando, con patalón de franela y saco azul, arropaba el cuello con una bufanda a cuadros y, discordante, se había puesto un birrete de reserva. La facha de Ignacio es difícil de describir, bastando recordar, para imaginarla, que habíase vestido a oscuras con lo primero que le cayera a mano, de suerte que aquello era una mezcla caótica de prendas diversas, mal abotonadas: los faldones arrugados de la camisa escapaban de un pantalón a media asta, cuyas botamangas se perdían en las cañas de unas botas, sustraídas a Martín Segundo —el tragaldabas— y que, por ende, resultaban grandes para los pies del precoz grumete.

Minutos antes de las diez de la noche, Fernando abandonó su puesto para encaminarse al transmisor del submarino: intentaría el primer contacto con “Las Bardas”, en la frecuencia y longitud de onda acordadas con Jenny.

Jenny manipuló la radio según las precisas instrucciones de Fernando. Detrás suyo, Cristina seguía sus movimientos, expectante. Faltaban pocos minutos para las 10 p.m.

Fueron primero agudos chirridos y descargas intermitentes lo que dejó oír el aparato. Debido a un ligero error, prontamente corregido, irrumpió en los auriculares el mensaje de un pesquero de altura que comunicaba su posición al puerto de Mar del Plata. Luego, nítidamente, se escuchó:

—U-987 a “Las Bardas”, U-987 a “Las Bardas”, U-987 a “Las Bardas”. Cambio.

—Aquí “Las Bardas”, aquí “Las Bardas”— se apresuró a responder Jenny— Adelante U-987, adelante.

—Navegación sin novedad. Besos a mamá. *Operativo Martín* en marcha.

La misión que llevaba a Juan y sus compañeros hacia las Malvinas había sido denominada por aquél, en efecto, *Operativo Martín*. Varias razones lo habían decidido a bautizarlo así: Martín era el nombre de su padre, cuya promesa se proponía cumplir regresando al archipiélago; Martín es el santo tutelar de la capital del país por el cual se batirían; Martín se llamaba uno de los caudillos que expulsaran a los ingleses en 1807; Martín apélase el jefe salteño que sostuviera la Guerra Gaucha; San Martín, por último, es el apellido del Libertador. Motivos suficientes para justificar la elección de Juan.

Un soldado británico, apostado en la estación de escucha instalada en la base militar próxima a Port Stanley, registró el diálogo mantenido por radio entre un lugar impreciso de la costa patagónica y una embarcación que navegaba mar afuera. Le extrañó ligeramente el tenor del mismo pero, luego de considerar el asunto un momento, le restó importancia. Anotó no obstante en su registro:

“22,04 horas. Comunicación entre el continente y buque en alta mar de identificación dudosa.”

También un mercante noruego captó la emisión, sin conferirle relevancia alguna.

Martín procuraba dormir en el sillón que, para ello, le permitía utilizar el Sargento, en su despacho del Destacamento de Caleta Timerman. No podía conciliar el sueño. Una intranquilidad peculiar lo desvelaba, diferente a aquélla que le consumía desde su detención. Algo le anunciaba que graves sucesos estaban por ocurrir, si bien no podía fundar tal corazonada en ningún dato concreto.

Igor Bolchev concluyó su informe, que despacharía al día siguiente. El Director Adjunto de SPARTACUS ya se había preguntado, esa tarde, por la suerte del agente que enviara a una remota localidad del sur argentino, vacilando incluso respecto a la justificación de los gastos que ello irrogaba, comparados con el escaso relieve del sujeto a investigar. Acalló por fin sus escrúpulos, concluyendo que toda acción encaminada a castigar un represor, a un enemigo presente o pasado del orden socialista, encontraba en su objeto razón suficiente y autorizaba cuanto desembolso se realizara en consecuencia.

Jenny Ferguson cerró el contacto radial con un:

—Comprendido U-987. Suerte y fuera.

Cristina había asimilado la impresión recibida. Si bien la angustia que le produjera conocer los riesgos que sus hijos estaban corriendo no disminuía, su corazón de madre comenzaba a atender los argumentos que le dictaba el patriotismo y a ceder al respeto que, como mujer bien nacida, le inspiraban los grandes gestos.

Juan ocupaba ahora el puesto de vigía en la torreta del submarino; Patricia operaba los timones.

El U-987 se deslizaba silencioso por un mar algo picado, bajo el cielo negro. La vibración de sus máquinas estremecía ligeramente

el casco, que brillaba con oscuros reflejos cuando la luna se dejaba ver entre los nubarrones. Sin descuidar sus funciones de centinela, Juan estaba absorbido por pensamientos diversos.

Comprendió al pronto el origen y raíz de tantas leyendas marineras. La soledad de un hombre rodeado por el inmenso océano durante muchas horas, la movilidad de las aguas tenebrosas que se funden y confunden con cambiantes celajes, un vago temor a lo desconocido creciendo en las profundidades del ánimo, determinan —combinados— que el espectador solitario pueda asegurar, sin vacilaciones, haber sido testigo de las escenas más fantásticas. Al aproximarse la medianoche Juan no se habría asombrado si, ante sus ojos, hubiera cruzado *El Holandés Errante*, ingrávito y fosforescente, alcanzando sus oídos los gritos pavorosos del capitán maldito. Recordó a tantos que, años atrás, ocuparan el puesto donde él se hallaba, patrullando en la borrasca del Mar del Norte o bajo las brillantes constelaciones ecuatoriales; imaginó súbitas órdenes de inmersión frente a la embestida de un destructor aparecido de entre la niebla o el avance veloz del sumergible en procura de algún convoy detectado por sus compañeros de flotilla; peligrosas navegaciones por zonas minadas y jornadas de calma, aprovechas éstas por la tripulación para respirar a pleno pulmón, tomar sol y lavar sus ropas saturadas de olor a petróleo.

Siguió luego analizando aspectos de su propia aventura. Y llegó así a la conclusión de que, subconscientemente obsesionado tan sólo por el éxito de la empresa, los detalles posteriores al ataque no habían sido suficientemente repasados. Confiaba, en grandes líneas, que la sorpresa jugaría favorablemente, permitiéndoles retirarse del teatro de operaciones antes que los mecanismos defensivos estuvieran en condiciones de reaccionar. Don Günther había propuesto que, a fin de desconcertar al enemigo, abandonaran la bahía para, de inmediato, en vez de proseguir hacia alta mar, arrimarse a la costa y, muy cerca de ella, hacer reposar la nave sobre el fondo, con los motores detenidos, esperando la noche. Luego, siempre sumergidos, se alejarían cautelosamente.

Hasta allí lo previsto. No estaba claro, sin embargo, qué harían a continuación, fuera de enviar un mensaje radial anunciando el final feliz de la operación, lejos ya del alcance de aviones y destructores. En un primer momento se pensó entrar, directamente, al puerto de Caleta Timerman: Juan prefería ahora retor-

nar al golfo, sobre todo después de haber comprobado que la cortina de algas que disimulaba el acceso a la caverna no había sufrido mayor deterioro al ser atravesada por el submarino, constituyendo aún un embozo eficaz.

—Sí— resolvió el muchacho.— Dejaremos al U-987 donde lo encontré. Ya veremos más adelante si conviene revelar su paradero o mantenerlo en secreto. Claro que, de todos modos, además de la publicidad que Jenny haya dado al ataque, por radio, será necesario difundirlo a la vuelta, de manera que entusiasme efectivamente a los argentinos y que podamos volcar en favor de papá la notoriedad que lograremos: ni SPARTACUS ni los contrabandistas la van a sacar de arriba.

La llegada de Ignacio, llevándole un mate, sacó a Juan de sus cavilaciones. El chico cumplía a conciencia con sus obligaciones y, como para hacer definitivamente las paces, Juan le revolvió el pelo cariñosamente al devolverle la calabaza vacía.

A las cuatro de la mañana, en cumplimiento de los turnos establecidos, Patricia dormía en una de las cuquetas. También dormían "Catriel" e Ignacio, vencido éste por las emociones vividas. Fue entonces cuando, súbitamente, se detuvo uno de los motores diesel.

Don Günther maldijo en alemán y zambullóse de inmediato en la máquina averiada.

—¡Fortunato!— llamó —¡Vení a ayudarme!

El tropiezo trajo desazón a los tripulantes despiertos. Afortunadamente los plazos para el trayecto habían sido calculados con extrema holgura, en previsión, precisamente, de eventuales dificultades. Claro que la reparación podía prolongarse largo tiempo y hasta resultar imposible de llevar a cabo con los elementos de que se disponía a bordo.

—Es un inyector— dictaminó Spiegel. —Voy a desarmarlo.

Cristina pasó la noche en vela, desgranando un rosario tras otro. Usaba para ello uno, blanco, de cuentas plásticas, que Martín llevara al cuello cuando la guerra de las Malvinas. Jenny dormía profundamente, acumulando horas de sueño para el caso de

tener que permanecer en vigilia junto a la radio, a partir del 2 de abril

Prometeo Carnotti se revolvía en la cama, insomne. Le resultaba evidente que Barraza, con tragos de más, había sufrido alucinaciones cuando creyó ver un submarino saliendo del golfo. Pero el Chino mantenía su versión contra viento y marea, con el agravante de que borracho no parecía haber estado. Para aumentar la preocupación del jefe de la banda estaban aquellas huellas que, con sus propios ojos, observara en la playita. Es cierto que nada de eso podía afectar, razonablemente, al negocio de contrabando que llevaban a cabo, pero se trataba de hechos que, por no tener explicación, no dejaban de inquietarle. Con otro agravante: Igor Bolchev no concluía su tarea y en el pueblo comenzaban a correr versiones que vinculaban la detención de Martín con la actividad de los contrabandistas. Ignoraba el origen de tales versiones, aunque le constaba que las mismas circulaban cada vez con mayor insistencia, como si alguien las alimentara exprofeso.

Con la enumeración que antecede no se agotan, sin embargo, los motivos que mantenían despierto a Carnotti: éste, en efecto, advertía que aumentaba la cordialidad existente entre el prisionero y los policías que lo vigilaban.

—Algo va a explotar aquí— murmuró el Delegado Municipal, acometido por un estrechamiento. —Y se me hace que en esa explosión varios podemos volar por el aire.

Comenzaba a clarear y Günther Spiegel no había logrado componer el inyector que determinara la inmovilización de uno de los motores del submarino. Aunque la nave proseguía su marcha, impulsada por el otro, lo hacía de modo mucho más lento que el deseable.

Juan, Fernando y Fortunato, apenas descabezaron sueños breves, a fin de que Patricia prolongara el suyo. Don Günther se mantuvo en pie toda la noche.

Era Fernando quien se encontraba en lo alto de la torreta cuando, con los binoculares, divisó una humareda en dirección sureste. Gritó en seguida:

—¡Buque en el horizonte! ¡Setenta grados a estribor del rumbo!
—¡Inmersión!— fue la orden que, de inmediato, impartió Juan, que repasaba las cartas de navegación.

Spiegel abandonó su trabajo en la máquina averiada y procedió a inundar los tanques, mientras Fernando clausuraba la escotilla donde estuviera apostado. Se oyó cómo el agua llenaba los depósitos, mientras el aire escapaba de ellos con un silbido característico. El U-987 se fue hundiendo, hasta estabilizarse treinta metros bajo la superficie. Volvió don Günther junto al motor N° 1.

Dos horas después, gritó el viejo:

—¡Alcanzar nivel de periscopio! ¡Timones de profundiad a 30°! ¡Mantener el rumbo!

Cumplida la maniobra, Juan levantó el periscopio con la ayuda del mecanismo eléctrico destinado a ello. Bajó los manillares rebatibles que permitían hacerlo girar y aplicó los ojos al visor. Ningún barco aparecía en torno.

El accidente sufrido por la diesel alteraba los planes, demorando el avance. Luego de una breve conferencia se resolvió prolongar los lapsos de navegación en superficie, mientras el alemán redoblaría su esfuerzo para subsanar el daño. La vigilancia, eso sí, habría de cumplirse con particular esmero, a fin de sumergirse en cuanto cualquier presencia extraña implicara el riesgo de ser descubiertos.

Una vez a flote, Spiegel se concedió un pequeño descanso. Sentado en cubierta, cerca de la proa, encendió la pipa que, por largas horas, no había podido fumar. Aspiró el humo con placer, perdida la mirada en el horizonte lejano. Pese a la noche en blanco, pese al tropiezo que significaba la avería sufrida por el motor, pese al desenlace incierto de la aventura, en esos momentos don Günther era un hombre rejuvenecido y feliz.

XIV

FRENTE AL BLANCO

Hacia las once de la mañana compuso el tiempo. Corridas por fuertes rachas huyeron las nubes y el sol brilló en lo alto. Poco después de las doce el motor N^o 1 entró nuevamente en servicio y un rugido de don Günther celebró el suceso.

El submarino se hallaba en superficie y, por un momento, aprovechaban todos el aire vivo del mar —salvo Fernando que, cerca de los timones, mantenía el rumbo— cuando Fortunato, de centinela, pegó el grito:

—¡Miren a la izquierda!— olvidando en el apuro mencionar babor, según correspondía. Tendía el brazo, señalando algo.

En el lugar indicado, relativamente cerca, divisábase a flor de agua lo que parecía el casco invertido de otro sumergible, negro y brillante. Nadie se había repuesto de la sorpresa causada por tan inopinada aparición cuando la misma fue coronada por un penacho de vapor, que subió con fuerza incontenible antes que el morro de una ballena azul surgiera de las profundidades.

Don Günther se precipitó escaleras abajo para detener las máquinas, a fin de evitar en lo posible despertar la curiosidad del cetáceo, no fuera cosa que se le ocurriera iniciar algún juego con su colega metálico, pues los retozos de un monstruo capaz de desplazar tantas toneladas implicaban múltiples riesgos.

Por un rato nadó la ballena próxima al U-987, permitiendo a sus tripulantes observarla a gusto. Hasta Fernando abandonó transitoriamente su puesto para analizar las características del

enorme mamífero que, luego de nadar en arco frente a la roda¹⁰ del submarino, estacionóse brevemente a barlovento¹¹, alcanzando a los expedicionarios el agua pulverizada que expulsaba cada tanto. Por fin, del mismo modo como llegara, es decir sin aviso previo, la descomunal visita se hundió entre las olas, reapareciendo lejos, antes de alejarse definitivamente.

—Tuvimos suerte— dijo Fernando— Hoy día es muy difícil ver una ballena. Casi no quedan.

Antes de las cuatro de la tarde, Jenny Ferguson encendió el aparato de radio. Desde el submarino intentarían ponerse en contacto a esa hora. La recepción era mala. A las 16,14 hs., entre interferencias y descargas apenas pudo oír:

—...Bardas. Atención... sin novedad...

Esas palabras, no obstante, resultaban suficientes para saber que la navegación proseguía. No pudo establecer la muchacha si su "comprendido" había llegado a destino.

Fernando no captó la respuesta, que intrigó en cambio a otro soldado inglés que ahora estaba de escucha en las Malvinas. Más escrupuloso que aquél que cubría guardia la noche anterior, se puso en comunicación con la escuadrilla de vigilancia aérea e informó sobre la emisión capturada por la antena direccional que, incansable, giraba muchos metros por encima de los instrumentos que le estaban confiados.

Tres minutos después, un interceptor a reacción se elevó desde la pista construída en Stanley con posterioridad a la guerra de 1982, enfilando hacia el N.O.

Fue Juan el que registró la presencia en el cielo de aquel pequeño punto que se agrandaba.

—¡Inmersión inmediata!— ordenó —¡Sesenta metros de profundidad!

El submarino comenzó a hundirse con lentitud desesperante.

—Creo que es un avión— aclaró Juan.

¹⁰ Pieza que forma la proa de un navío.

¹¹ Lado de donde viene el viento.

El piloto de guardia recibió con gusto la misión que se le encomendaba. Nada más monótono, en efecto, que aquellas horas pasadas en la carlinga de su *jet*, listo para despegar en cualquier momento. Una salida sobre el mar, fuera de programa, quebraba la rutina.

Descartaba, naturalmente, la utilidad real de esa salida. Desde hacía años los rusos no se mostraban dispuestos a comprometer la concordia universal mediante acciones bélicas: preferían continuar la expansión constante de su imperio por medios pacíficos, pues los sucesivos éxitos de tal política confirmaban las ventajas de su aplicación. Y, fuera de los rusos, ¿quien podría proponerse turbar la plácida presencia británica en el archipiélago? El insólito intento de recuperación por parte de los argentinos, que sorprendiera al mundo poco después de comenzada la década del 80, llegando a poner en peligro los equilibrios forjados por las grandes potencias, se veía a la sazón como un hecho irrepetible. Los sucesivos gobiernos que se instalaran en la república sudamericana se encargaron de restablecer cordiales relaciones con Inglaterra, descalificando aquella patriótica decisión. No obstante ello, para cubrir formalidades ineludibles, las autoridades argentinas formulaban de tanto en tanto alguna declaración reivindicando los derechos del país sobre las islas, si bien cuidando que su tenor no alterara el tono amable que presidía las interminables negociaciones en trámite. De manera que el piloto del reactor daba por cierto que su cometido se reduciría a efectuar algunas evoluciones sobre la zona desde donde, según un soldado a cargo de los sistemas de escucha —un muchacho nervioso y excesivamente formalista, sin duda—, se había llevado a cabo una transmisión radial sospechosa. La fecha que señalaba el almanaque, víspera del 2 de abril, nada decía al piloto.

Volaba éste a 500 metros de altura, oteando por pura fórmula la superficie del mar, que cabrilleaba a la luz de la tarde. Pese a su justificado escepticismo respecto a que alguna causa digna de ser tenida en cuenta justificara su misión de reconocimiento, en un momento dado creyó advertir una forma extraña allá abajo, frente a la nariz afilada del interceptor que conducía. La velocidad del aparato le impidió, no obstante, confirmar esa impresión.

Intentó mirar hacia atrás, luego de superar la zona, pero el sol lo encandiló fugazmente. Resolvió entonces pasar de nuevo sobre el lugar. Dio un largo rodeo y viró sobre el ala derecha, dejando el sol a la espalda.

Descendió el *jet* a 200 metros y seguía bajando mientras se acercaba al punto buscado, a todo gas.

—Apenas nos habremos sumergido unos metros cuando ese avión esté sobre nosotros— había comentado Juan. —Nos pueden ver por transparencia del agua.

Y así había ocurrido, efectivamente, en oportunidad de pasar el reactor sobre ellos. Mientras éste retornaba, el submarino se seguía hundiendo parsimoniosamente.

—¡Diez metros! ¡Doce! ¡Quince!— cantaba Fernando, sin quitar la vista del indicador de profundidad.

—Un avión todavía nos puede descubrir— agregó Spiegel, recordando viejas experiencias.

Una sombra alargada, sumergida a poca profundidad, requirió toda la atención del piloto.

—¡Demonios!— se dijo. —Ahí hay algo. Parece un submarino en inmersión.

Disminuyó la velocidad y, luego de confirmar que los sentidos no lo engañaban, llamó a la base:

—Tom llamando a *mother*. Tom llamando a *mother*...

—Adelante, Tom.

—Sobrevuelo objeto sumergido. Treinta pies de longitud aproximadamente. Parece un submarino. Aguardo instrucciones. Cambio.

—Confirme observación, Tom. Confirme observación.

Otra vez estaba el piloto lejos de la silueta avistada. Ganó altura, viró ahora sobre el ala izquierda y volvió a dirigirse al sitio donde se encontraba la misma. A 300 metros del objetivo sus dudas se disiparon de pronto. Una enorme ballena azul salió a superficie y, como para ratificar su identidad, un surtidor de agua pulverizada se elevó sobre el cetáceo. Aunque no coincidieran exactamente el lugar donde apareciera la ballena con aquel donde el

piloto observara la forma sumergida, admitió Tom su aparente error y comenzó a armarse de paciencia para soportar las bromas con que sería recibido al regresar.

—Tom llamando a *mother*...

—Adelante, Tom.

—Rectifico observación: se trata de una ballena. Cambio y fuera.

El U-987 alcanzó por fin la profundidad deseada y, debidamente estabilizado, permaneció suspendido en el mar, sesenta metros bajo las olas, en espera de la noche. Nunca sabrían sus tripulantes el servicio que les prestara la ballena azul, al solicitar la atención de Tom, el piloto, en sentido equivocado, luego de entrever al submarino en su primera pasada sobre él.

Esa noche, víspera del 2 de abril, eran muy pocos en Buenos Aires quienes se aprestaban a celebrar la fecha. Paradojalmente disponíanse a ello sectores reducidos, ubicados en las antípodas del espectro político: los nacionalistas tradicionales, que habían preparado un número especial de su revista "Tizona y Chuza", de aparición esporádica; y los elementos más virulentos de la izquierda trotskysta, dispuestos siempre a aprovechar cualquier ocasión para trinar contra el imperialismo capitalista. En uno y otro sector se contaban sendas agrupaciones de ex-combatientes que, amen de hallarse agriamente distanciadas, se disputaban la representatividad de quienes lucharan en el archipiélago (a decir verdad, el nucleamiento de ex-combatientes izquierdistas contaba en sus filas tan sólo con un soldado, que había actuado como cocinero y con un Cabo Primero, músico).

El gobierno ignoraba prolijamente la efemérides y la población en general estaba distraída por las pruebas de clasificación para el Gran Premio de automovilismo, que se disputaría en Rabat.

A Martín, en cambio, la celebración del día siguiente no se le pasó por alto; tampoco al Sargento ni al agente Morales, quien

había obtenido una botella de caña para brindar con el preso en la ocasión.

Pamela Ferguson se sumía en cierto ensimismamiento al aproximarse el 2 de abril. Su marido lo vivía como un día más, pues opuestos sentimientos se neutralizaban en su espíritu.

Cristina se propuso colocar la bandera argentina sobre el techo de "Las Bardas", como todos los años. Pero no pudo encontrarla.

A las diez de la noche, Jenny se dirigió a la radio y permaneció una hora junto a ella, sin recibir mensaje alguno. Aunque tal contingencia estaba prevista (Fernando le había hecho saber que no arriesgarían delatar la presencia del submarino en caso de considerarse peligroso ponerse en contacto con ella), no dejó de causarle algún desasosiego.

Después de la aparición del avión, en efecto. Juan decidió que no se harían nuevas transmisiones hasta que, alcanzado el objetivo, se hallaran suficientemente lejos de las Malvinas, en viaje de retorno. De modo que la emisión, provisoriamente planeada para las 22 hs. del 1º de abril, fue cancelada.

El U-987 navegaba en superficie desde que las sombras de la noche se tornaran tan espesas como para ofrecerle una protección adecuada. Los retrasos determinados por la presencia de un buque en el horizonte, la detención que ocasionara con su proximidad la ballena y aquella larga inmersión consiguiente al avistamiento del avión, amén de la avería del motor, fueron compensadas por lapsos suplementarios de avance a flor de agua, durante los cuales funcionaron plenamente las máquinas diesel, sin tener que acudir al empleo del *schnorkel*. Mientras se desplazaron sumergidos, los motores eléctricos respondieron satisfactoriamente. Claro que sin exceder sus bajos toques de velocidad.

La fatiga empezaba a hacer mella en los tripulantes del submarino, salvo el caso de don Günther que, sin haber dormido ni un

instante, aparecía despejado, rozagante, y desplegaba una actividad ininterrumpida; era como si el olor a petróleo, las vibraciones de la nave, el sólo hecho de desplazarse por ella trepando escaleras y esquivando tuberías, el aire mal renovado por los sistemas de ventilación, todo, en fin, hiciera bullir en la sangre del viejo impulsos olvidados.

Ignacio, no obstante haberse dormido varias veces en los lugares más inverosímiles, cumplía esforzadamente las tareas que le eran confiadas: incluso, a ratos, quedó a cargo del periscopio. "Catriel" paseó por cubierta y, con cierta falta de respeto, se permitió levantar la pata y mojar la base del cañón de popa.

Antes de medianoche, Fernando informó que, en cualquier momento, si sus cálculos eran correctos, podrían divisar el perfil del archipiélago en dirección sur-sureste. Los cálculos de Fernando siempre eran correctos.

Nuevamente los turnos habían llevado a Juan al puesto de observación, en la torreta. La noche era espléndida. Un viento fuerte había amontonado las nubes muy lejos, contra el flanco oriental de los Andes y, en el cielo limpio, brillaba una luna menguante cuyos reflejos abrían un camino de azogue entre las olas. Eso permitió que Juan pudiera pronto ver la costa malvinera, como un trazo de tinta que limitaba el mar fundido en plata. Anunció:

—¡Al frente, 45° a estribor, tenemos las Malvinas!

Todos acudieron prestos y durante un largo rato, subyugados, observaron esa tierra entrañablemente querida. Dado que el submarino no podía permanecer al garete, uno por uno fueron retornando a sus lugares. Sólo Juan e Ignacio quedaron en la torreta. Dirigía aquel los binoculares hacia las islas; éste alcanzaba apenas a asomarse por el breve parapeto.

—¡Mantener el rumbo!— gritó Fernando.

La trayectoria del U-987 dejaba la costa muy a su derecha, si bien lo había aproximado a ésta ligeramente. En los anteojos sostenidos por Juan se dibujaba ya el perfil de algunas montañas. Sentíase el muchacho profundamente conmovido desde que avistara las islas en la lejanía: se empezaba a cumplir la promesa de su padre, pues de algún modo, los argentinos habían vuelto al territorio ocupado. Distintas imágenes, escenas diversas, poblaban su imaginación.

Revivió los sentimientos que embargarían al vigía que, en la co-

fa¹² de viejos navíos, divisara por primera vez el panorama que ahora se ofrecía a sus ojos, esfumado en el misterio de un océano desconocido. Evocó navegantes españoles, portugueses, franceses y británicos, arrastradas sus naves por la tempestad hacia las rocas de aquellas islas que aún no figuraban en los mapas, mapas poblados en cambio por nombres fabulosos y donde Neptunos de inflados carrillos soplarían bajo la Rosa de los Vientos. Pensó en rudos pescadores de Saint Maló y en oficiales rubios tocados con tricornios color ciruela; en balleneros y pastores; en lejanos colonos criollos que cabalgarían junto a las turberas del mismo modo que lo hicieran en Santa Fe o en el Tuyú; en la fragata "Heroína" ratificando los títulos de Buenos Aires sobre esas tierras brumosas; en los valeses y minués que volarían desde el piano que tocaba la mujer de Vernet; en el despojo confirmado por la *Union Jack*¹³ flameando al viento austral.

Pero, de modo particularmente entrañable, imaginó Juan la aproximación de los buques de guerra argentinos en una noche igual a esa que vivía, listos los lanchones de desembarco para, en medio de la resaca, ganar las accidentadas orillas; y el arribo de los primeros *Hércules* transportando soldados... soldados entre los que se contaba Martín, su padre. Y las trincheras cavadas en el barro y la espera de la *task force* y los *Sea Harrier* cruzando entre nubes grises y las acciones de San Carlos y *Goose Green* y aviones con escarapelas celestes y blancas saltando las colinas para caer sobre los buques estacionados en Bahía Agradable y los combates del Monte Kent y la capitulación de Puerto Argentino y Martín, herido, llorando de rabia y haciendo una promesa en la bodega de un transporte que lo devolvía al continente...

Apoyó entonces una mano sobre el hombro menudo de Ignacio y dijo:

—Ya ha pasado medianoche y estamos en un 2 de abril, con las Malvinas a la vista. Nunca te olvides de este momento, Ignacio.

El chico aprobó enérgicamente y ambos hermanos continuaron mirando, en silencio, hacia las montañas que aparecían cada vez más próximas.

¹² Plataforma ubicada en lo alto del palo mayor.

¹³ Denominación familiar de la bandera inglesa.

Tal como lo había supuesto, Tom, el piloto, fue objeto de unas cuantas bromas —muy poco sutiles, por cierto— al bajar de su aparato, una vez cumplida la misión de reconocimiento que se le encomendra. Para defenderse derivó la responsabilidad del caso sobre el soldado a cargo del puesto de escucha.

En cuanto a éste, la explicación referida a la ballena no terminó de satisfacerlo: al fin de cuentas, las ballenas no hacen transmisiones por radio. Sin embargo, visto que sus superiores daban por concluído el pequeño incidente, no sería él quien prosiguiera la investigación, exponiéndose a tomaduras de pelo análogas a las sufridas por Tom. Además, la antena de sus equipos no había captado nuevas emisiones cuando, al caer la noche, vinieron a relevarlo.

Cristina velaba. Jenny descansaba. También lo hacía Martín, que había sido autorizado a participar en la ceremonia de izar la bandera al romper el alba del 2 de abril, siempre bajo palabra de no intentar la fuga.

El U-987 se acercaba sigilosamente a Puerto Argentino. Un viento ligero rizaba el mar y la luna se había puesto tras un horizonte despejado. Contra el fondo sombrío de los montes que lo circundan, el poblado erigido en capital de las Islas Malvinas descansaba. Muy pocas luces brillaban en él. Ausente la luna, las tinieblas eran profundas. Un par de horas faltaría para que empezara a clarear.

Llegaba el instante de sumergirse y continuar avanzando en inmersión, impulsado el submarino por sus motores eléctricos.

No resultaba sencillo navegar en tales condiciones. Fortunato —lo sabemos— no había logrado reparar el radar ni el eco-sonda de la nave, cuyos secretos ignoraba en absoluto. La aproximación, por lo tanto, se llevaba a cabo en base a los datos contenidos en una de las cartas con que contaba el barco, interpretados por Fernando; a la observación de los controles que indicaban la profundidad; al oído tenso, que permitiría registrar el sonido de hélices, allá arriba; y a rápidos vistazos que, de cuando en cuando, Spiegel o Juan efectuaban por medio del periscopio, para lo cual

subían hasta cerca de la superficie, sin llegar a emerger.

Durante un par de horas se desplazaron los incursores ajustándose estrictamente a ese modo de hacerlo, previsto en su oportunidad. La velocidad era mínima, para reducir en lo posible el ruido producido por las hélices al batir el agua, que bien podía ser registrado por los sistemas de escucha sub-acuática eventualmente instalados en las islas. Apenas zumbaban los motores eléctricos y, precaución extremada, hasta las órdenes se daban en voz baja abordo del sumergible.

Ignacio y "Catriel" dormían. Fernando estaba a cargo de determinar rumbo, posición y velocidad. Patricia manejaba los timones. Don Günther secundaba a Fortunato junto a las máquinas y Juan permanecía cerca del periscopio. A cada rato, tanto éste como el viejo hacían rápidas recorridas.

Antes del alba, el submarino subió hasta ponerse a profundidad de periscopio. Fue entonces cuando Juan hizo una comprobación desalentadora: una niebla espesa bajaba de las montañas e iba cubriendo Puerto Argentino. Para no sembrar sobresaltos inútiles, comunicó el hecho sólo a Günther, que arrugó el entrecejo y gruñó por lo bajo:

—Mala cosa.

El avance continuó, no obstante, con las mayores precauciones. A las 8,00 a.m. Fernando determinó que debían hallarse prácticamente ante el muelle. Se resolvió llevar a cabo una rápida observación por el periscopio.

La visión no pudo ser menos satisfactoria. Un velo espeso y lechoso cubría la zona, sin permitir ver más allá de los cinco metros a la redonda. Debía estar amaneciendo, pero nada así lo indicaba.

Con el submarino estabilizado a profundidad media, conferenciaron Juan y don Günther.

—Habrá que esperar— dijo el muchacho. —En algún momento tendría que abrir la neblina.

—Sí, eso espero— aprobó Spiegel. —Pero hay algo que podemos hacer mientras tanto, Hans. Colocar el torpedo en el tubo número 2 de proa.

—Vamos.

Las máquinas fueron detenidas y los cuatro hombres de abordo se trasladaron hasta el pañol donde yacía el torpedo. Mediante

una suerte de grúa, portadora de anillos coincidentes con el diámetro de aquél, comenzaron la operación.

Se verificó primero si la compuerta que clausuraba la salida del tubo estaba efectivamente cerrada. Luego, utilizando la grúa, el torpedo fue izado, insertándose en su alojamiento. Durante las labores efectuadas en tierra, don Günther se había encargado de limpiar y engrasar la extensa carcasa del terrible elemento, atiborrado de explosivos y capaz de navegar por sí como una veloz embarcación autónoma.

Cerraron la tapa posterior del tubo y se abrió la anterior, que lo comunicaba con el mar. Fue posible escuchar la entrada del agua y, en virtud del aumento de peso que ello significó, la nave debió ser equilibrada nuevamente por medio de sus tanques compensadores. Explicó Spiegel:

—Debemos cuidarnos al disparar el torpedo. El submarino pierde en un segundo 3.000 kilos y puede salir de golpe a flote. Eso le ha pasado alguna vez a más de un Comandante. Sobre todo al disparar dos torpedos al mismo tiempo, desde un submarino pequeño.

El U-987 había zarpado de Kiel provisto con 14 torpedos: cinco en aquel pañol, dos debajo de cubierta y los demás ocultos por el piso de la cámara de proa. Alojado el último que poseía en su tubo de lanzamiento, sólo quedaban a la vista los proyectiles 8,8 correspondientes a los cañones emplazados fuera.

A las 8,20 a.m. la niebla se mantenía, densa.

La espera tornábase intolerable.

Ignacio, nuevamente en pie, pasó una ronda de mate, unánimemente celebrada pese a que el recipiente llegaba a sus destinatarios llorando lágrimas verdes.

A las 8,35 hs. asomó de nuevo el periscopio del sumergible, en plena rada de Puerto Argentino. Por esos caprichos del tiempo, la niebla se había esfumado y el sol iluminaba la ciudad, alzándose tras el U-987.

Juan asestó el visor hacia su frente. La capital despertaba, bañada por las luces de la mañana que destacaban el campanario de su iglesia, el edificio de la gobernación y las casitas de madera —que recordaban el casco de “La Nueva Devon”— alineadas cara al mar. También se veían algunos árboles de porte escaso, plantados junto a la avenida costera. Hasta se veía un perro vaga-

bundo, que daba su paseo matutino por el malecón.

No obstante el interés que tal espectáculo podía suscitar en Juan, la atención de éste fue requerida por un motivo diferente: amarrado al muelle, gris contra el fondo claro que le prestaban las casas, aparecía un buque de gran tonelaje. La bandera imperial ondeaba en su arboladura erizada de cañones, antenas y pantallas que giraban lentamente. En el flanco delantero lucía el nombre del crucero: *John Lennon*.

Dos destructores estaban anclados, próximos al *H.M.S. Lennon*, el *Clement Atlee* y el *Bertrand Russel*, a los cuales correspondían, respectivamente, los números 1074 y 652.

El brillo del sol, reflejado en las aguas del puerto, disimulaba la exigua estela que a su paso dejaba el periscopio del U-987.

Todas las condiciones para el ataque estaban dadas y afortunadas circunstancias habían determinado sin lugar a dudas la elección del blanco.

XV

EL ATAQUE AL *H.M.S. LENNON*

Frank Drake era un *cockney*¹⁴ nacido en cierto arrabal de Londres cinco lustros atrás. Después de consumir aquellas cantidades de droga que estaban al alcance de su bolsillo desprovisto, merodear por cines pornográficos y subsistir durante largas temporadas gracias al Seguro Social, se enganchó en la Marina de Su Majestad, atraído por una paga estimable.

Los viejos buenos tiempos habían quedado atrás, sin duda, para la Real Armada. Si bien la Guerra de las Falkland permitió postergar una reducción ya por entonces inminente, ésta se llevó a cabo luego, cuando los laboristas alcanzaron el poder. Por otra parte, los vientos ideológicos que soplaban en todo el mundo fueron restando atractivo a la carrera de las armas, con motivo de lo cual disminuyó notablemente el número y calidad de quienes se postulaban para iniciarla, de manera que eran muchos los soldados, marineros, suboficiales y aún oficiales en actividad, cuyas características coincidían con las de Frank Drake.

El intrincado juego de pases, vacantes y ascensos, determinó que Frank viniera a integrar un día la tripulación del buque-insignia de la flota británica *H.M.S. John Lennon*, con el grado de Cabo Primero. Anualmente cumplía el barco misiones de rutina, que servían para justificar su existencia, asentar sus maquinarias y adiestrar su dotación. En virtud de una de ellas había zarpado en los primeros días del año rumbo al Atlántico Sur, don-

¹⁴ Malevo londinense, digamos.

de completaría un extenso periplo que incluía las Falkland, Sandwich y Georgias. No se esperaba tropezar con inconvenientes a lo largo de ese crucero meramente formal, ni implicaba el mismo riesgos mayores fuera de aquellos derivados del humor climático. No obstante, en cumplimiento de prescripciones vigentes aún, dos destructores escoltaban al *Lennon* en su travesía.

Al rayar el alba del 2 de abril se encontraba la nave fondeada en Port Stanley y Frank Drake cumplía su turno de guardia. Era uno de los pocos tripulantes que se hallaba a bordo pues, acatando un reclamo formulado por el sindicato de marineros, el capitán había permitido a éstos pasar la noche en tierra. Los cambios operados en las islas a partir de 1982, debidos a la presencia de un fuerte contingente militar —algo reducido luego—, fueron importantes. Y, aunque las posibilidades de alojamiento y las diversiones que allí se ofrecían no eran holgadas ni deslumbradoras, constituyeron atractivo suficiente para que nadie regresara al barco. De manera que Drake dejaba transcurrir sus horas de vigilancia en un buque casi desierto, fumando un cigarrillo de marihuana, cuyo consumo estando apostado no contravenía ningún reglamento, siendo ello considerado otra conquista social.

El puesto que Frank cubría hallábase hacia proa, debajo del puente, y sus caminatas lo llevaban desde la mitad del navío hasta un sector ubicado metros antes y algo por encima de la segunda batería instalada en cubierta. Una ametralladora antiaérea, sin sus cintas de balas, era el único arma que se hallaba al alcance de Frank.

Maldijo el vigía la niebla que envolvía el puerto desde la madrugada pero, finalmente, ésta había empezado a diluirse y el sol se levantaba sobre el horizonte, suscitando reflejos en las ventanas de las casas, en los cristales del *Lennon* y en las aguas de la bahía.

—¡Veinte metros de profundidad! ¡Avance a velocidad mínima! ¡Mantener el rumbo!

Rebatido el periscopio, silenciosa la tripulación, reducido a un murmullo el sonido de los motores, el U-987 se deslizó suavemente en dirección al *H.M.S. Lennon*. Hasta “Catriel” pareció apercibirse de la gravedad del momento pues, despierto y alerta, se

mantenía inmóvil junto a Ignacio, olfateando hacia su frente como si venteara la presa.

Juan y Günther Spiegel permanecían en el puente, junto al periscopio: Patricia controlaba los timones; Fernando fijaba el rumbo; Fortunato estaba a cargo de las máquinas; Ignacio, sentado en el borde de una cucheta, rezaba por lo bajo las pocas oraciones que sabía, mientras mecánicamente acariciaba al perro.

—¡Profundidad de periscopio! ¡Detener los motores!— ordenó Juan.

Zumbó el mecanismo que elevaba el periscopio. Juan abatió sus manillares y, observando por el visor, ajustó la dirección del lente. Después dijo:

—Mire, don Günther.

Miró el alemán y susurró:

—Casi perfecto— Luego, a media voz, dispuso:

—¡Diez grados a estribor! ¡Siempre velocidad mínima!

El submarino estaba, por último, situado del mejor modo para disparar su torpedo. Dijo Spiegel a Juan:

—Quedate aquí. Controlá que mantengamos la posición. Dentro de 30 segundos apretás este botón y saldrá el torpedo. Yo bajo a controlar el disparo desde al lado del tubo.

Juan miró su reloj y apoyó el pulgar sobre el botón señalado con el número 2, volviendo a aplicar los ojos al visor del periscopio. Eran las 8,50 horas.

Frank Drake se desperezó. Ya faltaba poco para que lo relevaran. Siempre que hubiera regresado de tierra quien debía hacerlo: la disciplina no era la misma que antes en la Royal Navy. Claro que, en virtud de recientes logros gremiales, Frank podría abandonar el puesto al cumplirse la hora en que terminaba su guardia, hubiera o nó alguien para reemplazarlo. Miró hacia el mar, entrecerrando los ojos pues el brillo del sol en las olas enceguecía: el mar aparecía desierto. Desde la costa llegó el canto de un marinero, ya borracho o borracho aún. En la lejanía se oía ladrar algún perro pastor de los *kelpers*. Las alturas del Monte Kent y del Two Sisters volvían a cubrirse de niebla. Frank controló su reloj: eran las 8,50 horas.

A las 8,50 horas, Sir Archibald Popham, capitán del *H.M.S. Lennon*, dormía profundamente en el cuarto de huéspedes de la gobernación, en Port Stanley. La velada, en compañía del Gobernador y algunas damas que se habían retirado discretamente llegado el momento, prolongóse hasta altas horas de la madrugada y Sir Archibald no tenía previsto regresar a su nave hasta pasado el mediodía.

Al clarear las primeras luces de aquel 2 de abril, configurando una reducidísima formación de tres, salieron marchando del Destacamento de Caleta Timerman el Sargento, Morales y Martín. Era Morales quien portaba la bandera que, adelantándose, ató al cable del mástil plantado frente a la estación policial. Mientras la enseña celeste y blanca trepaba hacia el cielo patagónico, Martín rompió a cantar:

“Tras su manto de neblina,
no las hemos de olvidar...”

Morales y el Sargento se unieron al canto. Cuando la bandera alcanzó el tope, cuadrados los hombres, fue Morales el que, conmovido, gritó:

—¡Viva la Patria!—, respondiendo los otros con sendos *vivas*.

Igor Bolchev no se enteró de la breve ceremonia llevada a cabo frente al Destacamento de la policía local: caso contrario, su sueño hubiera sido menos apacible.

Desde mucho antes del alba, Cristina y Jenny Ferguson permanecían junto al aparato de radio, sintonizado en la frecuencia y longitud de onda fijadas por Fernando.

A las 8 horas, 50 minutos, 30 segundos, Juan oprimió el botón señalado con el número 2, sin dejar de mirar por el periscopio a fin de observar el rastro de burbujas que señalaría la trayectoria

del torpedo bajo el agua, en dirección al crucero de Su Majestad *John Lennon*.

Günther Spiegel manteníase junto al tubo de lanzamiento respectivo, atento a la actividad que en el mismo suscitaría el contacto eléctrico realizado por Juan y que habría de traducirse en el funcionamiento inmediato del sistema de aire comprimido que impulsaría el torpedo y en el arranque del mecanismo propulsor de éste.

Ningún indicio, sin embargo, vino a delatar que el artefacto estuviera por emprender su marcha mortífera.

Por medio del tubo acústico gritó el alemán:

—¡Hans! ¡Apretá el botón!

Respondió el muchacho:

—¡Ya lo apreté!

Una gran desazón invadió a los tripulantes del U-987. El disparo había fallado. Dijo ahora Spiegel:

—¡Apretalo otra vez!

Repitió Juna la operación con idéntico resultado. Ni el más leve estremecimiento, ni el más ligero rumor, señalaron que el torpedo se pusiera en funcionamiento.

—¡Maldición!— explotó Spiegel— Fallamos. Algo no anduvo. ¿Será posible?

Juan analizaba la situación velozmente. Exclamó por fin:

—Coloquemos el torpedo en otro tubo.

Secundado por el viejo y Fortunato, puso el muchacho manos a la obra. Con esfuerzo retiraron el torpedo de su alojamiento y, utilizando la grúa, lo colocaron en el tubo N° 1. Don Günther conectó el mismo, Juan volvió al puente, verificó la posición del submarino y requirió:

—¡Encendido!

—¡Listo!— respondió Spiegel.

—¡Voy a hacer fuego!

Ahora fue el botón marcado con el número uno el que oprimió Juan.

Ningún síntoma de actividad siguió a su acción. El disparo había fracasado por segunda vez.

—¡No pasa nada!— informó don Günther.

La mente del muchacho trabajaba aceleradamente. Convocó:

—¡Reunión en la Sala de Cartas!

Se acomodaron todos, como pudieron, al lado de Fernando. Detenidas sus máquinas, el silencio era total en el U-987, que rolaba apenas. Dijo Juan:

—Solucionar este desperfecto nos puede llevar horas o días. Si es que conseguimos arreglarlo. Pero no nos podemos volver atrás. Les propondré una variante que implica mucho peligro, de manera que se adoptará con el consentimiento unánime o no se adoptará: la oposición de uno sólo será suficiente para descartarla.

—¿Cuál es tu idea?— preguntó Patricia.

—Avanzar. Emerger cerca del *Lennon* y atacarlo con el cañón de proa. Claro que nos pondremos en descubierto pero, si logramos acertar varios buenos tiros de entrada, siempre nos quedará alguna posibilidad de intentar la huída antes que reaccionen las defensas, desde el crucero respondan el ataque y se nos vengán encima los destructores. Les aclaro desde ya que escapar será, de todos modos, muy difícil.

Hasta Ignacio advirtió las graves consecuencias que entrañaba la propuesta de Juan. Nadie habló por unos segundos. Fue Patricia la que rompió el silencio.

—Estoy de acuerdo— dijo —Hemos llegado hasta aquí para cumplir una misión... para cumplir una promesa de papá. Y vamos a cumplirla.

—Mirá, Hans— señaló Spiegel. —Sabés muy bien que no será nada fácil escapar, ya lo dijiste. Además, debo hacerles saber que los cañones de cubierta son de poco calibre y habrá que tener mucha suerte para dañar seriamente al crucero con uno de ellos... Bien, todo eso tienen que saberlo. Pero, si quieren mi opinión, estoy de acuerdo en atacar.

Fortunato declaró, escuetamente:

—Por mí, le metemos.

Fernando fue aún más parco. Dijo:

—Vamos.

Ignacio aprobó entusiasmado:

—¡Dale, Juan!

Como Catriel movía la cola, también podía suponerse que expresaba conformidad con lo dicho. De modo que Juan trazó de inmediato el nuevo plan de operaciones:

—Bueno. Avanzaremos hasta situarnos a 200 metros del *Lennon* y emergeremos. Vamos a disponer de pocos minutos para ti-

rar, antes que haya reacción. ¿Sabe manejar el cañón, don Günther?

—Sí.

—En cuanto hayamos emergido, abriremos la escotilla del pañol; don Günther y yo saldremos a cubierta: él preparará el cañón; Fortunato me alcanzará los proyectiles, que yo pasaré a don Günther; Patricia colocará la bandera argentina en lo alto del periscopio y después volverá a los timones. Desde el momento que estemos en superficie, Fernando intentará mandar un mensaje por radio, informando sobre el ataque: total, ya no será necesario disimular nuestra presencia aquí.

—¿Y yo qué hago?— preguntó Ignacio.

—Usted sube a la torreta y avisa si aparecen aviones o si se mueven los destructores. Dispararemos diez o doce veces como máximo. Después, sea cual sea el resultado, nos vamos a sumergir e intentaremos huir, virando a estribor.

Eran las 9,15 horas.

El silencio de la radio provocaba ya alguna nerviosidad a Jenny Ferguson. Sólo había captado algunas comunicaciones rutinarias, dos de ellas provenientes de barcos que operaban en la zona de Malvinas, pero ninguna indicaba que se hubieran producido allí acontecimientos fuera de lo común.

Frank Drake se aprestaba a abandonar su puesto de guardia, cumplido en exceso el turno de vigilancia que le correspondía y sin que nadie hubiera venido a relevarlo. Echó una última mirada al mar, antes de retirarse.

El Capitán Archibald Popham seguía durmiendo en el cuarto de huéspedes de la gobernación.

—¡Avanzar en el mismo rumbo! ¡Mantener profundidad de periscopio!

La vibración del submarino era mínima. Juan, por el visor, ob-

servaba atentamente al *H.M.S. Lennon*, cuyo flanco izquierdo bañaba el sol.

—¡Corregir rumbo! ¡Doce grados a babor!

La situación alcanzada por el U-987 pareció óptima.

Un pequeño detalle llamó la atención de Frank Drake. El sol se había levantado sobre el horizonte y, al ampliarse el ángulo de incidencia de sus rayos en las aguas, el reflejo no enceguecía ya al espectador. Y allí, justamente por debajo del sol que se elevaba, le pareció ver algo así como un bastón oscuro que surgía del mar, moviéndose lentamente y dejando atrás suyo una ligera estela.

Miró con mayor atención, preguntándose qué podría ser aquello.

—¡Emerger!

Silbó el aire comprimido, desalojando de los tanques el agua que oficiaba de lastre. Retrocedió la aguja en el indicador de profundidad. Dentro del submarino se pudo oír el romper de las olas en la torreta de la nave, mientras ésta comenzaba a moverse del modo como se mueve un buque de superficie.

—¡Cada uno a su puesto! ¡Listos para iniciar el ataque!

Frank Drake no podía creer lo que veía. Azorado, se restregó los ojos, perdiendo momentáneamente el habla. No era para menos.

A no más de 200 metros del crucero, justamente allí donde Frank creyera ver aquel curioso bastón surcando las olas, un submarino subía de las profundidades. Pero no se trataba de un submarino común, sino que su aspecto sugería vivir una pesadilla, un regreso en el tiempo que recordaba alguna película de ciencia-ficción.

En efecto, frente a la mirada incrédula de Drake, entre borbollones de espuma, opaco bajo la luz del sol que trepaba detrás suyo, surgía del mar un viejo sumergible alemán, un tipo de submarino que no operaba desde la Segunda Guerra Mundial. Extensas manchas de óxido dibujaban mapas fantásticos en su pintura gris, deslucida por el paso del tiempo. Otras manchas más claras sugerían la presencia de vastas colonias de crustáceos adheri-

das a su estructura. Un manojo de algas colgaba de la torreta y, delineada en ella, divisábase la cruz negra con ribetes blancos que signaba los buques y aviones germanos en la contienda concluída el año 1945. Como para disipar cualquier duda relativa al origen de la nave, una cifra la distinguía, claramente perceptible: U-987.

No se había repuesto Frank de la impresión recibida cuando se abrieron dos de las escotillas del submarino. Un par de hombres salió de aquélla situada en cubierta, permaneciendo uno junto a la misma, mientras el otro corría hasta el cañón emplazado a proa. Por la trampa abierta al tope de la torre se asomó una mujer que, prestamente, colocó en la vara del periscopio una bandera: una bandera celeste y blanca con el sol en medio.

Los acontecimientos se sucedieron luego en forma vertiginosa, si bien Frank los veía desarrollar con esa peculiar lentitud con que un testigo casual registra las alternativas de un accidente automovilístico o del asalto a un Banco. La mujer no abandonó el lugar que ocupaba en lo alto de la torreta y un chico apareció al lado suyo; luego, la cabeza de un perro. El hombre que estaba cerca de la escotilla recibió algo al través de ella y se dirigió hasta el cañón, repitiendo una y otra vez su recorrido. En cuanto a la figura que desde un primer momento se situó detrás del arma, estaba agachada al lado de ésta, realizando febriles manipulaciones.

Por fin, una nube de humo azulado cubrió la escena y el rugido de un cañonazo resonó en la bahía, arrancando de su sueño a Puerto Argentino.

XVI

LA NUEVA BATALLA DE PUERTO ARGENTINO

A las 9,31 hs. del 2 de abril, Jenny Ferguson captó con toda nitidez la siguiente transmisión radial:

“Atención, atención, atención. Atención ‘Las Bardas’. Atención todo operador que reciba este mensaje. Aquí submarino argentino U-987 transmite desde las Islas Malvinas. Prosiguiendo acciones iniciadas en 1982 estamos atacando al crucero de Su Majestad Británica John Lennon, buque insignia de la flota inglesa, surto en Puerto Argentino. Hacemos fuego de cañón desde superficie. Hay daños en el crucero. Continuaremos transmisión. Fuera.”

Desde el momento que emergió el submarino, los hechos se precipitaron. Juan abrió la escotilla que comunicaba el pañol con la cubierta y, seguido por Günther Spiegel, saltó a ésta. Corrió el alemán hacia el cañón de proa y comenzó a alistarlo, apuntándolo hacia el *Lennon*. Patricia empujó la trampa ubicada en lo alto de la torreta y anudó al periscopio la bandera argentina de guerra. Ondeó la bandera, igual que había flameado en el mismo lugar, años antes, en el alba de otro 2 de abril. Fortunato empezó a pasar, al través de la escotilla abierta en primer término, los proyectiles 8,8 que Juan recibía y apilaba junto al cañón. Fernando se aprestaba a iniciar sus transmisiones por radio, perfectamente preparada la que emitiría de inmediato. Ignacio trepó a la

torre, antes que Patricia hubiera descendido, y paseó su mirada de uno a otro de los destructores fondeados cerca del crucero, clavando los ojos en el cielo para registrar la posible aproximación de aviones, todo ello con la seriedad de un vigia consumado. También "Catriel" asomó su cabeza peluda por sobre el parapeto que circundaba el sector superior de la torreta.

Poco más de un minuto habría transcurrido cuando don Günther gritó a Juan:

—¡Cañón de proa preparado!

—¡Fuego!— ordenó el muchacho.

La explosión del disparo conmovió al submarino, que cabeceó a su influjo. Una nube de humo envolvió por un momento al artillero y a la pieza. El estampido resonó en la bahía y despertó ecos sucesivos, devueltos por las alturas más próximas. Bandadas de aves marinas levantaron vuelo en distintos puntos de la costa.

Enseguida pudo apreciarse que el tiro había hecho blanco. Un boquete apareció a la altura del puente de la nave atacada y una antena se comenzó a inclinar, alcanzada en su base y arrastrando en pos suyo cables y cordajes.

—¡Bien, don Günther! ¡Siga tirando! ¡Un tiro arriba, a la obra muerta, y otro bajo la línea de flotación!

Spiegel habíase transformado en un antiguo genio de la guerra. Envuelto en humo, como Loge¹⁵, desplegaba una actividad veloz y precisa, aspirando con deleite las emanaciones de la pólvora. Extrajo la cápsula servida y recargó el arma.

—¡Listo!— anunció.

—¡Fuego! ¡Y siga disparando sin parar!

El segundo cañonazo levantó un *geiser* junto al flanco del crucero, penetrando en él bien por debajo del nivel del mar. El tercero, dirigido a la zona media del casco, entró por un ojo de buoy, del cual pronto se vio salir humo. El cuarto pegó, de nuevo, bajo la línea de flotación. El quinto dio en el puente de mando. El sexto abrió otro orificio bajo el nivel del agua.

La pequeña pieza, manejada diestramente, hacía estragos en la estructura del *Lennon*. Varios proyectiles explotaron desmantelando mástiles y arrancando de cuajo la pantalla de radar. Tres

¹⁵ Dios del fuego, en la mitología germana.

columnas de humo, ligeras aún, se elevaron en la parte media y en la zona de popa.

Durante el breve intervalo registrado entre dos cañonazos, Juan gritó a todo pulmón:

—¡Volvimos! ¡Los argentinos hemos vuelto!

Junto con la explosión del primer disparo, Frank Drake oyó el estrépito que producía la bala al dar en el sector próximo a la base de una antena, que comenzó a derrumbarse. Ello le demostró acabadamente que no estaba envuelto en una pesadilla y que la extraña visión que se ofreciera a sus ojos no era producto de la droga. Aunque se resistiera a creerlo, un vetusto submarino de la Segunda Guerra, enarbolando el pabellón argentino, atacaba en Port Stanley al buque-insignia de la flota británica. Y, en el colmo de la osadía, atacaba desde superficie, a plena luz del día. Corrió entonces para dar la alarma.

Sir Archibald Popham despertó sobresaltado, sentándose en la cama. Pese a su afán por adaptarse a los usos en boga, aparentando una juventud que ya no poseía, usaba gorro de dormir. No necesitó aguzar el oído para confirmar que una sucesión de cañonazos se dejaba escuchar y que los estampidos venían del lado del puerto. Recordó que no había ordenado se realizaran prácticas de tiro en el *Lennon*, no siendo tampoco aquél el lugar adecuado para llevarlas a cabo; la dirección desde la cual llegaba el sonido de los disparos excluía, por otra parte, la posibilidad de que tales prácticas tuvieran lugar en la base militar.

—¡Shit!¹⁶— exclamó, saltando del lecho.

También el Gobernador de las islas vio interrumpido su sueño y se dispuso a verificar qué ocurría.

—Aquí “Las Bardas”, aquí “Las Bardas”— respondió Jenny Ferguson.— “Las Bardas” a U-987. Mensaje comprendido. Fuera.

¹⁶ Ver diccionario inglés-español.

Cristina, trémula, se mantenía inmóvil junto a ella, desgranando las cuentas del rosario.

El soldado que oficiaba de escucha en la base militar estaba nuevamente en su puesto desde las 9 hs. de ese día 2 de abril.

La antena le hizo llegar el mensaje del U-987 y la respuesta desde "Las Bardas".

—De modo que una ballena— se dijo en voz baja, antes de transmitir la señal de "alerta rojo".

Tom, el piloto, y sus compañeros, oyeron, incrédulos, la señal de "alerta rojo". Corrió Tom hacia su aparato, mientras se ajustaba el equipo.

El sonido de la alarma pulsada por Frank Drake recorrió de un extremo a otro al *H.M.S. Lennon*, muy poco después que los escasos tripulantes que se hallaban abordo fueran sacudidos por los impactos de cañón en el navío. Como respuesta a una rutina ensayada mil veces, se dirigieron a sus puestos de combate. Frank marchó hacia la ametralladora antiaérea.

Günther Spiegel superó el número de disparos que Juan había previsto efectuar antes de intentar huir. Poseídos todos por la excitación de la lucha, sólo pensaban en el éxito del ataque que estaban realizando. El aroma de la cordita saturaba el ambiente y una densa humareda envolvía al submarino. También humeaba el *John Lennon*, de manera cada vez más intensa. Como si se tratara de una sesión de tiro al blanco, el pequeño cañón golpeaba en los puntos sensibles del crucero, favorecido por una circunstancia: la Guerra de las Malvinas demostró la conveniencia de reforzar los blindajes que por entonces se utilizaban y que, en procura de mayor rapidez para las naves, habíanse tornado más ligeros; sin embargo, poco a poco la experiencia recogida se fue olvidando y, además, la venalidad de ciertos funcionarios encargados de inspeccionar los materiales adquiridos por la Corona los llevó a tolerar la recepción de tanques, aviones y buques, cuya fabricación no se ajustaba a las especificaciones establecidas: una repetida

práctica, en fin, también habitual en otros países. Y eso es lo que había ocurrido en el caso del *H.M.S. Lennon*, de modo que las planchas que componían el casco tenían varios milímetros de espesor menos que los fijados al contratar su fabricación.

No menos de tres impactos habían abierto sendos orificios bajo la línea de flotación del crucero, dando origen a un incendio con varios focos, que se extendía rápidamente.

Sir Archibald Papham trotaba hacia el muelle, en calzoncillos y con gorro de dormir. El Gobernador de las Falkland y sus dependencias se asomó por la ventana del cuarto, viendo al través de ella varias columnas de humo que se elevaban en la zona del puerto. El Coronel Lancelot Gordon, jefe de la base militar, buscaba desesperadamente la fusta que empuñaba cada vez que aparecía en público y sin la cual se sentía desnudo: la fusta no aparecía.

“Atención ‘Las Bardas’, atención ‘Las Bardas’. Aquí U-987. Atención ‘Las Bardas’. Atención República Argentina. Operativo Martín en marcha. Proseguimos ataque iniciado. Observamos varios incendios en el crucero John Lennon. Nuestro submarino enarbola la bandera argentina de guerra. Fuera.”

Jenny Ferguson mantenía contacto con el U-987 pero, al mismo tiempo, procuraba comunicarse con los amigos de Fernando, dispersos por el mundo. Había logrado así transmitir la asombrosa noticia a Jorge, en Buenos Aires; a Gustavo, en Roma; y a Bob, en Chicago. Enterados éstos del suceso, lo difundían por los medios a su alcance.

El operador de un transatlántico que realizaba cierto *tour* turístico por los canales fueguinos captó también el mensaje del submarino y éste, al rato, fue conocido por los pasajeros, que se agolparon en torno a la cabina de T.S.H.¹⁷.

Recibió asimismo la emisión un buque-factoría polaco que, de inmediato, se comunicó con Varsovia.

El Comandante de un *jet* de Aerolíneas Argentinas, enterado

¹⁷ Telegrafía sin hilos.

por su radiotelegrafista de la situación, informó al pasaje de la aeronave:

“Habla el Comandante. Deseo informarles que, según una comunicación radial que hemos registrado, un submarino de bandera argentina está atacando en las Islas Malvinas al buque-insignia de la flota británica. El crucero John Lennon arde en estos momentos.”

Las palabras del comandante Mario provocaron una explosión de júbilo.

Mientras los artilleros que se hallaban abordo preparaban las piezas del *Lennon*, Frank Drake alistaba la ametralladora antiaérea que, no obstante su destino previsto, también podía disparar horizontalmente. Retiró la funda de lona que la cubría, quitó los tapa-bocas y, cuando dos sirvientes llegaron a la gran carrera portando las cintas de munición 12,7, cargó el arma, dirigiéndola contra el submarino.

En los destructores *Clement Atlee* y *Bertrand Russel* también se realizaban aprestos febriles. Aquellos miembros de sus tripulaciones que se hallaban en tierra —vale decir la mayoría de ellos— corrían por la avenida costanera de Puerto Argentino, mezclados con los marineros, oficiales y suboficiales del *Lennon*, cruzaban el malecón, atravesaban a toda velocidad las planchadas tendidas entre sus barcos y el muelle, ocupaban puestos de combate. El *Atlee* tenía ya encendidas sus máquinas, en una demostración de eficacia digna de señalarse.

Desde la cubierta del U-987 se oyó con claridad la primera ráfaga de ametralladora disparada desde el *Lennon* y varias balas castigaron la superficie del mar cerca de proa: una de ellas dio en la estructura del submarino y, tras un chasquido metálico, atejóse con un silbido. Juan ordenó:

—¡Ignacio! ¡Patricia! ¡Pónganse a cubierto! ¡Bajen de la torreta!

Frank Drake no se daba tregua con la ametralladora, que devoraba con impulso intermitente la cinta de proyectiles sostenida por uno de los sirvientes. Las cápsulas servidas amontonábanse sin concierto en torno al emplazamiento de la 12,7. Mientras tanto, uno de los cañones situados a popa se encontraba casi listo para entrar en acción.

Tampoco Günther Spiegel se concedía respiro. El y sus compañeros habían olvidado por completo la prudencia y nadie pensaba en iniciar la retirada. Fortunato alcanzaba los obuses a Juan, que surtía de ellos al alemán mientras éste tiraba sin descanso. El caño de su pieza hervía y las vainas vacías rodaban por doquier.

El ruido se había tornado ensordecedor. A las explosiones del cañón servido por Spiegel se sumaba la sucesión de disparos que partían del *Lennon*, según sus distintas armas comenzaban a funcionar.

De pronto vio Juan que don Günther abría los brazos y caía hacia atrás. De un salto estuvo junto a él.

—Me dieron, Hans— dijo el viejo. —Seguí tirando vos.

—No, lo llevo abajo— respondió Juan.

—Seguí tirando. Lo mío no tiene arreglo. Dejame aquí. Quiero ver el final de la batalla.

Una mancha de sangre se extendía en el pecho de Spiegel, humedeciendo la cinta de aquella Cruz de Hierro que allí prendiera al zarpar.

Juan arrastró a don Günther hasta el pie de la torreta y lo recostó contra ella. Vaciló un momento.

—¡Seguí tirando! ¡No me llevés abajo, te lo pido, Hans! —comminó el marino. Con súbito impulso, Juan volvió junto al cañón, dispuesto a quemar los últimos cartuchos que se apilaban cerca.

Fue entonces cuando rugió una de las grandes piezas del cruce-ro. La detonación estremeció todo el teatro del combate y una enorme sombrilla de agua se levantó en mitad de la bahía: no era fácil a los artilleros británicos dirigir sus obuses hacia un blanco situado a tan corta distancia.

Juan disparó dos veces.

No se había apagado el eco del segundo disparo realizado por el muchacho, cuando la parte superior de la torreta del sumergible desapareció, arrancada por un cañonazo del *Lennon* que cayó en el mar luego de causar tal destrozo. Desde ese momento era inútil pensar en sumergirse. El U-987 se había tornado inoperable.

Juan hizo fuego una vez más. Dirigido por la fortuna, el proyectil se introdujo en las vísceras del crucero, alcanzó un depósito de pinturas altamente inflamables y estalló. La explosión subsiguiente fue aterradora. Pareció como si el cráter de un volcán se abriera en la estructura del navío vomitando llamas y, a su influjo, hubiérase dicho que tomaban repentino incremento los demás focos de incendio que ardían en otros puntos.

Las planchas de acero se recalentaron. La envoltura de cables y demás conductos se derretía. Ardieron las piezas de material plástico con que contaba el buque. Y, por los boquetes abiertos bajo la línea de flotación, el agua seguía penetrando sin cesar. El crucero escoraba ligeramente.

Juan regresó junto a Spiegel, que respiraba fatigosamente.

—Ese barco está herido de muerte— dijo el viejo— Yo también.

—No diga eso, don Günther.

—Hay que ver las cosas como son... Muero peleando, Hans, como un buen soldado. Cuando vuelvas a su tumba, decíle a mi Comandante que he cumplido. Rezá por él y ahora rezá por mí... Que Dios me perdone todo lo que hice mal...

Las llamas del *Lennon* se reflejaban en los ojos de Spiegel, que se iban apagando. Todavía agregó el moribundo.

—Apretame la mano, Hans... Y acordate: quiero que me entierren con los tuyos, en Darwin... con los soldados argentinos... Y en la cruz de mi tumba poné la Cruz de Hierro...

El brazo del muchacho hacía de almohada al viejo, cuya mano derecha apretaba aquél. En ese momento otro obús del crucero arrancó de cuajo el cañón del submarino y una esquirla golpeó en el hombro de Juan.

Al reponerse de la impresión que le causara el certero impacto logrado por la artillería del *Lennon*, Juan advirtió que Günther Spiegel había muerto: su expresión era apacible, la expresión de un hombre feliz, podría afirmarse. Y, además de la muerte de su

amigo, Juan advirtió también que su propia campera estaba desgarrada y comenzaba a teñirse en sangre, a la altura del hombro.

El destructor N° 1074, *Clement Atlaee*, soltó amarras y se dirigió hacia el submarino, aumentando paulatinamente su velocidad a fin de abordarlo. El 652, *Bertrand Russel*, acababa de poner sus motores en marcha.

El avión tripulado por Tom corría por la pista de Port Stanley. Alcanzado el impulso necesario, su piloto atrajo hacia sí los comandos y la nariz del aparato se levantó, apuntando al cielo.

Lancelot Gordon, coronel del ejército británico y jefe militar de las tropas apostadas en Malvinas, encontró por fin su fusta y, resueltamente, salió del Casino de Oficiales, aunque sin saber a ciencia cierta qué hacer, pues los acontecimientos que se desarrollaban en el puerto no daban mayor cabida a las fuerzas bajo sus órdenes. Optó entonces por carraspear, manteniendo en su rostro una expresión decidida aunque inescrutable.

Frank Drake festejó la precisión de los disparos asestados al submarino por el equipo que servía la pieza situada a su derecha: uno de ellos había desmantelado el sector superior de la torreta y el otro arrancado el cañón de proa que, hasta hacía unos instantes, disparaba frenéticamente contra el crucero. Consistió su festejo en un grito peculiar, utilizado por los hinchas del *Manchester United* que, sin embargo, se le estranguló en la garganta al notar que la cubierta se recalentaba bajo sus pies y que una densa humareda lo envolvía, luego que un poderoso estallido se hiciera oír en un lugar del buque que él no podía precisar.

Aunque su atuendo no imponía mayor respeto, Sir Archibald Popham se hizo cargo de la situación. El barco ardía irremisiblemente y se inclinaba cada vez más sobre la banda de estribor. Por

medio del micrófono instalado en el puente de mando, gritó:

—¡Atención! ¡Habla el Capitán!

Sus palabras no se oyeron fuera del puente, pues los cables que animaban los altavoces aparecían fundidos en varias partes. Al reparar en que el micrófono estaba mudo, Popham tomó un megáfono y, saliendo al exterior, volvió a gritar:

—¡Atención! ¡Habla el Capitán!

Ahora su voz se dejó escuchar entre el fragor del incendio. Prosiguió:

—¡Abandonar la nave! ¡Los destructores se encargarán del submarino, que está inutilizado! ¡Que sólo quede a bordo un equipo de voluntarios para conducir el *Lennon* hacia el centro de la bahía! ¡Abandonar la nave, repito!

Popham, con buen criterio, habíase apercibido de un detalle importante: el crucero, ardiendo, constituía grave peligro para los edificios próximos al puerto.

En "Las Bardas" se captó el mensaje siguiente:

"Aquí U-987, aquí U-987. Ataque exitoso. Crucero inglés John Lennon arde de punta a punta y escora a estribor. Su tripulación lo abandona. Operativo Martín cumplido en todas sus partes. Torreta del submarino con graves averías y cañón de proa inutilizado. Günther Spiegel muerto en acción. No hay heridos de consideración entre nosotros. Un destructor se dispone a abordarnos y otro marcha hacia aquí. Cumplimos promesa de papá. Pedimos su libertad pues ha sido detenido en Caleta Timerman por influencia de una banda de contrabandistas que integra el Delegado Municipal. Sus hijos reclamamos sea liberado de inmediato. Se producen nuevas explosiones en crucero John Lennon. Destructor Clement Atlee está más cerca. Fuera."

El mensaje radiado por Fernando no solo fue oído por Cristina y Jenny Ferguson en "Las Bardas". Casi todos aquellos que detectaron la transmisión anterior habían mantenido sintonizados sus aparatos para recibir otras que podrían sucederse. En diversas partes del mundo se acentuó un movimiento de estupor y simpatía, suscitado por la increíble aventura de U-987. Jenny, por otra

parte, multiplicaba su actividad y retransmitía la descripción del ataque a los amigos radioaficionados de Fernando, dispersos a lo ancho del globo.

Pero, si en puntos alejados del planeta el hecho despertaba estupor y simpatía, ello adquiriría ribetes peculiares en la República Argentina.

Plinio Fonseca, abordo del "Bagre", captó también el último mensaje del submarino y palideció. De inmediato intentó transmitir las malas nuevas a Prometeo, ya que el barco podía comunicarse con la *Gestoría Gallegos* por radio. Nadie respondía allí.

La tripulación del U-987 se reunió junto a Fernando, que permanecía en su puesto de radiotelegrafista. Dijo Juan.

—Esto se terminó. Hemos cumplido. No tiene sentido intentar defendernos con el cañón de popa, pues no nos quedan proyectiles y yo no sabría alistarlos, faltando don Günther. Los destrozos en la torreta nos impiden sumergirnos. Haremos una última transmisión y esperaremos al destructor formados en cubierta, con la bandera al tope.

Fernando se aprestó a irradiar el último mensaje. Juan lo dictó con precisión.

"Es éste el mensaje final del U-987. Atención "Las Bardas", atención República Argentina. El crucero John Lennon se está hundiendo, envuelto en llamas. Agotada nuestra provisión de municiones formaremos en cubierta para recibir destructor Atlee. Exigimos devolución de las Islas Malvinas y reclamamos libertad de nuestro padre, injustamente detenido. Los argentinos hemos vuelto al archipiélago. ¡Viva la Patria!"

El soldado que se encontraba de escucha recibió el último mensaje del submarino. Al conocer la intención de sus tripulantes, la hizo saber a los jefes británicos, quienes instruyeron a los Comandantes de cada destructor y a los pilotos cuyos aparatos se encontraban en el aire o listos para despegar.

—Diablos con la ballena...— se repitió el soldado, paladeando una pequeña venganza.

Tom recibió órdenes de no atacar al sumergible, limitándose a sobrevolarlo en círculos. Pudo así observar cuando, por una escotilla de cubierta, fueron saliendo cinco personas y un perro; entre ellas había una mujer.

Al notar que el submarino cesaba el fuego, arrasado uno de sus cañones y sin artillero el otro, optó el capitán del *Atlee* por disminuir la velocidad de su barco y aguardar instrucciones antes de proceder al abordaje. Se le indicó mantenerse a distancia del U-987, cubrirlo con sus piezas, esperar la aproximación del *Bertrand Russel* y actuar luego según indicaciones que recibiría.

Una pequeña dotación de voluntarios procuraba llevar al *Lenon* hacia el centro de la bahía, una vez que los tripulantes de la nave la hubieron abandonado.

Enterado de la transmisión postrera del submarino, Popham, desde tierra, se comunicó con los capitanes de ambos destructores, ordenándoles:

—Aproxímense con precaución al buque enemigo, que no está en condiciones de defenderse. Tráiganlo a puerto. Apresaremos a su tripulación.

El cadáver de Günther Spiegel fue apoyado contra los restos del cañón destruido, rodeado por cápsulas servidas. Junto a él formaron Juan, Patricia, Fernando, Ignacio y Fortunato. "Catriel" se echó a los pies del muerto: tal detalle, unido al resplandor de las llamas que se elevaban en el crucero, sugería que al viejo marino se le brindaba un funeral *viking*.

Uno por cada flanco se acercaron los destructores al U-987, observando sus tripulaciones con sorpresa quiénes componían la dotación del sumergible: dos muchachos, herido uno de ellos; una

joven; dos chicos y un perro, a los cuales cabía sumar el viejo que yacía al pie del cañón de proa.

Antes que el capitán del *Atlee* intentara comunicarse con ellos, los cinco tripulantes del submarino, perfectamente alineados, rompieron a cantar el Himno Nacional Argentino, en su versión tradicional.

XVII

LOS ECOS DEL COMBATE

Movilizados por Jenny Ferguson, los amigos radioaficionados de Fernando cumplían eficazmente su cometido: Jorge, en Buenos Aires, se comunicó de inmediato con José Luis y éste con Héctor, que se prendió al teléfono alertando a los responsables de informativos televisivos, a las redacciones de los diarios, a la agencia de Miguel, a locutores y comentaristas. Gustavo hizo otro tanto en Roma, poniendo sobre aviso a la R.A.I.¹⁸. Bob, en Chicago, soltó una palabrota que tradujo su entusiasmo y llamó a un conocido que prestaba servicios en las Naciones Unidas, pidiéndole se moviera ante quien estimara oportuno para ir creando opinión favorable a los atacantes del *Lennon* entre los Delegados ante el organismo.

Pronto entraron también en acción Toshiro, el japonés; Angel, el andaluz; el sudafricano Rodney y la danesa Ingrid.

Plinio Fonseca logró finalmente ponerse en contacto con Prometeo Carnotti y la noticia que le comunicó causó el mayor de los sobresaltos al cabecilla de la banda. Encendió éste el televisor y la radio, viniendo de inmediato a su memoria la curiosa escena que Barraza manifestara haber presenciado en el golfo.

—¿Tendría razón el Chino?— dijose. —¿Será el mismo submarino? Esto se pone feo — concluyó con desazón.

¹⁸ Radiotelevisora del Estado italiano.

Cristina, en "Las Bardas", se consumía de angustia, si bien una honda satisfacción comenzaba a invadirla. Compadeció a don Günther, deseó que los demás partícipes de la aventura salieran bien librados y advirtió que el suceso, efectivamente, podría en definitiva beneficiar a Martín. Ya a esta altura de los acontecimientos colaboraba con Jenny, relevándola frente al aparato de radio cuyo funcionamiento había aprendido en esas horas intensas.

Poco antes de tomar tierra, el Comandante Mario se dirigió otra vez a los pasajeros de su nave:

"Informa el Comandante. Nuevas noticias captadas señalan que a ratz del ataque practicado por el submarino argentino se está hundiendo el crucero Lennon."

Las expresiones de júbilo se repitieron abordo del *jet*

A las 12,14 hs. del 2 de abril una radio privada argentina interrumpió sus emisiones para difundir un comunicado, dando cuenta de la asombrosa acción llevada a cabo por el U-987. Por cuanto la posición de tal radio era adversa al gobierno, informó del hecho con amplitud y precisión, haciendo saber el nombre de los atacantes y el de Martín, cuya libertad reclamaban sus hijos; rindió homenaje a Günther Spiegel, muerto en combate, e imprimió acentos triunfales a la noticia que certificaba el inminente fin de la nave británica. Cerró el boletín con los compases de la *Marcha de las Malvinas*

—¡Escuche, señor! ¡Escuche lo que dice la radio!— gritó el agente Morales, entrando como una tromba a la celda que ocupaba Martín, en el Destacamento policial de Caleta Timerman. Llevaba un pequeño receptor de transistores, puesto a todo volúmen.

Martín se quedó mudo, alelado. No podía creer lo que oía. Aunque el locutor abundaba en detalles, aquello excedía por completo su capacidad de asimilación y no lograba ordenar la

tempestad de emociones que crecía en su epíritu. Cuando la *Marcha de las Malvinas* clausuró el boletín, algo como una descarga eléctrica lo recorrió íntegro, permaneciendo de pie, inmóvil.

—Son mis muchachos— murmuró por fin— Son ellos. ¡Volvieron, Morales, volvieron! ¡Que Dios los bendiga!

El vigilante le tendió los brazos, entre tímido y solidario. Martín lo apretó en los suyos y, apoyada la cabeza sobre el hombro del paisano, lloraba y reía al mismo tiempo.

Recién a las 13,15 hs. Desmond Ferguson conoció la situación. Llamó a su mujer y, juntos, oyeron los informativos que ya se multiplicaban dando cuenta del ataque al *Lennon*. Mientras la expresión de Pamela se ensombrecía, una chispa traviesa brilló en los ojos celestes de su marido.

—Mirá lo que han hecho los chicos de Martín. Linda locura. ¿Qué me decís de don Günther?... Murió con las botas puestas. Y Jenny está en “Las Bardas”... ¿Los habrá ayudado? Como esto parece cosa de Juan, para mí que Jenny participó de algún modo. Juan... *good boy*, Juan...

—Oyéndote se diría que estás de acuerdo con esta barbaridad— comentó Pamela en son de reproche.

—No, no. De acuerdo, no. Pero mirá vos qué aventura... ¡Cómo me gustaría haber hecho algo así a los veinte años... Aunque no creas que estoy de acuerdo... No creas...

A las 15 hs. entraron en cadena todas las radios y canales de televisión argentinos. Pusieron estos últimos en pantalla la imagen del Premio Nobel de la Paz, Pérez Esquivel, y se difundieron los acordes del nuevo Himno Nacional, cuya letra compusiera el poeta Piero. Una voz *en off*, con leve acento centroamericano, difundió el comunicado siguiente:

“A raíz de acontecimientos que son del dominio público, el Gobierno Nacional condena enérgicamente las acciones realizadas en Port Stanley, islas Falkland, por personas que se atribuyen el carácter de ciudadanos argentinos. A las 21,30 horas del

día de la fecha, el Presidente de la Nación dirigirá un mensaje relativo a tan deplorables sucesos."

Martín Segundo, el tragaldabas —que ya había echado en falta las botas que Ignacio le sustrajera—, entró al cuarto donde se hallaban Cristina y Jenny, anunciando:

—Mamá, te quieren ver Teófila y don Santos.

Salió Cristina, encontrando a ambos muy serios, parados el uno junto a la otra. El criollo se había descubierto y, con cortedad, articuló:

—Señora... queremos decirle... los dos... que... la felicitamos... y le damos las gracias... por los muchachos... Eso queremos decirle...

En Caleta Timerman la nueva corrió como las llamas en un pasional reseo, durante el verano. Y sus efectos vinieron a sumarse al descontento que la prisión de Martín suscitara en los pobladores.

Sin que nadie pasara la consigna, paulatinamente se fueron embanderando las casas. Quien no tenía una bandera, se la fabricó y, antes de las cuatro de la tarde, todo el pueblo aparecía empavesado, viva en el viento la divisa celeste y blanca. También florecieron escarapelas en el pecho de los vecinos y los pocos negocios del lugar cerraron sus puertas, rindiendo un homenaje espontáneo que tampoco nadie resolvió explícitamente rendir. Después, la gente ganó las calles.

Los habitantes del lugar comenzaron a reunirse en columna, sumándose a ella de a uno o en pequeños grupos que salían de las casas, de los talleres, del café que bajara sus cortinas. Algunos llegaron de las quintas y chacras próximas. El contingente, cada vez más nutrido, tomó por la calle principal, flanqueado por el ondear de las banderas que engalanaban los frentes modestos: una de ellas, grande, abría la marcha.

El primer sitio donde se dirigió la columna fue al local, utilizado hasta hacía poco por Günther Spiegel para reparar motores diesel. Este estaba cerrado y el gentío formó semicírculo frente a la puerta. Alguien, por fin, se desprendió de la concurrencia y de-

positó en el umbral un ramo de flores: flores humildes, flores del campo o cultivadas con esfuerzo en ciertos jardines de las inmediaciones.

Después, obedeciendo a una contraseña tácita, marcharon todos hacia el Destacamento policial.

Tras los postigos de la Delegación Municipal, Igor Bolchev espiaba el creciente alboroto. Conocía, por cierto, las noticias que originaran el mismo y su alarma aumentaba minuto a minuto. El éxito de su misión corría grave riesgo y temió por su propia seguridad: era difícil prever hasta dónde podía llegar esa gente. Por otra parte, sentía la molesta sensación de haber sido utilizado, tanto él como la organización que representaba.

Prometeo Carnotti consiguió ponerse en contacto radial con el barco de Fonseca. Las instrucciones que impartió fueron terminantes:

—Aléjese mar afuera. Estamos en peligro. No entre en ningún puerto argentino. Y por aquí no aparezca hasta nuevas órdenes.

De inmediato, secundado por el Chino Barraza, se puso a quemar papeles comprometedores.

Serían las cinco de la tarde cuando la columna formada por enervorizados vecinos llegó hasta el Destacamento policial de Caleta Timerman. Empezaba a anochecer. Se agrupó el concurso en torno al mástil plantado ante el Destacamento y, a los gritos de ¡vivalapatria! que se repetían, pronto vinieron a sumarse otros:

—¡Que lo suelten a don Martín!

—¡Abajo los contrabandistas!

—¡Que se vaya el ruso!

Un aire de amenaza caldeó el ambiente, confiriendo nuevo matiz a la exaltación reinante.

Pero ni el Sargento ni Morales necesitaban ser presionados para cumplir una decisión que ya habían tomado. La presencia del gentío, sin embargo, les permitiría el día de mañana esgrimir un atenuante en el sumario que se les podría iniciar con motivo de los sucesos.

—Vamos, señor— dijo el Sargento a Martín, que observaba el espectáculo desde la ventana, manifiestamente conmovido.

—Vamos.

Salieron los tres y los vecinos estallaron en vítores. Martín saludó levantando un brazo, mientras las lágrimas le corrían por la cara.

—Está libre, señor— dijo el Sargento.

—Vea, ustedes se están comprometiendo.

—Ya arreglaremos eso. Fue una barbaridad haberlo detenido y ahora le ponemos remedio. Sus hijos le han prestado a la Patria un servicio grande... Es lo menos que podemos hacer.

Martín avanzó hacia la gente, entre aclamaciones. En seguida se acercó el padre de Fortunato y le dijo:

—Don Martín, se me hace que el Fortunato está con sus muchachos. Hace días falta de casa y últimamente anduvo haciendo algo con don Günther...

Interrumpió la noticia un grito ingenuo y gráfico, que alguien profirió a voz en cuello:

—¡Viva el submarino!

Con algún retraso comenzó el discurso el Presidente. Acallados los compases del nuevo Himno, esfumada en las pantallas de televisión la faz del Premio Nobel de la Paz, ocupó su lugar la del Primer Magistrado. Se lo veía envejecido, ojeroso. El edecán militar no estaba detrás suyo. Sacó fuerzas de flaqueza para imprimir un tono severo a sus palabras cuando dijo:

“Un puñado de irresponsables ha puesto en peligro la paz mundial, afectando en particular las excelentes relaciones que vinculan la Nación con Gran Bretaña. No estamos dispuestos a tolerar que acciones provocativas y desestabilizadoras comprometan la marcha del país rumbo a los grandes destinos hacia los cuales lo conduce nuestro partido. La recuperación de las Falkland configura un punto incluido en la plataforma aprobada por el electorado en los últimos comicios y le estamos dando cumplimiento al través de negociaciones que, si bien prolongadas, confiamos arriben a buen fin. El vandálico hecho ejecutado por los agresores del buque-insignia de la flota ingle-

sa sólo traerá por consecuencia entorpecer el avance de tales gestiones, despertando un justificado recelo en los representantes de la Corona, alentando falsas expectativas y comprometiéndolo incluso el adecuado funcionamiento de las instituciones, razón por la cual bien puede ser calificado como una acción imputable a "mano de obra desocupada". Negamos enfáticamente el derecho de los atacantes a enarbolar la bandera argentina en el submarino utilizado al efecto y ratificamos nuestra terminante desautorización de la aventura. Resulta así que la incursión efectuada contra Port Stanley, además de otorgar nuevos matices sombríos al día de la fecha —dos de abril—, retrotrayéndonos a épocas felizmente superadas, configura un acto de piratería que es nuestro deseo juzgar de manera inflexible. Estamos reclamando al Reino Unido, en consecuencia, la entrega de los culpables, para su enjuiciamiento por tribunales nacionales, ya que una sentencia rigurosa contribuirá a desalentar todo intento que, de cualquier modo, pudiera atentar contra la fraternidad de los pueblos."

Resulta ocioso describir la excitación que hizo presa en los nucleamientos que mantenían vivo el recuerdo de la Guerra de las Malvinas entre los argentinos. El anuncio de la empresa concluída por los tripulantes del U-987 galvanizó a todos aquellos que militaban en Centros de Ex-Combatientes, a los veteranos de las batallas del archipiélago, a los periodistas que empeñaran su pluma en la exaltación de la gesta, a las vastas legiones, en fin, que contribuyeran en las colectas públicas que por entonces se organizaran.

Tal estado de ánimo explicaba la ausencia del edecán militar tras el Presidente de la Nación, al pronunciar éste su discurso de las 21,30, difundido a las 21,50 hs. Y también explicaba ciertas actividades que, espontáneamente al principio, mejor coordinadas luego, tenían principio a todo lo largo del país.

Al tomar conocimiento del ataque al crucero, un militar retirado, Teniente Primero cuando la guerra, repitió enfervorizado un ademán procaz que, muchos años antes, dirigiera a las cámaras de televisión británicas y que lo hiciera célebre.

Ana, *La Beba*, fue quien primero observó desde “Las Bardas” el avance de aquella caravana que venía llegando. Se trataba de una larga fila de vehículos que, haciendo sonar rítmicamente sus bocinas, ocupaba el camino de acceso al casco, perdiéndose en dirección a la ruta pavimentada.

La familia en pleno, acompañada por Jenny Ferguson, don Santos y Teófila, salió a la puerta.

El flamear de banderas en el polvo que levantaban las ruedas, iluminado por la luz de los faros, confería a la escena un aspecto fantástico. Abría la marcha un *jeep* que conducía el padre de Fortunato, acompañado por su mujer y por Martín. Al *jeep* lo escoltaba un patrullero, donde viajaban el Sargento y Morales. Detrás, el pueblo todo de Caleta Timerman, apiñado en los rodados más diversos, desde tractores hasta autos deportivos, pasando por camioncitos y motocicletas.

Marido y mujer se besaron entre un concierto de bocinas, bajo el tremolar de las banderas, bañados por el resplandor de los faros.

Desmond Ferguson decidió dirigirse a “Las Bardas”, parte por hacerse presente en circunstancias tan especiales, ya que su ausencia podría interpretarse de diversas maneras, parte por saber qué papel había jugado Jenny en la aventura.

Se aproximaba en su *Land Rover* al lugar donde confluía en la ruta el camino de acceso a la estanzuela de Martín, cuando reparó en la caravana que hacia allí marchaba. Supuso en seguida el motivo que impulsaba tal manifestación solidaria y dudó un momento, por cuanto su nacionalidad podría acarrearle alguna situación molesta. Pero se repuso en seguida, diciéndose:

—De cualquier modo tengo que saludar a Cristina.

Y sumó su rodado a la comitiva.

Una vez arribado, esperó Ferguson el momento oportuno para acercarse a Martín, a Cristina, a su propia hija. Pese a ser reconocido, a nadie se le ocurrió molestarlo, sabiéndose —como se sabía— que Ferguson era persona excelente.

Martín lo vio acercarse y, separándose de quienes le rodeaban, fue hacia el inglés para abrazarlo en silencio. Luego, tomándolo por los hombros y mirándole a los ojos, le dijo:

—Desmond, usted es un gran amigo. Tengo tanto que agradecerle...

—Usted, Martín, hubiera hecho lo mismo por mí.

—En cuanto al ataque que han realizado los muchachos, bien sabe que no hay nada personal de por medio y conoce nuestras razones.

—Las conozco, *my friend*. Yo sigo estando del otro lado: soy británico y amo a mi tierra. Pero no sólo los comprendo sino que, en el lugar de ustedes, estaría orgulloso por la aventura... Dígame una cosa, Martín. ¿qué hizo y qué dice Jenny?

—Hable con ella.

Ferguson fue en busca de su hija. Y le bastó verla para comprender todo. Padre e hija intercambiaron una sonrisa cómplice, mucho más elocuente que muchos discursos.

—¿Vio, jefe, que era un submarino nomás?

—Vos calláte y ayudame.

Prometeo Carnotti y el Chino Barraza siguieron cargando la camioneta en la cual se disponían a huir.

También Igor Bolchev hacía sus valijas, resuelto a desaparecer para siempre de Caleta Timermap.

Desde 1982 no se vivía en la Argentina un 2 de abril como aquel que estaba concluyendo. Techos y balcones se embanderaban en todo el país. Brotaban escarapelas por doquier. Grupos cada vez más numerosos comenzaron a reunirse en las plazas de pueblos y ciudades.

XVIII

DOS CRUCES EN DARWIN

Flanqueado por los dos destructores, el U-987 estaba inmovilizado. El Capitán del *Russel* se dirigió a la tripulación del submarino, utilizando un megáfono. Como hablaba en inglés, el diálogo no fue posible. Desde lo alto de la borda el marino veía, allá abajo, el casco oxidado del sumergible; la torreta dañada donde, no obstante, ondeaba una bandera celeste y blanca amarrada al periscopio trunco; el cadáver de un viejo, apoyado en el cañón destruído; infinidad de cápsulas dispersas en cubierta y, alineada sobre ella, una dotación singular: dos muchachos, uno de los cuales trasuntaba cierta autoridad, aparentando ser el jefe; una joven, bonita, con pelo corto; un quinceañero ataviado con bufanda y birrete; un chico de corta edad, que vivía con aparente naturalidad aquella experiencia singular; un perro de pelaje hirsuto, tendido a los pies del muerto. Uno de los muchachos mayores, aquel que parecía ser el jefe, estaba herido a la altura del hombro, tinta en sangre la campera que llevaba.

Fracasada la comunicación, buscó el Capitán del *Russel* un marinero que hablara español. No lo encontró. Volvió entonces a gritar por el megáfono:

—¡Hey!

Juan miró hacia arriba. Se hizo cargo de las dificultades que la situación suponía y, para ponerles fin, acudió a un gesto gráfico, que no requería traducción: extrajo de su cintura la pistola *Walther* que perteneciera al Comandante von Lichtenauer y par-

simoniosamente la tiró al mar. El arma hizo una parábola y, con breve chapuzón, desapareció de la superficie.

El Capitán del destructor comprendió.

Dos marineros se descolgaron hasta el submarino y amarraron los cables arrojados desde el *Atlee* y el *Russel*. Luego, a velocidad mínima, el conjunto que formaban ambas naves y el U-987 se puso en marcha hacia el muelle.

Mientras el submarino y los dos destructores se aproximaban al malecón, el *Lennon* se alejaba de él. Durante el combate sus máquinas habían sido puestas en funcionamiento y, ahora, un pelotón de voluntarios lo conducía hacia el centro de la bahía, notoriamente escorado y ardiendo como una pavesa: razones de seguridad imponían separarlo de la costa rápidamente.

Una vez arribado al lugar previsto, la pequeña dotación que se encargara de ello abandonó el crucero en una lancha. Su retirada no pudo ser más oportuna pues nuevas y poderosas explosiones conmovieron la estructura del navío en llamas. Las distintas columnas de humo se reunieron en un penacho inmenso, cuya base extendíase de popa a proa, elevándose hacia el centro como una gran sombrilla conformada por volutas espesas, de aspecto casi sólido, estriadas por lenguas de fuego. En todo el ámbito de la bahía se respiraba el olor del petróleo, de la brea, de los componentes plásticos que ardían.

Un estallido interno abrió otro rumbo en la banda de estribor, precipitándose el agua hacia las entrañas del barco; el ángulo de escora se acentuó y levantáronse chorros de vapor en medio de la humareda, al ponerse esa cascada en contacto con los metales candentes. Sobrevino una nueva explosión en la zona central, el humo cubrió la escena y el *H.M.S. John Lennon* emprendió su último viaje, hacia las profundidades, entre remolinos y hervores de espuma. Como el morro de un cachalote herido se levantó la proa, que desapareció por fin con un lento movimiento de retroceso. Toda clase de restos; quedó flotando en el lugar y una vasta mancha oleosa se extendió por las aguas.

La población toda de Puerto Argentino presenció el fin del buque-insignia de la flota británica. Sir Archibald Popham con el fastidio consiguiente. Era casi divertida, en cambio, la expresión del Coronel Lancelot Gordon, quizá a raíz de la eterna rivalidad que alientan las fuerzas de tierra y mar en todas partes del mundo. Calculaba el Gobernador las indemnizaciones que reclamarían los dueños de edificios afectados por las explosiones (nada lerdos son los *kelpers* cuando de reclamar indemnizaciones se trata), mientras se preguntaba si habría que remover los restos del crucero para permitir la navegación en el área. Frank Drake deseó que la tripulación del *Lennon* fuera repatriada en un barco de pasajeros fletado al efecto, lo cual tornaría particularmente grato el regreso. Tom observó desde el aire la agonía del navío, cuidando de mantener su avión a distancia prudencial, ya que los trozos de aquél saltaban hasta grandes alturas. El soldado de escucha se repetía —y repetía a quien quisiera oírlo— que todo ese destrozo se hubiera evitado atendiendo debidamente su voz de alarma.

Desde la cubierta del submarino, los atacantes fueron presa del mayor entusiasmo cuando la desaparición definitiva del crucero les confirmó el éxito total de la misión emprendida.

No resultaba ya necesario que Jenny Ferguson difundiera la noticia del ataque registrado en las Malvinas, acudiendo a los buenos oficios de radioaficionados complacientes. La inesperada nueva sacudió los centros informativos del mundo, que multiplicaron boletines, comentarios, deducciones y acotaciones a su respecto. Jinete de las ondas, conmovía el éter un tráfico febril que tenía al suceso como objeto y fin. Ningún medio, so pena de defraudar el interés público, pudo mantenerse ajeno al acontecimiento, que pasó a constituir la atracción máxima de lectores, oyentes y televidentes. El resultado del Gran Premio automovilístico de Rabat —disputado en la fecha— pasó desapercibido.

La búsqueda de primicias desató una competencia desaforada. Agencias noticiosas, periodistas de medios gráficos, camarógrafos de la televisión, procuraron de inmediato hacerse presentes allí donde la información tenía origen, disputando a brazo partido las plazas de cada vuelo *charter* que se contrató con destino a Port Stanley.

En Oslo, el superior de Igor Bolchev tomó conciencia del descrédito que los sucesos podían acarrear a la organización que integraba y decidió desautorizar a su subordinado, si resultara necesario. En cuanto a éste, tripulando un automóvil de la Delegación Municipal de Caleta Timerman, ponía la mayor distancia posible entre esa localidad y su persona, decididamente ingrata a los pobladores.

Prometeo Carnotti y el Chino Barraza viajaban por rutas secundarias, rumbo a Bolivia. Plinio Fonseca se preguntaba si su destartalado barco lograría doblar el Cabo de Hornos, en procura de puertos chilenos. El Diputado Starkin concluyó que no existían mayores pruebas que acreditaran su vinculación con los contrabandistas ni con SPARTACUS, si bien no las tenía todas consigo.

Una vez atracado el submarino, Juan y los suyos saltaron a tierra. El reducido grupo de argentinos, desaliñados, herido uno de ellos, cruzó el muelle bajo fuerte custodia. Dos marineros transportaban, en una angarilla, el cuerpo de Günther Spiegel. Cerraba la marcha Ignacio y, tras sus talones, venía "Catriel".

Subieron los atacantes a un camión militar, en cuya cabina se instaló Juan, mientras el Coronel Gordon tomaba asiento al lado suyo. Los restos de don Günther fueron introducidos en una ambulancia. Luego, vigilado el camión por dos tanquetas, la comitiva se puso en movimiento hacia la base, donde los incursores quedarían detenidos a la espera de que se constituyera la Corte Marcial que debía juzgarlos.

No obstante el respeto que le infundía el valor de los tripulantes del submarino, Lancelot Gordon —apegado a las formas y, en especial, a ciertos cánones victorianos— cumpliría su deber al presidir, como máxima autoridad militar del archipiélago y sus dependencias, la Corte Marcial que se constituiría para juzgarlos. Y no ignoraba que el fallo a dictar, seguramente, sería una sentencia de muerte. Eso sí, aunque el caso fuera encuadrado como un acto de piratería, no estaba dispuesto a admitir el empleo de la horca para ejecutarla: prefería el fusilamiento.

Ya de madrugada se empezó a dispersar el gentío reunido en "Las Bardas". Establecida la participación que le cupiera a Fortunato en la aventura, sus padres habíanse sumado a Cristina y Martín, formando con ellos el centro del homenaje rendido por los pobladores de la zona a los familiares de quienes protagonizaran tan notable empresa. El primero en retirarse fue Ferguson, que anunció a Martín:

—Me la llevo a Jenny. Ahora no hace falta aquí.

—De nuevo, gracias por todo, Desmond. Y gracias a vos, m'hija— dijo el ex militar, besando a la muchacha.

Se aproximaba el alba cuando Cristina y su marido se quedaron solos. Tras las emociones de la jornada, los chicos por fin se habían dormido. Sentados uno frente al otro, marido y mujer callaban. Cristina murmuró:

—¿Qué será de Juan, Patricia, Fernando e Ignacio? ¿Y de Fortunato?... Pobre don Günther.

—Cuando una acción da frutos tan buenos como ésta, tiene que terminar bien. En cuanto a Spiegel... cayó en su ley. ¿Quién podría suponer que, en el último tramo de su vida, en un pueblito perdido, iba a encontrar este final glorioso?

El alojamiento preparado para los tripulantes del U-987 en la base militar era amplio y limpio, destinándose un depósito contiguo a dormitorio de Patricia, única mujer del grupo. Juan fue llevado de inmediato a la enfermería, donde desinfectaron y vendaron su herida, colocándole el brazo en cabestrillo. Se bañaron con gusto, salvo Ignacio, siempre retiscente a tal operación.

Dado que sabía hablar castellano, el soldado-escucha fue incluído entre los centinelas y a él se dirigió Juan para comunicar el último deseo de don Günther: que se lo enterrara en el cementerio de Darwin, donde reposaban los soldados argentinos muertos en la guerra del 82.

De golpe, como un mazazo, el cansancio se abatió sobre los prisioneros. Súbitamente advirtieron que casi no habían conocido el sueño durante aquellas jornadas tremendas. Las sábanas de sus catres eran ásperas y muy blancas, abrigadas las mantas y adecuada la calefacción que templaba la cuadra. Juan dirigió una breve oración, respondida por los demás, con lo cual pusieron fin

a ese inolvidable 2 de abril. Al rato, todos dormían profundamente.

Pese a no contar con permiso para aterrizar, el primer avión contratado por los medios de prensa sobrevoló las Malvinas antes del alba. Consultado el Coronel Gordon al respecto, rugió:

—¡Prohibido darles pista! ¡Y avisen al piloto que si no se aleja les haremos fuego!

Lancelot detestaba al periodismo y contaba con buenas razones para ello, que no hacen al caso. Por otra parte, su humor era pésimο. Agitado por una gran desazón, no lograba conciliar el sueño.

Militar puntilloso, no podía menos que sentir en carne propia el éxito del ataque realizado por los muchachos argentinos, aunque víctima de él hubiera sido un bien de la Armada, detalle éste que atenuaba su disgusto, en tanto miembro del Ejército. Respetuoso, además, de leyes y reglamentos, duro su carácter, entendía que la sentencia que debería dictar tendría que ser rigurosa, sin atender a sentimentalismos.

Pero, al mismo tiempo, admiraba como sabemos el coraje personal y, dada su formación, comprendía que la gente respondiera a motivaciones patrióticas. Pero aún otro aspecto, de orden privado, afectaba su estado de ánimo.

Consistía el mismo en tener él un hijo que contaba aproximadamente la edad de Juan, al cual había procurado educar con rigor, de acuerdo a los principios tradicionales que regían su propia conducta. El chico, sin embargo, resultó un perfecto inútil, suerte de *hippy* indolente que militaba en movimientos pacifistas y adhería a esotéricas doctrinas orientales que Gordon menospreciaba. De manera que, por contraste, estimaba aún en mayor medida el sacrificio que entrañaba la acción de los argentinos e, incluso, el buen aspecto de todos ellos, la firme serenidad con que se conducían. El Coronel, en una palabra, podría decirse que envidiaba a los padres de esos muchachos.

Pero existía aún otra circunstancia genérica, que no podía pasar desapercibida para el gran público y mucho menos para Gordon, quien contaba con un aceptable sentido del ridículo: resultaba un tanto grotesco desplegar todo el aparato de la justicia del Imperio —bajo su aspecto más rígido, pues se trataría de una Corte Marcial— para juzgar a un puñado de colegiales. Tal juicio terminaría por despertar general simpatía hacia los prisioneros y,

lo cual era casi más temible, podría hacer aparecer como una comedia cruel la formalidad del trámite.

Y —último detalle que contribuía a alterar el humor del Coronel— en torno suyo andaría rondando Sir Archibald Popham, al cual consideraba un rematado imbécil y cuyos contactos con altas esferas de la metrópoli podrían perturbar la marcha de las cosas, creando interferencias molestas.

Al rato de haberse alejado el primer avión fletado por la prensa, otros dos aparecieron en la madrugada de Port Stanley, solicitando autorización para tomar tierra. Gordon reiteró sus órdenes, tendientes a que los malditos periodistas se volvieran como habían venido.

Con las primeras luces del 3 de abril, el soldado que hablaba español —apelado Billy—, despertó a los presos e informó a Juan: —El Coronel Gordon les permite acompañar bajo custodia los restos de Günther Spiegel, que serán enterrados en Darwin.

Se acicalaron todos lo mejor posible. Ignacio preguntó al centinela:

—¿Puedo llevar el perro?

Vaciló el guardia ante el pedido pero, encogiéndose de hombros, permitió que "Catriel" se sumara al grupo.

En un playón de la base, barrido por el viento, los aguardaba un reducido convoy. Subieron a un vehículo de transporte con capacidad para una docena de personas, pintado color verdeoliva. Un *jeep*, donde viajarían Gordon y el capellán, señalaría el camino. Otro arrastraba una cureña, sobre la cual se había colocado un ataúd de tablas apenas desbastadas. Dos motocicletas seguían al transporte, dentro del que iban, también, cuatro soldados provistos de metralletas.

Tomó la comitiva hacia el suroeste, por una de las nuevas rutas construídas después de la guerra del 82. El recuerdo de aquellas acciones hacía que los argentinos miraran con particular emoción el paisaje que se ofrecía a su vista: la periferia de Puerto Argentino, salpicada por casitas de madera tras jardines exiguos, brillantes al fondo las aguas de la bahía: el cruce de las alturas próximas, sembradas con piedras grises, que se tornaban más abruptas hacia las crestas; llanuras cubiertas por hierbas palustres; el mar for-

mando horizonte y avanzando a favor de las escotaduras de la costa; el cielo gris, las nubes bajas.

Llegaron por fin al cementerio, cercado por una fuerte alambrada. Cruces blancas, geoméricamente distribuidas; algunas lucían nombre criollos, otras amparaban los huesos de combatientes anónimos.

La continuidad de las cruces aparecía rota cada tanto pues, con motivo de diversas gestiones realizadas, Inglaterra permitió la repatriación de los muertos argentinos. En virtud de esa autorización, algunos trajeron de vuelta al continente sus familiares caídos; otros, en cambio —y fueron mayoría—, prefirieron que quedaran en las islas, como semilla fecunda, como prenda para una recuperación definitiva en la cual siguieron confiando, igual que tantos más.

Ocho soldados, al mando de un sargento, se habían adelantado para cavar la fosa, que aparecía hacia el extremo derecho del cementerio. Junto a ella, un montón de tierra oscura, húmeda.

Como el cajón carecía de manijas, se dispusieron cuerdas en torno suyo y, a pulso, lo llevaron Juan, Patricia, Fernando y Fortunato. Ignacio los seguía, con "Catriel" a la zaga. El capellán, un irlandés de pelo amarillo y rostro púrpureo, caminaba delante.

Colocado el ataúd en el fondo de la fosa, formaron los soldados y, a la voz del coronel, rindieron honores. Leyó el capellán los textos rituales, pidieron los muchachos por lo bajo la protección divina para el alma de don Günther y, adelantándose Juan, echó sobre la caja el primer puñado de turba, que cayó con un sonido sordo. Sucesivamente hicieron lo mismo Patricia, Fortunato, Fernando e Ignacio.

Rotas las filas, los soldados cubrieron rápidamente la tumba, utilizando para ello sus palas de trinchera. Luego hicieron encima un montículo oblongo.

Cuando todo hubo concluido, adelantándose nuevamente Juan y con alguna solemnidad, valiéndose del brazo sano, sacó del bolsillo la condecoración que Spiegel ganara en viejos combates y la colgó de la cruz plantada en el sepulcro. La cinta que sostenía la cruz negra sobre la cruz blanca estaba manchada de sangre.

El Coronel Gordon ordenó regresar, conmovido su espíritu por la ceremonia.

Antes del mediodía apareció una embarcación repleta de periodistas ante Puerto Argentino. En ausencia del Coronel y haciendo uso de su autoridad en jurisdicción marítima, Sir Archibald Popham le permitió amarrar y desembarcar el pasaje, sensible a los halagos de la notoriedad que los medios de prensa podrían depararle. Como un aluvión abigarrado se abatió sobre la ciudad un vasto contingente de reporteros, armados con micrófonos, cámaras y reflectores.

Fue un grupo desprendido del numeroso contingente recién desembarcado el que pretendió detener el cortejo que volvía de Darwin, en procura de primicias para los *medios* que cada uno de sus integrantes representaba. Intuyendo el propósito que animaba a los interceptores, Gordon ordenó acelerar la marcha, soltando una maldición arcaica y terrible. No obstante ello, la imágen de los atacantes del *Lennon*, captada al paso del transporte que los conducía, quedó registrada en infinitas placas que, pronto, recorrerían el mundo entero.

XIX

ANTE LA CORTE MARCIAL

Retiradas las camas de la tropa, otra cuadra del cuartel inglés en Malvinas fue habilitada como recinto para la Corte Marcial, cuyas sesiones comenzarían el 4 de abril. Escrupuloso en todo lo tocante al decoro imperial, el Coronel Lancelot Gordon dedicó la tarde del 3 a blanquear el local y hacer baldear los pisos con desinfectante. Un retrato del rey fue colgado de la pared, en uno de sus extremos; debajo, una mesa larga, de madera clara, provista de arcos para escribir; enfrente de ella, cinco taburetes; tras los taburetes, varias filas de bancos. Olía el lugar a sala de hospital y tenía cierto aire de aula escolar. La bandera británica se colocó en un ángulo, a la derecha de la mesa.

El Coronel proponíase mantener alejada a la prensa mientras se sustanciara la causa y había impartido órdenes terminantes, destinadas a impedir el paso de todo periodista. Sin embargo, sentía el peso de una presión creciente, mediante la cual se procuraba que modificara su actitud.

Varias cámaras fueron emplazadas a cierta distancia del portón que daba acceso a la base y registraban las entradas y salidas de cualquier persona vinculada de un modo u otro al suceso. Sir Archibald Popham habíase transformado en algo así como el abogado defensor del periodismo y, en su intento por convencer a Gordon, mantuvo con éste una áspera entrevista, durante la cual el militar ratificó el pobre concepto que se había formado del marino. Fracasado su intento conciliatorio, Sir Archibald se comunicó por telex con Londres.

Pese a las severas restricciones impuestas por Lancelot, quienes representaban a los medios de información se arreglaron para suministrar abundantes noticias sobre la situación en el archipiélago. La primera plana de los diarios y las pantallas de televisión, en todo el globo, mostraba la imagen del U-987 amarrado en Puerto Argentino; señales de algunos impactos que dañaran los frentes de casas, próximas al teatro de la batalla; restos del crucero, recogidos de las aguas; la tumba de Spiegel, en Darwin, con su cruz negra colgando de la cruz blanca; y, sobre todo, recorrieron el planeta aquellas placas que mostraban el perfil de los incursores al través de las ventanillas del transporte que los trajera de regreso, luego del entierro de don Günther.

También el periodismo había llegado hasta Caleta Timerman y, allí, fueron entrevistados los padres de Fortunato y varios vecinos caracterizados. Martín se negó en redondo a todo reportaje.

Se disputó el público los diarios que daban cuenta del ataque, devorando la información transmitida por los reporteros y los comentarios tejidos, en base a ella, por prestigiosos columnistas. Boletines relámpago se ocupaban de las novedades que acaecían en Puerto Argentino. Como resultado de un tácito acuerdo, el rostro de Sir Archibald Popham apareció reiteradamente y su actuación en el combate fue presentada de modo decoroso. Las críticas llovían, en cambio, sobre el Coronel Gordon, a quien se definía como prototipo de rigidez e intolerancia.

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas fue convocado urgentemente y, conforme a una costumbre invariable, sus miembros, luego de arduo debate, resolvieron dar a conocer una recomendación anodina, donde se condenaba la violencia en medio de chirles apelaciones a la paz mundial y a la fraternidad de los pueblos.

Las autoridades de Buenos Aires persistían desplegando una gran actividad, dirigida a deslindar responsabilidades por el ataque. Se instruyó ampliamente al Delegado ante la UN para que condenara la acción irresponsable de los incursores, expresara el ánimo oficial de indemnizar generosamente al Reino Unido por los perjuicios causados y reiterara la disposición que animaba al gobierno para proseguir negociando respecto a los territorios en disputa.

El Embajador inglés fue convocado de inmediato y el propio Presidente de la Nación le transmitió su pesar, reclamándole verbalmente el derecho de los tribunales locales para juzgar a los partícipes y dándole seguridades respecto al rigor con que serían tratados: una nota de contenido análogo se cursó a la Corona.

No obstante la repercusión previsible que la aventura suscitara en medios oficiales, tanto argentinos como extranjeros, ecos muy diferentes eran los que despertaba en el común de la gente, dentro y fuera del país.

Venezolanos, peruanos y panameños, fueron los primeros en manifestarse en favor del gesto. Concursos numerosos se congregaron frente a las Embajadas argentinas y británicas, vivando y denostando por su orden a las naciones cuyos escudos lucían los respectivos edificios. Se sumaron los españoles rápidamente a tal movimiento de simpatía y una gruesa columna dirigióse hacia las proximidades del Peñón, dando vítores a los tripulantes del U-987. Luego se agregaron las expresiones de apoyo que, estentóreamente, proclamaban italianos e irlandeses, paraguayos, polacos, bolivianos, japoneses, egipcios, filipinos...

Dentro de las fronteras argentinas se vivía una situación peculiar. A partir de la tarde del 2 de abril, una agitación contenida bullía en la población, creciendo de continuo. Verdaderas multitudes se daban cita en las plazas de ciudades y pueblos dispersos en la vastedad del territorio. Como contrapartida de la cálida adhesión que generaban los tripulantes del sumergible, poco a poco hacía patente un sentimiento de sorda animadversión hacia el gobierno que los desautorizara. Quienes asistieran a las concentraciones recién se dispersaron al rayar el alba pero, hacia el anocher del día siguiente, las manifestaciones se repitieron en los mismos lugares, cada vez más numerosas. Tenían éstas un carácter fundamentalmente espontáneo, si bien los líderes naturales con que cuenta cada comunidad comenzaron a coordinar y canalizar el entusiasmo público, adquiriendo las reuniones cierto carácter de cabildos abiertos, por decirlo así.

Probablemente en virtud de las gestiones efectuadas por Popham, el Coronel Gordon recibió una orden terminante desde la metrópoli: debía franquear de inmediato la entrada a los representantes de la prensa, poniéndose a su disposición y otorgándoles cuantas facilidades requirieran. Respecto a las sesiones de la Corte Marcial, serían registradas íntegramente por la televisión, permitiéndose la entrada a la sala de todo periodista acreditado.

—Esto jamás hubiera ocurrido en tiempos de Margaret— refunfuñó el Coronel, añorando el último gobierno conservador que rigiera Gran Bretaña, antes que allí se sucedieran los acontecimientos políticos que deploraba el austero militar.

Advertía éste, en forma cada vez más clara, el riesgo que entrañaba aquel juicio que se iniciaría a la mañana siguiente, agravado por la amplia difusión que ahora se permitía dar al mismo. De cualquier manera, se dispuso a cumplir las órdenes recibidas.

Al caer la tarde del 3 de abril, los vecinos de Caleta Timerman se reunieron en la plaza del pueblo, frente a la Delegación Municipal, vacía ésta por retirada de las autoridades electas.

Alguien improvisó una arenga, a lo largo de la cual se reiteró el elogio al ataque realizado en Puerto Argentino, se señaló la acefalía provocada por el viaje precipitado de Carnotti y sus secuaces, recordándose por fin el Cabildo del año 10.

Con relación al juicio que se iniciaría al día siguiente en las Malvinas, los criterios estaban divididos en "La Nueva Devon": Pamela reivindicaba sin retaceos el derecho de sus compatriotas para condenar severamente a los atacantes; Jenny lo negaba en redondo, aduciendo argumentos muy poco jurídicos; Desmond limaba asperezas y emitía opiniones prudentes.

Como toda actividad castrense, las sesiones de la Corte Marcial comenzaron muy temprano. Era todavía noche cerrada cuando, en la sala atestada, bajo la luz implacable de los reflectores instalados para permitir el trabajo de las cámaras, ingresaron los miembros del Tribunal. Presidía éste el Coronel Gordon y estaba

integrado, además, por un oficial de la Armada y otro de la Fuerza Aérea, asistidos todos por un Capitán Auditor que oficiaría de Secretario. Un Mayor actuaba como Fiscal. Lucían los cinco uniformes de gala y Gordon dudó sobre la procedencia de llevar al recinto aquella fusta que siempre lo acompañaba: se resolvió al fin por la afirmativa y entró con ella bajo el brazo.

Zumbaron las cámara de cine y televisión, refusilaron los *flashes* por largo rato, llenaron el lugar los murmullos de los locutores transmitiendo a la sordina. El interés del mundo entero centróse en Puerto Argentino, llamado casi unánimemente Port Stanley.

Se sentaron los jueces tras la mesa de madera, bajo el retrato del rey, dejando transcurrir cierto tiempo para que los periodistas cumplieran su cometido y pese al disgusto que tal actividad producía al Coronel. Luego, el Secretario hizo seña para que fueran introducidos los prisioneros.

Simultáneamente con la entrada de los presos a la sala, un curioso personaje se hizo presente en la Guardia de la base, sembrando en ella el mayor de los estupores. En un inglés primario, con giros castellanos y algún vocablo propio de los ovejeros *kelpers*, pidió hablar con el oficial a cargo.

El gobierno argentino no había cejado entretando en su empeño de hacer juzgar por tribunales nacionales a los tripulantes del U-987 para, con la dureza de la sentencia que habrían de dictar, poner de manifiesto su repudio a la aventura y buena disposición hacia el Reino Unido. En las primeras horas del 3 de abril, la Licenciada Beatriz Camacho, Cancillera de la República, había volado hacia Gran Bretaña para insistir sobre el punto.

Al entrar los reos subió el volúmen del zumbido de las cámaras, intensificándose el centelleo de los *flashes*. Venían custodiados por un soldado cada uno. Varios periodistas intentaron arrancarles declaraciones al paso, siendo ásperamente rechazados por los guardias.

Juan, Patricia, Fernando, Fortunato e Ignacio fueron conducidos hasta los taburetes instalados frente al estrado y permanecieron de pie ante ellos. Iba a dar comienzo el trámite, mediante la lectura de las fórmulas establecidas, cuando sobrevino un pequeño tumulto junto a la puerta por la cual habían pasado los muchachos. Ocurrió que, cruzándola como una exhalación, "Catriel" superó la vigilancia allí establecida, enfiló el pasillo que llevaba hasta el lugar que ocupaban los jueces y, torciendo el rumbo de su carrera, se echó a los pies de Ignacio, que lo recibió entusiasmado. Hubo exclamaciones y risas en la sala, pensó Gordon en hacer desalojar al animal pero, previendo la ridícula situación que podría protagonizar un recluta corriendo tras el perro en un local atestado, optó por dejar las cosas como estaban y soltó un bufido resignado.

La inesperada llegada de "Catriel" distendió los ánimos y quebró la solemnidad impuesta a duras penas por el Coronel. Enfocada en primerísimo plano, la cabezota del animal ocupó las pantallas de los televisores encendidos en todo el planeta. Repuesto Gordon, dispuso se leyeran por Secretaria las rígidas disposiciones previstas por el ritual de aplicación. Se pararon los jueces durante la lectura, permaneciendo en pie los reos.

Billy, el escucha, oficiaba de traductor. Por su intermedio supieron los acusados que se les ofrecían los oficios de un defensor. Juan, en nombre propio y de sus compañeros, rechazó el ofrecimiento, manifestando que asumiría la defensa del grupo. Fue entonces cuando otro incidente alteró la marcha del proceso.

Entró un soldado y, luego de hacer la venia, solicitó permiso para comunicar algo al Presidente del Tribunal, en forma reservada. Gordon, con expresión interrogante, accedió a ello y se dirigió a un rincón del estrado, acompañado por el mensajero. Durante un rato hablaron en voz baja y, aunque la contrariedad del Coronel saltaba a la vista, hizo por fin un gesto afirmativo, volviendo a ocupar su lugar tras la mesa.

Instantes después irrumpió en el recinto una figura singular. Se trataba del mismo personaje que conversara con el Jefe de Guardia y cuya existencia misteriosa nadie ignoraba en el archipiélago, si bien las noticias que corrían a su respecto resultaban vagas y fantásticas. Era un hombre alto, de larga cabellera y barba espesa, plateadas. Brillaban sus ojos febriles en el rostro, curtido por

mil intemperies. Se cubría con una gran capa de cuero de oveja, vuelta la lana hacia adentro. Al llegar al estrado quitóse la capa con gesto de monarca y, bajo la misma, apareció un uniforme raído, desteñido y arcaico.

—¡*El Capitán!*— exclamaron varias personas de entre el público, utilizando la palabra castellana para designar al recién llegado.

Era *El Capitán* algo así como un espectro familiar, fugazmente entrevisto cada tanto tiempo, sea en la Gran Malvina, sea en la Isla Soledad. Ignorábase cómo cruzaba el estrecho de San Carlos, pero lo cierto es que aparecía indistintamente en una u otra de sus márgenes. Se decía de él que era una ex Capitán del Ejército Argentino, destacado en Puerto Howard cuando la guerra del 82. Allí lo habría sorprendido la rendición final, que él jamás acató. Permaneció en el archipiélago para atestiguar que los argentinos no se resignaban a abandonar lo suyo, viviendo errante en condiciones durísimas. Nunca había hecho daño a nadie, reduciéndose en todo caso a carnear una oveja sin que ningún propietario le hiciera cargo por ello. Durante los primeros años salieron varias patrullas en pos de *El Capitán*, sin dar con él; luego se abandonó la empresa, habituándose los ganaderos a admitir aquella presencia esporádica como algo natural. Así, de cuando en vez, alguien veía su silueta recortada sobre el filo de una cresta, los perros pastores advertían su aproximación en noches de invierno o la huella de sus pasos quedaba impresa en sendas solitarias.

Jamás bajó *El Capitán* hasta las poblaciones, de modo que su llegada a Puerto Argentino provocó una conmoción en los habitantes de la capital, todos los cuales tenían noticia respecto a las andanzas subrepticias de aquella sombra vagabunda. Enterado vaya a saber uno por qué medios sobre los sucesos acaecidos, el ex militar decidió abandonar sus soledades y ofrecerse como Defensor de sus compatriotas. Eso es lo que había propuesto al Jefe de Guardia, presentándose en la base, y eso es lo que el soldado planteó al Coronel Gordon quien, recto y escrupuloso al extremo, resolvió que no había motivos suficientes para rehusar tal beneficio a los inculpados.

Enterado Juan del ofrecimiento, lo aceptó en seguida pues,

por su padre, conocía la leyenda que rodeaba a *El Capitán*. Equidistante entre la mesa de los jueces y los taburetes de los acusados, se colocó una silla para el Defensor, que tomó asiento en ella. El ambiente de la sala adquirió extrañas características. Características tan extrañas como las que distinguían al notable personaje que se había aposentado en ella.

Martín detestaba la televisión, de manera que no había televisor en "Las Bardas". La importancia de los acontecimientos que se estaban desarrollando le llevaron no obstante a transigir en su rígida posición y, con Cristina y los chicos, viajaron hasta Caleta Timerman para seguir el juicio por medio del aparato que poseían los padres de Fortunato. Así, cada incidente ocurrido en el recinto donde sesionaba el Tribunal constituido en Puerto Argentino, era observado con dolorosa atención por la familia de los inculpados, a quienes sus padres vieron entrar en la sala y cuyas expresiones procuraban éstos interpretar para compartir sus estados de ánimo. Preocupáronse todos la notar el brazo en cabestrillo de Juan y celebraron la entrada de "Catriel". En cuanto al ingreso de *El Capitán*, conmovió profundamente a Martín, que apenas reconoció en él a un antiguo camarada, por quien conservaba un gran aprecio con motivo de sus actuaciones en la lucha contra el terrorismo y en los combates del 82.

Luego de reseñar los hechos (hechos que no requerían ser probados), leyó el Fiscal la acusación, enumerando los daños causados por el ataque del U-987, que detallo con precisión de Contador. Incluyó entre ellos el valor del crucero hundido; los deterioros sufridos por las propiedades próximas al puerto; la atención médica que se prestaba a los heridos; los salarios doblados que deberían abonarse a los marineros y soldados por intervenir en acciones de guerra; el flete del buque que repatriaría a los tripulantes del *Lennon*; la nafta y el petróleo consumidos por aviones, buques y vehículos militares; el funcionamiento mismo del Tribunal, integrado a raíz de la incursión del submarino.

El aspecto más grave del caso no consistía, sin embargo, en la suma de los perjuicios causados. Su aspecto fundamental estriba-

ba en su naturaleza, en su encuadramiento formal. Ocurría, efectivamente, que el gobierno del país de donde provenían los atacantes desautorizaba la acción de éstos y, mediante comunicados oficiales, certificaba que la misma había sido emprendida por cuenta y riesgo de los incursores, sin conocimiento de las autoridades. Se trataba, por ende, de un acto de piratería.

Aunque arcaica, Inglaterra contaba con una legislación precisa para castigar piratas y corsarios. Si bien, a lo largo de varios siglos, se había valido de ellos con el fin de golpear naciones enemigas —cerrando los ojos cuando sus filibusteros actuaban en beneficio propio contra bienes y personas neutrales—, contaba con los medios legales necesarios para desalentar el empleo de métodos análogos en perjuicio del Imperio. De manera que el Fiscal no tuvo que esforzarse mucho para hallar en viejos papeles las penalidades que correspondía aplicar a los atacantes. Solicitó la pena de muerte para Juan y Fortunato; prisión perpetua para Patricia y Fernando. Respecto a Ignacio y “Catriel” se presentaba una situación particular: sin duda los usos habían variado desde el siglo XVIII, pero las disposiciones respectivas se mantenían vigentes y el Mayor no tuvo otro camino que invocarlas. Establecían las mismas que se azotara al chico, quien, después, debía servir compulsivamente como grumete en un navío de guerra, hasta alcanzar la edad que permitiera su traslado a una prisión de la Corona; en cuanto al perro, correspondía colgarlo del cuello hasta morir, utilizando al efecto el mástil de una fragata.

Conocidas las rigurosas penas pedidas por el Fiscal, los murmullos en la sala subieron de tono, se observó a los locutores congestionarse a raíz del énfasis puesto para comentar tan desmesurado requerimiento y las cámaras jugaron en favor de los acusados, haciendo contrastar la juventud de sus rasgos con el ceño adusto del Mayor, que cumplía su deber con manifiesto disgusto.

El Coronel Gordon indicó al Defensor que iniciara su alegato.

Antes de comenzarlo, *El Capitán* requirió hablar con sus defendidos y, durante un rato, se vio a los integrantes del grupo conversar animadamente. Luego, la figura imponente del viejo guerrero ocupó el centro del estrado, ante los jueces.

En Londres, discutían con calor el Primer Ministro y la Licenciada Beatriz Camacho, Cancillera de la República Argentina.

En *La Nueva Devon* era posible registrar un ablandamiento notorio de la postura sustentada por Pamela, que cedía ante ciertos argumentos deslizados por su marido. Jenny Ferguson tenía lágrimas en los ojos.

En Orán, Salta, se observó el paso veloz de Prometeo Carnotti, rumbo a Bolivia, acompañado por el Chino Barraza.

En el mar, Plinio Fonseca, dirigiéndose al sur, superaba la boca del Estrecho de Magallanes; controlado el acceso al mismo por naves chilenas, le estaba prohibida su navegación a todo buque que hubiera tocado puertos argentinos con anterioridad.

En Caleta Timerman, las madres de los encausados lloraban y sus padres maldecían: uno empleaba para ello coloridos juramentos peninsulares y el otro insultos arcaicos de la jerga cuartelera.

Pese a que *El Capitán* sabía inglés al llegar a las Malvinas, habiendo aprendido en sus correrías términos propios del habla lugareña, prefirió hablar en castellano. Era el suyo un lenguaje algo gutural, característico de quién hubiera permanecido largo tiempo en silencio, salpicado por expresiones ya fuera de uso. Pese a los inconvenientes que ello podría suponer, estaba animado por un apasionamiento tal, era tan grande su fuerza y su tono profundo impresionaba tanto, que todos callaron en el recinto cuando el Defensor tomó la palabra.

El aspecto del veterano sobrecogía. Había llamas en sus ojos y profundas arrugas surcaban su tez casi mineral. Movía las manos —manos de consistencia córnea—, con amplios movimientos pausados y calzaban sus pies botas confeccionadas en piel de oveja. Del uniforme primigenio poco restaba, devorado por los años y el clima, pero sobre sus hombros brillaban aún las estrellas plateadas de su grado. Dijo *El Capitán*:

“Señor Coronel Presidente de este Tribunal. Señores oficiales que actuáis como Jueces: Ustas. Señor Fiscal y señor Secretario. Se está juzgando aquí el honor de una Nación. El honor de una Nación cuyos gobiernos renunciaron a defenderlo. El honor de una Nación que, por eso, debió ser asumido por sus poblado-

res. Se pretende negar a estos muchachos el amparo de su bandera, luego de batirse por ella. Niego yo a las autoridades argentinas la representación del país, que los atacantes del Lennon invisten en razón del coraje y en razón del patriotismo. Investidura ésta que el pueblo entero les ha de reconocer, encendido de entusiasmo por su gesto ejemplar. Pues ocurre que basta un gesto ejemplar para que todo un país recupere el honor perdido, levantándose de su postración. Esto se empezó a ver con claridad el 2 de abril de 1982, mas luego fue olvidado en medio de la confusión y el desaliento. Pero la recuperación de las Malvinas sigue siendo un ideal capaz de lograr que los argentinos se pongan en pie, unidos por encima de sus divisiones, sus fracasos y su desánimo. Pido en consecuencia para mis defendidos el trato que cabe a los soldados de una Nación en guerra. Por otra parte, diga lo que diga el gobierno, nunca se puso formalmente fin a las acciones emprendidas en 1982. De manera que si los combatientes de entonces fueron devueltos a su tierra, otro tanto ha de hacerse con éstos, continuadores suyos: heroicos continuadores suyos. Nadie puede condenar al que intenta recuperar aquello que le pertenece. Y el territorio de las Malvinas pertenece por justos títulos a la República Argentina. Justos títulos que están, bueno es recordarlo, refrendados por la sangre de sus hijos.”

Ni un susurro se dejó oír al concluir el defensor su alegato. Sólo el zumbido de las cámaras se escuchaba, monocorde.

Probados los hechos, formulados los cargos y terminada la defensa, el Coronel Gordon levantó la sesión, que continuaría al día siguiente, con la lectura del fallo que habría de dictarse.

XX

TRAS SU MANTO DE NEBLINA

Las noticias relativas al juicio que se ventilaba en Puerto Argentino ocuparon los titulares de la prensa mundial. Eran, asimismo, tema excluyente de las columnas, boletines radiales e informativos de T.V.

La imagen de los jóvenes atacantes del crucero, de su Defensor, del Fiscal y los Jueces, del mismo "Catriel", llenaban páginas y páginas de los diarios, siendo reiteradas en las pantallas de cine y televisión.

Los textos de la acusación y la defensa fueron reproducidos íntegros, e infinitas apostillas daban cuenta de los menores detalles referidos al caso, desde el modo de vida que imperaba en las islas hasta nimiedades tales como la descripción de aquella fusta que portaba Lancelot Gordon, del atuendo que lucía Patricia o la comida que se servía en prisión a los acusados.

Las expresiones de solidaridad para con éstos se intensificaron en los puntos más diversos del globo, acentuándose a lo largo de la Argentina, donde crepitaba una agitación creciente y un fervor singular conmovía a sus habitantes: las plazas de la República eran teatro de concentraciones que engrosaban hora tras hora y, en el exterior, repetíanse las manifestaciones frente a las Embajadas argentinas y británicas.

El gobierno nacional sentía conmoverse las bases en que se asentaba su legitimidad y ya eran muchas las localidades donde los pobladores habíanse hecho cargo de los Municipios, vacantes por haberse esfumado quienes investían la autoridad comunal.

En Inglaterra, mientras tanto, atentos observadores advirtieron el sesgo desfavorable que tomaban los acontecimientos, implicando el riesgo cierto de que una enorme impopularidad se abatiera sobre el Reino Unido.

El Coronel Gordon trasnochaba, molesto e irritado. No le caían mayores dudas en cuanto al modo cómo debía fallar, pues los hechos juzgados estaban claros y la defensa no se había propuesto desvirtuarlos sino, por lo contrario, dejó en claro que se enorgullecía del ataque realizado y celebraba los daños producidos; las penas a aplicar surgían nítidas de inúmeros antecedentes y al militar no se le escapaba la necesidad de castigar a los culpables en forma ejemplar, desalentando así nuevas incursiones. Eso es lo que requería el decoro del Reino pero, al mismo tiempo, Lancelot advertía claramente que su país resultaría afectado por la repulsa universal que provocaría una dura sanción. No era él un político —detestaba en realidad a los políticos, tanto como a los periodistas—, no obstante lo cual estaba en condiciones de prever con bastante exactitud los alcances de aquella repulsa, cuyos síntomas comenzaban a hacerse patentes en diversos puntos del planeta. De manera que Gordon vacilaba, sin resolverse a escribir la sentencia que propondría a los otros dos jueces. Por fin se decidió a hacerlo y, luego de apurar un trago de *brandy*, comenzó: “En Port Stanley, capital de las Falkland Islands, a 5 de abril de....”

En la cuadra que le había sido destinada se hallaba reunida toda la tripulación del U-987, acompañada por *El Capitán*, a quien Gordon permitiera hacerlo con el objeto de reunir mayores elementos, para el caso de decidirse a ampliar la defensa en la sesión siguiente del Tribunal.

Aunque ninguno de los involucrados en la aventura ignorara el carácter grave de la situación en que se encontraba —incluido Ignacio— imperaba en la cuadra un ambiente alegre. Tenía cada uno la convicción de haber cumplido una alta empresa, fuere cual fuere el precio que por ella tuviera que pagar. Y disfrutaban los

muchachos el privilegio de tratar aquel personaje legendario, cuya sola presencia los reconfortaba.

Hubo un rechinar de cerrojos y Billy, el soldado-escucha, entró en la cuadra, dirigiéndose a Juan. Con autorización de Gordon, llevaba un mensaje captado por la estación de radio: Bob, desde Chicago, saludaba a los presos y les informaba que, según noticias difundidas en la Argentina, Martín había recuperado su libertad.

En Londres concluyó a horas avanzadas la reunión mantenida entre la Licenciada Camacho y el Primer Ministro inglés que, de inmediato, se reunió con sus asesores.

No había terminado el Coronel Gordon de redactar la segunda carilla del fallo, cuyo borrador preparaba, cuando le alcanzaron un telex recién recibido. Allí se decía que, por disposición de Su Majestad, Inglaterra declinaba el derecho de juzgar a los atacantes del *Lennon*, cediendo tal tarea a tribunales argentinos. Las sesiones del que presidía Gordon se interrumpirían en consecuencia, debiéndose dar amplia publicidad a la decisión real, de modo que el mundo valorara la magnanimidad de la Corona y su ánimo conciliador.

Terminada la lectura del telex, Lancelot prorrumpió en un estruendoso ¡hurra!

La jugada británica era hábil. Obtenidas del gobierno argentino todas las seguridades necesarias, en el sentido que se castigaría a los incursores con inflexible rigor, los ingleses optaron prudentemente por transferir tan incómoda faena. Aparecían así ante la opinión pública como tolerantes y magnánimos, logrando al mismo tiempo garantías respecto a la aplicación del escarmiento buscado, de modo que el desagrado consiguiente a una sentencia severa recaería sobre las autoridades del propio país de los atacantes.

Los pasos a dar para cumplir las instrucciones recibidas de la metrópoli fueron dispuestos rápidamente. Al abrirse la sesión del Tribunal correspondiente al 5 de abril, por Secretaría se daría lec-

tura al texto del telex y, de inmediato, al acta mediante el cual se pondría término a las actuaciones: testimonio de tal acta sería remitido al gobierno argentino, junto con los presos. En cuanto a éstos, se los embarcaría en el mismo submarino que los trajera; el U-987, a cargo de una dotación británica y custodiado por los destructores *Russel* y *Atlee*, sería llevado hasta alta mar, transfiriéndose allí su guarda a dos buques de guerra argentinos que, con ese objeto, ya habían zarpado de Puerto Belgrano.

Un gentío considerable habíase reunido en el muelle de Puerto Argentino cuando los prisioneros bajaron del vehículo que los transportara desde la base militar. Por orden de Lancelot Gordon, doble fila de soldados les formaba calle, presentando armas, y entre ellos pasaron para alcanzar la planchada que bajaba hasta el submarino. Los reflectores de la televisión iluminaban el lugar, permitiendo trabajar a las cámaras emplazadas sobre una estructura tubular montada al efecto. Eran las diez de la mañana cuando, uno por uno, los incursos estrecharon la mano del Coronel que, con la fusta bajo el otro brazo, ocultaba sus sentimientos tras una expresión hosca.

Impulsado por sus motores el U-987 comenzó a separarse del muelle, flanqueado por los dos destructores. Una banda militar rompió a tocar cierta marcha escocesa, ejecutada con gaitas.

Alineados en cubierta, Juan, Patricia, Fernando, Ignacio y Fortunato, se mantenían inmóviles, viendo alejarse aquella ciudad que, no obstante su aspecto británico, consideraban tan suya. *Catriel* permanecía echado a los pies de Ignacio.

Observada desde el malecón, la partida del submarino resultaba a su vez un espectáculo singular, formada su tripulación, deshecha su torreta, arrasado el cañón de proa y, sujeta a los restos del periscopio, la bandera flameando en la brisa austral.

Aunque nadie lo hubiera dispuesto expresamente, resultó un valor entendido que *El Capitán* regresaría al continente con los prisioneros. No obstante, llegados éstos al submarino, el veterano no estaba entre ellos: en algún momento del trayecto se había confundido entre el público, desapareciendo de la escena. Mucho

tiempo después, un *kelper* que conducía su tractor observaría la silueta característica del ex oficial, recortada contra el ocaso.

Las órdenes con que contaban los Comandantes de ambos buques de guerra argentinos eran claras: suplantar las naves inglesas en la custodia del submarino, conduciendo a éste y sus tripulantes hasta Buenos Aires, donde los muchachos serían juzgados por un Tribunal Federal, dócil al gobierno.

Ya el convoy había ingresado en aguas del Río de la Plata cuando las instrucciones fueron alteradas. En efecto, a raíz de los acontecimientos que se sucedían en la República, las autoridades no consideraban prudente que el U-987 llegara al puerto de la Capital, donde se diera cita una muchedumbre incalculable, que crecía minuto a minuto. Por lo tanto, debían los marinos detenerse en la isla Martín García, dejando allí a los presos y al sumergible.

El Mando Naval informó ampliamente a los Comandantes sobre aquellos sucesos que conmovían al país: los manifestantes que se reunían en las plazas habían ya depuesto a las autoridades de numerosas poblaciones, reemplazándolas por vecinos de acendrado patriotismo y, por lo general, no afiliados a ningún partido político. En cuanto a Buenos Aires, rebullía en espera de quienes suscitaran aquel despertar de la dignidad nacional, alestargada por largos años: gentes que provenían de cada esquina del mapa nacional convergían en la ciudad porteña.

Luego de una conferencia telegráfica sostenida entre sí y mediando una tácita autorización del Mando, los dos Comandantes resolvieron ignorar las últimas órdenes del gobierno y proseguir viaje hasta Buenos Aires.

Pese a sus propósitos en el sentido de mantener a todo trance aquella suerte de confinamiento que se había impuesto al marchar hacia la Patagonia, abandonando para siempre los grandes centros poblados, Martín decidió viajar a la capital, con su familia, para aguardar allí el regreso del submarino y abrazar a quienes dieran cabal cumplimiento a cierta promesa suya, formulada en la bodega de un buque inglés, al volver herido de las Malvinas.

Fueron varios los inconvenientes que Martín debió superar para ponerse en marcha, ya que su actividad era intensa desde que, por voluntad del vecindario, asumiera el cargo de Delegado Municipal en Caleta Timerman, cuyo antiguo nombre le había devuelto al dictar la primera medida en ejercicio de sus funciones.

El espectáculo ofrecido a la vista de Juan, Patricia, Fernando, Ignacio y Fortunato, era imponente. Escoltado por los dos buques de guerra, empavesados, el U-987 entraba al puerto de Buenos Aires. Las sirenas de todos los barcos surtos en la rada sonaban sin interrupción. Allí estaban la vieja fragata *Sarmiento* y la corbeta *Uruguay* que, abandonados sus apostaderos, daban también la bienvenida a los muchachos. Varios aviones realizaban vuelos rasantes, adhiriéndose al homenaje: se contaban entre ellos algunos *Mirage*, veteranos de las campañas del 82 y conservados como reliquias.

Las campanas de las iglesias porteñas tocaban a rebato. Salvas de artillería hacían oír su bronca voz y sahumaban el ambiente con olor a pólvora. Una embarcación destinada a combatir incendios arrojaba enormes chorros de agua, como un surtidor desmesurado. Innumerables *yachts* poblaban con sus velas policromas las proximidades de la dársena. En cada grúa florecían manojos de banderas. Banderas que se multiplicaban en los edificios próximos, en los depósitos, en los galpones portuarios. Banderas que copiaban el cielo de esa mañana clara y que teñían con sus colores la presencia sobrecogedora de las multitudes reunidas.

Era tal presencia multitudinaria la que impresionaba mayormente a los tripulantes del submarino, pues aquella muchadumbre resultaba imposible de mensurar: llenaba la costa; ocupaba cuanto lugar disponible hubiera en los navíos; avanzaba en botes, en canoas, en chinchorros; invadía techos, balcones, ventanas; bajaba por las calles perpendiculares al río sin dejar sitio libre; compacta, hervía en los muelles y se prolongaba en los espigones. Pero aún había más: también la gente habíase adueñado de la Casa Rosada, que encontrara desierta, sumándose los granaderos apostados al fervor popular.

Radio y televisión daban cuenta de los sucesos, pese a que el gobierno, antes de disolverse, intentara evitar su difusión. Si-

tuaciones análogas a las que vivía Buenos Aires se repetían a lo largo y a lo ancho del territorio. La *Marcha de las Malvinas* estremecía con sus acordes la Nación entera.

Al acercarse el submarino, sus tripulantes advirtieron que había sido dispuesta una planchada para que bajaran a tierra. La planchada estaba adornada con flores típicas del país: ceibos, glincinas, jazmines, obtenidas quien sabe cómo, dado lo avanzado de la estación. Y, sobre un estrado, los muchachos vieron que se hallaban Martín, Cristina con sus demás hijos; los padres de Fortunato; y, detalle que llenó a Juan de alegría, allí estaban los Ferguson: Jenny los saludaba agitando una banderita argentina.

Concluyó así el penúltimo ataque argentino a las Islas Malvinas. En las soledades del archipiélago, tras su manto de neblina, una sombra errante, vistiendo un viejo uniforme, aguardaba el último.

FIN

INDICE

I	Las correrías de Juan	13
II	La familia del soldado	21
III	El gran hallazgo	31
IV	Los contrabandistas	43
V	El pasado de Günther Spiegel	53
VI	Los secretos del U-987	65
VII	Un entierro en el acantilado	75
VIII	En Caleta Timerman	81
IX	El tiroteo del golfo	89
X	Las redes de Spartacus	99
XI	Aprestos finales	111
XII	Rumbo al objetivo	121
XIII	En el Atlántico Sur	133
XIV	Frente al blanco	145
XV	El ataque al H.M.S. Lennon	157
XVI	La nueva batalla de Puerto Argentino	167
XVII	Los ecos del combate	181
XVIII	Dos cruces en Darwin	191
XIX	Ante la corte marcial	201
XX	Tras su manto de neblina	213

Esta primera edición de *El Penúltimo Ataque* se terminó de imprimir el día 20 de noviembre de 1985 en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina S.A., Alsina 2049 - Buenos Aires - Argentina

62148A

NOV 1988

DATE DUE

NOV 2 1988 JS

HIGHSMITH 45-102

PRINTED IN U.S.A.

PQ7798.17 A47P4 1985

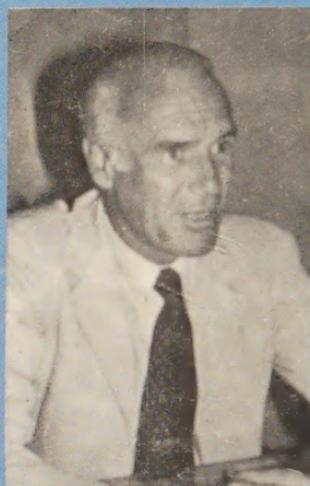
Gallardo, Juan Luis.

El Penultimo Ataque

UNIVERSITY OF CA. RIVERSIDE LIBRARY



3 1210 00682 4492



Un singular hallazgo permite a Juan, hijo de un ex-combatiente en Malvinas, cumplir la promesa formulada por su padre al volver del archipiélago. **EL PENULTIMO ATAQUE** es la novela que todos esperábamos, referida a aquella guerra que, al margen de otras consideraciones, encendió el patriotismo de los argentinos. Acción y aventuras se suceden en un argumento que sostiene su interés hasta el final. Y, a lo largo de su desarrollo, el lector se verá trasladado al misterioso ámbito de una gruta secreta, a la cámara de torpedos de un viejo submarino alemán, a la rada de Puerto

Argentino en otro 2 de abril tenso y fervoroso. . .

Además de ésta, **JUAN LUIS GALLARDO** ha publicado otras tres novelas, que tuvieron gran repercusión: **Frida**, editada por Emecé; **Los Ombuses de Falucho** y **La Rebelión de los Semáforos** bajo el sello Baesa. Con **Los Ombuses de Falucho** fue finalista en el Premio Strega República Argentina (junto a Jorge Luis Borges, Manuel Mujica Láinez, Ernesto Sábato y María Granata). En 1982 obtuvo la Cruz de Plata Esquiú. Desde 1979 mantiene una columna semanal en **La Nueva Provincia**.

Inspirado en un pasaje del documental que la BBC filmó sobre la Guerra de las Malvinas, el autor compuso el poema "**Celebración y Elogio para un Corte de Manga**", que obtuvo cálida acogida entre los ex-combatientes y fue reproducido en múltiples medios nacionales y extranjeros. Es autor también de "**Tonada para un Soldadito Dormido**", con música de Catalina Gallardo.